

tos democráticos y liberales, enemigos del régimen dictatorial que no supo responder al heroísmo de los defensores de Varsovia, en su histórica lucha de tres semanas contra el invasor tudesco.

CUESTIONARIO

1. *Hacer una reseña de los atropellos y de los crímenes cometidos por los nazis contra los judíos.*
2. *Referirse a las características de la campaña antisemita y a las leyes retroactivas de Nuremberg.*
3. *¿Qué reacción produjeron esos atentados en las naciones civilizadas?*
4. *Explicar por qué, a pesar de todo, Chamberlain y Daladier seguían "apaciguando" a los totalitarios.*
5. *¿Qué relación tenía la política del apaciguamiento con el intercapitalismo europeo y con el temor a la transformación social?*
6. *Repetir algunas frases de Hitler sobre la paz y sobre sus buenas relaciones con Polonia.*
7. *¿Cuándo y en qué forma estalló por fin la segunda guerra mundial?*

LECCION XXII

DATOS RELACIONADOS CON LA UNION DE LAS REPUBLICAS SOVIETICAS

Lo que perdió Rusia en el Tratado de Brest-Litovsk

Se hizo referencia en el capítulo anterior a la forma en que estalló la segunda guerra mundial; a la invasión de Polonia por los ejércitos del Reich; al pacto rusogermano de no agresión, firmado pocos días antes, cuyas cláusulas se podrán estudiar en la lección xxiii; al hecho de que fuerzas rusas ocuparan regiones estratégicas del territorio polaco, que formaron parte del Imperio czarista; y se habló de nuevo sobre las circunstancias desgraciadas que desencadenaron en septiembre de 1939, fatalmente, la hecatombe de la guerra sobre el viejo mundo, como consecuencia de la política suicida del apaciguamiento.

Pero sería difícil dar una visión exacta de la realidad si no se agregaran, aun cuando sólo sea sumariamente, algunos datos relacionados con la actitud de las Repúblicas Soviéticas en la historia contemporánea de Europa; es decir, en los acontecimientos ocurridos en aquel hemisferio desde que quedó liquidada la contienda de 1914 a 1918.

Será necesario recordar que en plena guerra civil, derrocado ya el régimen de Kerensky como consecuencia de la revolución de octubre de 1917, el primer Consejo ruso de los Comisarios del Pueblo, bajo la presidencia de Nicolás Lenin, decidió negociar la paz a todo trance con los poderes enemigos. Culminaron las conferencias preliminares en el Tratado de Brest-Litovsk, suscrito el 3 de marzo de 1918.

Exhausto el pueblo ruso después de casi cuatro años de guerra al lado de Francia, de la Gran Bretaña y de las demás potencias aliadas; desgarrado, además, por las disensiones interiores; y convencidas las autoridades socialistas de que no era posible seguir sacrificando inútilmente a ejércitos completamente desmoralizados, que ni bajo el dominio de los czares, ni durante los ocho meses del Gobierno de Kerensky, habían podido enfrentarse con ventaja al pode-

río militar del Kaiser; ante situación, en síntesis, tan angustiosa y tan precaria, no le quedaba más camino al nuevo régimen que aceptar su derrota.

Cabe suponer, entonces, que los términos de paz fuesen dictados precisamente por Alemania, en su propio beneficio y en favor de Austria, Bulgaria y Turquía. Y a fe cierta que los países victoriosos, bajo la dirección de Berlín, supieron aprovecharse de la situación inmisericordemente, demostrando con su actitud lo que habrían sido capaces de hacer en perjuicio de los aliados si hubiesen podido dominarlos. ¡Estudiando el Tratado de Brest-Litovsk, no acierta uno a comprender las quejas y las lamentaciones de Alemania por el Tratado de Versalles!

Rusia tuvo que renunciar a su soberanía sobre Estonia, Lituania, Latvia, la parte de Polonia que había gobernado el czarismo desde 1795, y sobre varias islas del Mar Báltico, pasando todos esos territorios al poder de Austria y de Alemania. Se la obligó a reconocer, por otra parte, la independencia de Ucrania, de Finlandia y de Georgia, invadidas a la sazón por fuerzas alemanas. Y tuvo que comprometerse a pagar, por añadidura, 6,000,000,000.00 de marcos oro a las naciones victoriosas. Perdió, en resumen, una tercera parte de sus habitantes, algo más de la mitad de sus principales industrias y el 89 por ciento de sus minas de carbón, quedando sin salida al Mar Negro y prácticamente incomunicada con el Báltico.

Vencidos pocos meses después los poderes centrales, es natural que no pudieran mantener sus conquistas sobre Rusia. Al firmarse el armisticio, el 11 de noviembre de 1918, exigieron las potencias aliadas que se abrogara el zarpazo teutón de Brest-Litovsk, a la postre anulado definitivamente en las Conferencias de Versalles.

Mas no se crea que la actitud de las grandes democracias capitalistas europeas, encabezadas por Francia e Inglaterra, tuviese por mira prestar apoyo al régimen socialista de Moscou, reorganizando otra vez —bajo la dictadura del proletariado!— el enorme país que se extendía desde el Mar Báltico hasta los Montes Urales, desde el Polo Norte hasta los mares Negro y Caspio, y que por el oriente se prolongaba por las estepas de Siberia hasta el Pacífico, lindando con China, Afganistán y Persia.

No deseaban semejante cosa, ni mucho menos, las clases privilegiadas ni los gobiernos europeos; no deseaban que el pueblo ruso se desarrollara y fortaleciera con el impulso de una doctrina como

el socialismo, que consideraban “perniciosa”, “disociadora” y, por supuesto, “enemiga de la civilización occidental”.

Querían, simplemente, que los germanos no se aprovecharan de lo que el imperialismo internacional estaba persiguiendo, de tal manera que los grandes intereses plutocráticos del resto de Europa, haciendo triunfar a los rusos “blancos” y a los demás enemigos del Soviet, pudiesen seguir explotando las inagotables riquezas naturales de aquel inmenso territorio.

Claramente pueden así explicarse, a grandes rasgos, los constantes esfuerzos de las potencias occidentales y sus intervenciones armadas para derrocar al Gobierno leninista, valiéndose de la vieja casta militar y de los ancestrales enemigos rusos de su propio pueblo. Pero logró al fin consolidarse la Unión Soviética, después de oponer su más firme resistencia a los ataques del capitalismo mundial, conabulado para obstaculizar su organización y acabar con ella.

Las entidades autónomas que se habían ido formando a lo largo de la cruenta lucha; la codiciada y populosa República Socialista Soviética de Ucrania, que funcionaba por sí misma, con absoluta independencia, desde 1920; Georgia y algunas otras regiones cercenadas de la madre patria en Brest-Litovsk, volvieron sus ojos al hogar común. Y así tenemos que en 1923 todos esos pueblos, de origen puro eslavo y de arraigada tradición rusa, decidieron unirse por su propia voluntad a la gran Federación de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, cuyas autoridades principales eran ya dueñas de la situación y tenían bien asentado su gobierno en la vieja capital moscovita.

De entonces en adelante, gracias al desarrollo sistemático de los planes quinquenales, comenzó a transformarse el país del socialismo, de nación semifeudal y agrícola en una gran potencia, tan rápidamente industrializada para subsistir y defenderse, como pudieran estarlo sus rivales del sistema capitalista.

Muerto Lenin en enero de 1924, concentró el señor Stalin toda su atención y todo su esfuerzo en el desenvolvimiento económico del vigoroso Estado que había surgido, como fanal de esperanza para la humanidad, de la hecatombe y de las ruinas de la primera guerra europea. El nuevo régimen sostuvo y llevó a la práctica la tesis realista de que sólo era posible organizar el socialismo dentro de las fronteras rusas, quedando así descartado el utópico afán trotskista de la revolución mundial.

A pesar de acontecimientos tan claros, sin embargo, habrán

visto los lectores, en diversos capítulos de este *Guión*, de qué manera siguió desfigurándose en el mundo entero la realidad soviética; y en qué forma el fantasma del comunismo se esgrimía incesantemente por todas las fuerzas reaccionarias del exterior, presentándolo como la más terrible amenaza y como el más grave peligro de la época contemporánea.

Reseña objetiva de la organización política y social de Rusia

Sin entrar aquí en detalles sobre lo que significa el ideario socialista, sí será oportuno, en cambio —con escrupuloso apego a la verdad histórica—, hacer algunas consideraciones relacionadas con la Constitución rusa de 1923, reformada en 1936 y en vigencia desde entonces.

Porque el caso de Rusia —como el de México y el de la España republicana— ha venido prestándose a tales tergiversaciones y a tales excesos de incomprensión o de difamación, que no quedaría completo un manual de Historia Contemporánea si se dejaran de poner en claro, por temor a ciertas gentes fanáticas de derecha, problemas tan apasionantes y de tanta trascendencia como el de la realidad soviética.

Si tratándose de México, los artículos 3º, 27 y 123 constitucionales, son el blanco de los ataques más injustificados de la reacción y de las castas privilegiadas, cuya única finalidad ha sido siempre el lucro y el ansia sin freno de acumular riquezas; si tratándose de España, a pesar del espíritu conciliador de la República, también sus castas privilegiadas desvirtuaban las mínimas conquistas de los trabajadores, haciéndoles aparecer como “rojos” furibundos; si en uno y en otro país el odio y la falacia de los enemigos del progreso no han hecho otra cosa que obstaculizar cuanto de humano y de justo se podía obtener, y han basado sus campañas de descrédito, por otra parte, en supuestas persecuciones de carácter religioso, otro tanto era lógico que sucediera, y en mayor escala, tocante a la Unión de las Repúblicas Soviéticas.

Pero resulta que el Soviet, como Norteamérica, México, Brasil, Venezuela y otros países americanos es simplemente una Federación, con sus tres poderes perfectamente delimitados: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial; con sus dos Cámaras, la de la Unión y la de las Nacionalidades, elegidas democráticamente por los ciudadanos

de la U. R. S. S., a razón de un diputado por cada 300,000 habitantes la primera, y a razón de 25 diputados por cada República federada, 11 por cada República autónoma, 5 por cada región autónoma y un diputado por cada distrito nacional, la segunda; con sus Cámaras locales, además, absolutamente independientes de los poderes que funcionan en la capital de la Federación; con un sistema, en resumen, muy semejante en su funcionamiento al régimen parlamentario de las demás naciones europeas, al de Hispano América o al de los Estados Unidos.

Se le combate, sin embargo, porque allí no prevalecen los lores, ni los pares, ni los delegados de ninguna plutocracia, sino la representación genuina de las grandes mayorías trabajadoras.

Es interesante observar que todas las Repúblicas Socialistas Soviéticas son iguales en derechos y que su unión con el Estado Federal es voluntaria, de manera que cada República conserva el derecho de separarse libremente de la U. R. S. S.

Se respetan —y esto es de gran importancia— el idioma y las condiciones peculiares de cada región autónoma y de cada República federada, la que tiene a su vez sus autoridades locales y su Constitución democrática, en plena conformidad con la Carta Magna del país.

En lo que hasta el momento se lleva relatado no aparece nada en pugna con Dios, la patria, la familia ni la llamada civilización occidental. Tampoco se verán esas cosas en el capítulo relacionado con los derechos y con los deberes fundamentales de los ciudadanos, ni en ninguna otra parte de la Constitución Federal.

Lo que sí se encontrará en el artículo 12, por ejemplo, es la exaltación del trabajo, considerado en la U. R. S. S. como un deber y como una honra, de acuerdo con el principio: “El que no trabaja no come”. Es natural que esto saque de quicio a los que sólo quieren vivir y enriquecerse con el trabajo y con la explotación del prójimo.

Establece y garantiza la Constitución, a ese respecto, postulas de tal manera fundamentales para la dignidad y para el desarrollo integral del ser humano, que no acierta uno a explicarse cómo hay cristianos, aparentemente fervorosos, que sean capaces de alzar bandera contra lo que el propio Cristo estaría sin duda defendiendo, si viviese actualmente entre nosotros.

“Los ciudadanos de la U. R. S. S. —dice el artículo 118—, tienen derecho al trabajo; es decir, a obtener un trabajo garantizado y re-

munerado según su cantidad y calidad." A continuación se explica por qué puede asegurarse en Rusia el derecho al trabajo, gracias a la organización socialista de la economía nacional, al aumento constante de las fuerzas productivas, a la eliminación de la posibilidad de crisis económicas y a la supresión del paro forzoso.

El artículo 119 garantiza a los ciudadanos su derecho al descanso, asegurado por la reducción de la jornada de labor, por el establecimiento de vacaciones con disfrute de salario, y por la existencia de gran número de sanatorios, casas de reposo y clubs, puestos a disposición de los trabajadores.

El artículo 120 se refiere al derecho de seguridad económica en la vejez, así como en caso de enfermedad o de pérdida de la capacidad de trabajo. Los ciudadanos cuentan con asistencia médica gratuita, balnearios y casas de salud, puestos también a su disposición por el Estado.

Sobre el problema educativo dice textualmente el artículo 121: "Los ciudadanos de la U. R. S. S. tienen derecho a la instrucción. Este derecho está asegurado por la instrucción primaria general y obligatoria; por la enseñanza gratuita, incluyendo la superior; por un sistema de becas del Estado para la inmensa mayoría de los estudiantes de las escuelas superiores; y por la enseñanza oficial en las distintas lenguas maternas, así en las fábricas como en el campo."

En relación con la mujer —sin que se vea por ningún lado lo del amor libre, a que se refieren con tanta insistencia los pudibundos y procaces detractores de Rusia, de México y de la España leal— reza el artículo 122: "En la U. R. S. S. se conceden a la mujer iguales derechos que al hombre en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural, social y política. La posibilidad de ejercer estos derechos está asegurada por la concesión a la mujer de derechos iguales a los del hombre en cuanto al trabajo, al salario, al reposo, a los seguros sociales y a la instrucción; por la protección de los intereses de la madre y del niño por el Estado; por la concesión a la mujer de vacaciones durante la gestación, con disfrute de salario; y por una vasta red de casas de maternidad, casas-cunas y jardines de infancia".

Otros artículos constitucionales en pugna con el nazifascismo

El artículo 123 proclama la igualdad de derechos de los ciudadanos de la U. R. S. S., sin distinción de nacionalidad ni de raza, en

todos los dominios de la vida económica, como ley inmutable. Toda restricción directa o indirecta de esos derechos, o el establecimiento de privilegios por razón de la raza o de la nacionalidad a que pertenezcan los ciudadanos, lo mismo que toda prédica de exclusivismo racial o nacional, o de odio y desdén por cuestiones raciales, están sancionados por el Código Penal.

Claramente puede advertirse en el citado artículo 123, apegado a la doctrina cristiana más pura, la diferencia que existe entre el ideal socialista y la barbarie del racismo totalitario. Cosa semejante puede afirmarse en lo que atañe a la intolerancia religiosa de los nazis y a la libertad de conciencia que predomina en Rusia, no obstante lo que han pregonado impunemente los muy píos conservadores, durante largos años, en relación con este tópico.

El hecho de que el gran patriarca Sergio, Jefe Supremo de la Iglesia ortodoxa rusa, haya pedido a todos los fieles de la Unión Soviética su apoyo al Gobierno de Moscou para enfrentarse a los ejércitos de Hitler, es de sobra elocuente. Tanto o más que el artículo 124, cuyo texto dice:

“A fin de asegurar a los ciudadanos la libertad de conciencia, la Iglesia está separada del Estado, y la escuela de la Iglesia. La libertad de practicar los cultos religiosos y la libertad antirreligiosa se reconocen a todos los ciudadanos de la U. R. S. S.”

En artículos subsiguientes se garantizan por ley la libertad de palabra, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de desfiles y manifestaciones en las calles, obligándose el Estado a poner a disposición de los trabajadores y de sus organizaciones, imprentas, existencias de papel, edificios públicos, medios de comunicación y las facilidades materiales necesarias para el ejercicio efectivo de dichos derechos.

No habría espacio en estas páginas para hacer un comentario, aun cuando sólo fuese en pocas líneas, siquiera de los más importantes artículos de la Constitución soviética. Pero la transcrito es suficiente como material de orientación, así como los artículos 127, 128 y 129, que por su orden se reproducen a continuación:

“La inviolabilidad personal está garantizada a los ciudadanos de la U. R. S. S. Nadie puede ser detenido sino por decisión del Tribunal o con sanción del Fiscal.”

“La inviolabilidad del domicilio de los ciudadanos y el secreto de la correspondencia epistolar están protegidos por la ley.”

“La U. R. S. S. concede el derecho de asilo a los ciudadanos extranjeros, perseguidos por defender los intereses de los trabajadores, por sus actividades científicas o por su lucha en favor de la liberación humana.”

Pero hay todavía un postulado constitucional de gran importancia, que deja al descubierto la falta de probidad de los enemigos del progreso humano y de la libertad integral del hombre, cuando no han tenido escrúpulo en afirmar y proclamar que el socialismo repudia el concepto patria. Sobre el particular, dando así por terminada esta reseña de la organización política y social de Rusia, afirma rotundamente el artículo 133:

“La defensa de la Patria es el deber sagrado de todo ciudadano de la U. R. S. S. La traición a la Patria: la violación del juramento, el pasarse al enemigo, el perjuicio causado a la potencia militar del Estado y el espionaje, son castigados con todo el rigor de la ley como el más grave de los crímenes.”

CUESTIONARIO

1. *¿En qué fecha y por qué decidió Lenin que Rusia firmara la paz con los poderes centrales en Brest-Litovsk?*
2. *Explicar si Alemania trató al vencido con benevolencia, o si le impuso condiciones extremadamente duras al Estado ruso, aprovechando así su situación de potencia victoriosa.*
3. *¿Qué porcentaje de su población, de sus principales industrias y de sus minas carboníferas perdió Rusia?*
4. *¿Cómo quedaron Estonia, Lituania, Latvia, la parte de Polonia que pertenecía al Imperio czarista, Ucrania, Finlandia y Georgia?*
5. *¿Cuándo y por cuáles razones se abrogó el zarpazo teutón de Brest-Litovsk?*
6. *Hacer un resumen de la forma en que se pudo consolidar la Unión Soviética, así como de su transformación política, social y económica de acuerdo con sus planes quinquenales.*
7. *Comentar los artículos más importantes de la Constitución rusa, sobre todo los que se relacionan con los derechos y con los deberes fundamentales de los ciudadanos de la U. R. S. S.*

LECCION XXIII

DESDE SUS CIMIENTOS HA SACUDIDO AL MUNDO, EN MITAD DEL SIGLO VEINTE, LA MAS HORRENDA Y CRIMINAL CATASTROFE GUERRERA DE LA HISTORIA

*Ante el peligro nazimunichista, después de la caída de Polonia,
reforzó el Soviet sus posiciones de defensa*

PÁGINAS atrás quedó explicado que el 3 de septiembre de 1939, como consecuencia de la agresión del Reich a Polonia, Londres y París no tuvieron entonces más remedio que romper hostilidades con el Gobierno alemán. Y también habíamos visto que la nación polaca, a pesar de su heroica resistencia a las fuerzas poderosísimas de la barbarie nazi, sucumbió inevitablemente tres semanas después de haberse iniciado la invasión tudesca de su territorio.

No pudieron los regímenes apaciguadores de Chamberlain y de Daladier, en guerra ya con Alemania, prestarle a la nueva víctima de los teutones el franco y decidido apoyo que necesitaba para enfrentarse, con rapidez y eficacia, a la poderosa maquinaria bélica de las hordas hitleristas.

Y Rusia, por otra parte, como consecuencia de la política en extremo sospechosa de Londres y de París; y como consecuencia también de la actitud que habían asumido en su contra las autoridades nazistoides polacas del "Grupo de los Coroneles", decidió entonces ocupar, para su propia defensa futura, el territorio de Polonia que con anterioridad al Tratado de Brest-Litovsk había formado parte del imperio moscovita.

¿Qué sucedió entonces? El señor Hitler, fortalecido con su nueva conquista —según él mismo lo pregona en su proclama del 22 de junio de 1941, fecha en que decidió lanzarse al fin sobre Rusia—, empezó una de sus ya conocidas maniobras diplomáticas para ofrecer la paz a Inglaterra y a Francia. Para seguir, en otras palabras, su vieja política de engaño y de duplicidad en detrimento de las democracias, con la renovada promesa de que todos, a la postre, lucharían unidos contra la Unión Soviética.

Pero ya era difícil, incluso para el más experto diplomático, continuar en ese doble juego que tanta humillación y protesta tan universal les había costado a los señores Chamberlain y Daladier. Estaba de por medio, además, el pacto rusogermano de no agresión, suscrito nada menos que por Ribbentrop el 23 de agosto de 1939, como se explicó en la lección XXI.

Es natural que ese convenio desconcertara e hiciera titubear a Londres y a París. Mas de igual modo, para perjuicio del Reich, es natural que el Soviet se diera cuenta del peligro que corría si los apaciguadores volviesen otra vez a su táctica nazimunichista.

Aprovechó entonces el Gobierno ruso sus relaciones —aparentemente cordiales— con Berlín; y aprovechó sobre la marcha la incertidumbre sembrada por Hitler en las Cancillerías europeas, para tomar posiciones inmediatas de seguridad y de defensa. Así se explica, en muy pocas palabras, el hecho de que en octubre del mismo año, ya vencida Polonia, procediera Stalin a celebrar tratados inmediatos de alianza con las antiguas provincias rusas de Lituania, Latvia y Estonia, en cuyos territorios empezó a establecer el Soviet bases aéreas, bases navales y sus primeras líneas de defensa.

Es interesante recordar, en el caso de Lituania, que la región de Memel le había sido arrebatada por Alemania en marzo de 1939, de modo que aquel país era, sin duda, una de las avanzadas de los tudescos en su ya prevista guerra contra el Soviet. Stalin empezó por devolverle a los lituanos su antigua capital, la ciudad de Vilna, en poder de Polonia desde 1920.

Sin hacer grandes esfuerzos de imaginación salta a la vista que el fortalecimiento de Rusia con la alianza de esas tres naciones bálticas —lo que también asegura Hitler en su proclama antes referida— no tenía más objeto que el de debilitar precisamente las ambiciones de Alemania. Pero no lo interpretaron así las democracias, cuyos dirigentes y cuyos instrumentos de publicidad iniciaron una intensa campaña de difamación contra el Gobierno de Moscou y —¡otra vez!— contra el peligro comunista.

Tampoco se dieron, o no quisieron darse cuenta de la realidad Chamberlain ni Daladier, cuando en noviembre de 1939, ante la negativa de las autoridades finlandesas para que Rusia obtuviera ciertas bases navales indispensables para su seguridad en el Golfo de Finlandia, y para que se reajustaran las fronteras entre ambos países, no tuvieron otra solución las fuerzas soviéticas que avanzar resuelta-

mente sobre un territorio que, bajo el gobierno autónomo de un Gran Ducado, había sido de Rusia desde 1809.

No obstante que la Unión Soviética sólo aspiraba, y no en forma definitiva, a controlar determinadas zonas de Finlandia, cercanas de centros y de ciudades tan importantes como Leningrado —al que en media hora de vuelo podrían llegar y bombardear los agresores totalitarios—, insistieron los gobernantes finlandeses en hacerle el juego a Hitler, oponiendo a Rusia su resistencia armada.

Tres meses largos duró la lucha, hasta que el 11 de marzo de 1940 se firmó en el Kremlin un tratado de paz entre Finlandia y el Soviet. De acuerdo con los términos de aquel tratado, que no tendía ni mucho menos a la reconquista del territorio finlandés por la potencia rusa, el Gobierno de Helsinki cedió al de Moscou el istmo de Karelia y la ribera occidental del lago de Ladoga, incluyendo la línea Mannerheim y el puerto de Viborg. También estuvo de acuerdo Finlandia en arrendar a Rusia la base naval de Hangoe. Pero, sobre todo, se comprometió solemnemente a no entrar en ninguna alianza dirigida contra Rusia.

¡Posteriormente se ha visto cómo respetó Finlandia tan solemne compromiso, aliándose ni más ni menos que con Alemania y exponiéndose a que las naciones escandinavas, brutalmente invadidas y sojuzgadas por los nazis, consideraran al Gobierno finlandés como desleal a su tradición y a su raza!

Sin embargo de realidades tan claras, Inglaterra, Francia y el capitalismo internacional mantuvieron su continuada oposición a las medidas que tomaba Rusia para su defensa, llegando al extremo Chamberlain y Daladier de ofrecer todo su apoyo, incluso el auxilio de una fuerza expedicionaria de 100,000 hombres, para ayudar a Finlandia contra Rusia. Y las agencias anglofrancesas de publicidad, sin el menor escrúpulo, arreciaron su campaña contra “el ogro bolchevique”, al mismo tiempo que intensificaban su propaganda a base del término “nazicomunismo”.

¡Así envolvían en su labor de descrédito a los agresores tudescos con la nación soviética que, más adelante, habría de demostrar al mundo cómo no hacía más que prepararse para contener el ataque de los bárbaros del siglo veinte!

Cláusulas del famoso convenio rusogermano de no agresión

Inventado, pues, el vocablo "nazicomunismo", apegábanse a él las democracias capitalistas. No aceptaban, no podían aceptar que Rusia hubiera firmado un pacto de no agresión con Alemania, a pesar de que Francia e Inglaterra, después de la claudicación de Munich, habían negociado pactos semejantes con el Reich, en diciembre de 1938, según quedó explicado en el capítulo xx; y no obstante que la propia Polonia y otras potencias, grandes o pequeñas de la vieja Europa, hubiesen seguido igual ejemplo en fechas anteriores o posteriores al estallido de la guerra.

Que unos y otros países trataran de ponerse a salvo y protegerse, no dió lugar a que también se inventara el término "nazidemocracia". Pero que el Soviet desenmascarara la falacia de los propagandistas totalitarios, echando por tierra el largo período de publicidad y de difamación en contra suya; que el Soviet procurara resguardarse a su vez y tomar posiciones de emergencia en Finlandia y en el Báltico, eso sí era intolerable para el señor Chamberlain y para el Quai d'Orsay.

A tal grado llegó la indignación de Londres y de París contra Moscou, que el 11 de noviembre de 1939 convocaron a la Liga de las Naciones a reunión urgente y extraordinaria. El objeto de esa asamblea no fué otro que el de condenar la acción del Kremlin en el caso de Finlandia, decidiendo los delegados, por unanimidad, que Rusia fuese expulsada de la Sociedad ginebrina.

No se había procedido en esa forma en el caso del Japón cuando invadió a Manchuria; ni en el caso de Italia cuando lanzó su ejércitos sobre Abisinia; ni en el caso de Alemania cuando empezó su carrera de agresiones en diversos sitios del continente europeo. Se trató más bien de complacer a los totalitarios. Y fueron las tres naciones del Eje Roma-Berlín-Tokio las que se salieron de la Liga con soberbio gesto y ademán de reto.

A Rusia, en cambio, no era posible perdonarle que quisiera defenderse; ni se le daba crédito a la irreprochable actuación jurídica de Litvinov en favor de la seguridad colectiva; ni se recordaban los constantes esfuerzos del Soviet en contra de los agresores, desde 1934 en que entró a formar parte de la Sociedad de las Naciones; ni se tomaba en cuenta que Rusia, al revés de Italia, del Japón y de Alemania, no hubiese cometido ningún acto de violencia con anterioridad a la fecha en que se vió rodeada de amenazas y de peligros, por culpa precisamente de la política del apaciguamiento.

Hechas estas consideraciones, sin duda necesarias, parece ahora indispensable dar a conocer las cláusulas del famoso y discutido documento firmado el 23 de agosto de 1939. Dicen así:

“El Gobierno Nacional Alemán y el Gobierno de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, movidos por el deseo de reforzar el estado de paz entre Alemania y la Unión Soviética, y obrando dentro del espíritu de las cláusulas del Tratado de Neutralidad de abril de 1926, firmado por Alemania y por la U. R. S. S., han decidido lo siguiente:

Artículo I.—Las dos Partes Contratantes se comprometen a abstenerse de todo acto de fuerza, toda acción agresiva y todo ataque de la una contra la otra, inclusive toda acción emprendida juntamente con otras potencias.

“Artículo II.—En caso de que una de las Partes de este tratado sea objeto de actos bélicos por una tercera potencia, la otra Parte no apoyará en forma alguna a esa tercera potencia.

“Artículo III.—Los Gobiernos de las dos Partes Contratantes permanecerán en lo futuro en consulta constante el uno con el otro, a fin de informarse mutuamente sobre los asuntos de interés común.

“Artículo IV.—Ninguna de las Partes Contratantes se unirá con ninguna otra agrupación de potencias formada, directa o indirectamente, contra la otra Parte.

“Artículo V.—En caso de un conflicto entre las Partes Contratantes respecto a cualquier asunto, ambas arreglarán esta diferencia o conflicto exclusivamente por el intercambio amistoso de opiniones, o si es necesario por medio de una comisión de arbitraje.

“Artículo VI.—El presente tratado se extenderá por un período de diez años, con la condición de que si ninguna de las Partes Contratantes anuncia su abrogación dentro de un año, a contar de la extinción de este período, seguirá automáticamente en vigor por otro período de cinco años.

“Artículo VII.—El presente convenio será ratificado a la mayor brevedad posible. El canje de documentos de ratificación se hará en Berlín. El tratado entra en vigor inmediatamente después de su firma.

Redactado en dos lenguas: alemana y rusa.

Moscú, a 23 de agosto de 1939.

(Firmado). Por el Gobierno alemán, Ribbentrop.

A nombre del Gobierno de la U.R.S.S., Molotov.”

*Explicación del Comisario de Relaciones Exteriores del Soviet
sobre la actitud de su Gobierno*

En vista de los ataques de la reacción internacional contra el pacto de referencia, el señor Molotov —sucesor de Litvinov por fuerza de las circunstancias— juzgó llegada la hora de explicar, sin rodeos ni tergiversaciones diplomáticas, la conducta del Gobierno ruso. En su histórico discurso ante el Consejo supremo de los Soviets, pronunciado días después de haber suscrito el acuerdo con Ribbentrop, se refirió el nuevo Comisario soviético de Relaciones Exteriores a las conversaciones infructuosas, llevadas a cabo cerca de Inglaterra y de Francia, desde el mes de abril de 1939, para firmar con dichas potencias un pacto de ayuda mutua contra las frecuentes agresiones totalitarias, que mantenían a Europa en constante zozobra.

Dijo el señor Molotov que las proposiciones de Inglaterra eran totalmente inaceptables, pues no tomaban en cuenta el principio de reciprocidad e igualdad de obligaciones. Hizo ver que las pláticas tropezaron con obstáculos insuperables y que Polonia, “a la cual la Unión Soviética debía garantizar conjuntamente con Inglaterra y con Francia, rechazaba la ayuda militar del Soviet”.

Manifestó con toda claridad el señor Molotov que “Inglaterra no procuraba vencer las objeciones de Polonia sino que, por el contrario, las sostenía”. Y agregó, en distintos pasajes de su discurso, frases como las siguientes:

“¿Qué han probado las pláticas con Inglaterra y con Francia? Han probado que la posición de Inglaterra y de Francia estaba llena de contradicciones. Por una parte exigían ayuda militar para Polonia contra la agresión, y por otra no permitían tal ayuda. Como se sabe, la Unión Soviética estaba dispuesta a entenderse con la condición de recibir también ayuda de Inglaterra y de Francia. Pero Inglaterra y Francia hacían entrar en escena a Polonia, que rechazaba categóricamente la ayuda militar soviética.”

“Condicionaban su ayuda con numerosas reservas sobre la agresión indirecta, con el fin de tener motivos formales y jurídicos que les permitieran desentenderse de toda ayuda, en el caso de que tuvieran que otorgársela a la Unión Soviética, dejándola aislada frente a una agresión.”

“Inglaterra y Francia, además, dieron muestras de una extrema lentitud y falta de seriedad en las pláticas realizadas, habiendo envia-

do personalidades de importancia secundaria, desprovistas de poderes bastantes para llevar a su fin las pláticas. Baste indicar que las misiones militares inglesa y francesa no tenían poderes definidos ni derecho para firmar ninguna convención. Más aún, la misión inglesa llegó a Moscú, en general, sin mandato; y sólo después de que nuestra misión militar se lo exigió, en vísperas de interrumpirse las conferencias, la misión inglesa presentó poderes escritos que tenían un carácter indefinido y un valor insignificante.”

“¿En qué se distingue semejante actitud de un juego sutil para desacreditar el propósito de las pláticas? ¿Cuáles son las causas de la ruptura de esas conferencias? ¿Dónde se encuentran las raíces que señalan la posición contradictoria de Inglaterra y de Francia? En pocas palabras, son las siguientes: Por una parte los gobiernos inglés y francés temen la agresión, y por eso quieren celebrar un pacto con el Soviet, pues así quedaría reforzada la situación de Inglaterra y de Francia. Mas por otra parte esos gobiernos temen firmar un pacto serio de ayuda mutua con la Unión Soviética, porque tal pacto podría robustecer a la U.R.S.S., y esto no corresponde de ninguna manera a sus deseos.”

“La decisión de firmar nuestro compromiso de no agresión con Alemania se tomó, finalmente, cuando las pláticas para el pacto militar con Inglaterra y con Francia estaban en un callejón sin salida; y cuando se había demostrado que no era posible contar con un pacto de ayuda mutua, y que debíamos plantearnos la cuestión de garantizarnos una paz por otros medios, evitando la amenaza de una guerra entre Alemania y la Unión Soviética.”

“Si los gobiernos de Inglaterra y de Francia no deseaban tomar en cuenta las razones del Soviet, era cosa suya; pero nuestra tarea era pensar en los intereses del pueblo soviético, en los intereses de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. (Tempestad de aplausos.) Tanto más cuanto que estamos seguros de que los intereses de la U.R.S.S. coinciden con los intereses fundamentales de los pueblos de otros países.”

En subsiguientes párrafos de su discurso se refirió el señor Molotov a la necesidad de fortalecer las relaciones positivas de Rusia con todos los países, sobre bases de paz, de amistad y de buena vecindad, “siempre que esos países no intenten lesionar la integridad ni los intereses del Estado Soviético”. Expresó, además, que en el caso de Alemania no se trataba de un pacto de ayuda mutua sino, simplemen-

*Explicación del Comisario de Relaciones Exteriores del Soviet
sobre la actitud de su Gobierno*

En vista de los ataques de la reacción internacional contra el pacto de referencia, el señor Molotov —sucesor de Litvinov por fuerza de las circunstancias— juzgó llegada la hora de explicar, sin rodeos ni tergiversaciones diplomáticas, la conducta del Gobierno ruso. En su histórico discurso ante el Consejo supremo de los Soviets, pronunciado días después de haber suscrito el acuerdo con Ribbentrop, se refirió el nuevo Comisario soviético de Relaciones Exteriores a las conversaciones infructuosas, llevadas a cabo cerca de Inglaterra y de Francia, desde el mes de abril de 1939, para firmar con dichas potencias un pacto de ayuda mutua contra las frecuentes agresiones totalitarias, que mantenían a Europa en constante zozobra.

Dijo el señor Molotov que las proposiciones de Inglaterra eran totalmente inaceptables, pues no tomaban en cuenta el principio de reciprocidad e igualdad de obligaciones. Hizo ver que las pláticas tropezaron con obstáculos insuperables y que Polonia, “a la cual la Unión Soviética debía garantizar conjuntamente con Inglaterra y con Francia, rechazaba la ayuda militar del Soviet”.

Manifestó con toda claridad el señor Molotov que “Inglaterra no procuraba vencer las objeciones de Polonia sino que, por el contrario, las sostenía”. Y agregó, en distintos pasajes de su discurso, frases como las siguientes:

“¿Qué han probado las pláticas con Inglaterra y con Francia? Han probado que la posición de Inglaterra y de Francia estaba llena de contradicciones. Por una parte exigían ayuda militar para Polonia contra la agresión, y por otra no permitían tal ayuda. Como se sabe, la Unión Soviética estaba dispuesta a entenderse con la condición de recibir también ayuda de Inglaterra y de Francia. Pero Inglaterra y Francia hacían entrar en escena a Polonia, que rechazaba categóricamente la ayuda militar soviética.”

“Condicionaban su ayuda con numerosas reservas sobre la agresión indirecta, con el fin de tener motivos formales y jurídicos que les permitieran desentenderse de toda ayuda, en el caso de que tuvieran que otorgársela a la Unión Soviética, dejándola aislada frente a una agresión.”

“Inglaterra y Francia, además, dieron muestras de una extrema lentitud y falta de seriedad en las pláticas realizadas, habiendo envia-

do personalidades de importancia secundaria, desprovistas de poderes bastantes para llevar a su fin las pláticas. Baste indicar que las misiones militares inglesa y francesa no tenían poderes definidos ni derecho para firmar ninguna convención. Más aún, la misión inglesa llegó a Moscou, en general, sin mandato; y sólo después de que nuestra misión militar se lo exigió, en vísperas de interrumpirse las conferencias, la misión inglesa presentó poderes escritos que tenían un carácter indefinido y un valor insignificante.”

“¿En qué se distingue semejante actitud de un juego sutil para desacreditar el propósito de las pláticas? ¿Cuáles son las causas de la ruptura de esas conferencias? ¿Dónde se encuentran las raíces que señalan la posición contradictoria de Inglaterra y de Francia? En pocas palabras, son las siguientes: Por una parte los gobiernos inglés y francés temen la agresión, y por eso quieren celebrar un pacto con el Soviet, pues así quedaría reforzada la situación de Inglaterra y de Francia. Mas por otra parte esos gobiernos temen firmar un pacto serio de ayuda mutua con la Unión Soviética, porque tal pacto podría robustecer a la U.R.S.S., y esto no corresponde de ninguna manera a sus deseos.”

“La decisión de firmar nuestro compromiso de no agresión con Alemania se tomó, finalmente, cuando las pláticas para el pacto militar con Inglaterra y con Francia estaban en un callejón sin salida; y cuando se había demostrado que no era posible contar con un pacto de ayuda mutua, y que debíamos plantearnos la cuestión de garantizarnos una paz por otros medios, evitando la amenaza de una guerra entre Alemania y la Unión Soviética.”

“Si los gobiernos de Inglaterra y de Francia no deseaban tomar en cuenta las razones del Soviet, era cosa suya; pero nuestra tarea era pensar en los intereses del pueblo soviético, en los intereses de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. (Tempestad de aplausos.) Tanto más cuanto que estamos seguros de que los intereses de la U.R.S.S. coinciden con los intereses fundamentales de los pueblos de otros países.”

En subsiguientes párrafos de su discurso se refirió el señor Molotov a la necesidad de fortalecer las relaciones positivas de Rusia con todos los países, sobre bases de paz, de amistad y de buena vecindad, “siempre que esos países no intenten lesionar la integridad ni los intereses del Estado Soviético”. Expresó, además, que en el caso de Alemania no se trataba de un pacto de ayuda mutua sino, simplemente,

te, de un pacto de no agresión. Según el señor Molotov, el discutido convenio pondría fin a la enemistad entre los dos países; "y restringiendo el campo de las colisiones militares en Europa, serviría por eso mismo a la causa de la paz general".

Sangre, destrucción, millones de víctimas en el continente europeo, intensificada la hecatombe con la invasión de Rusia por los ejércitos de Hitler

Pero no sirvió el pacto rusogermano para poner fin a la enemistad entre el Reich nacional socialista y la Unión Soviética. Se le había firmado por el término de diez años. ¡Diez años de paz entre Rusia y Alemania! Mas he aquí que apenas habían transcurrido 22 meses desde la ratificación de aquel acuerdo, y ya los ejércitos del señor Hitler, por quince puntos distintos, en un frente de 1,500 millas, estaban invadiendo el territorio de la Unión Soviética, con el apoyo de su más poderoso equipo mecanizado.

En la fecha en que decidió el régimen agresor de Berlín olvidar su compromiso de paz con el Soviet —el domingo 22 de junio de 1941—, ya los teutones eran dueños de casi todo el continente europeo, desde el Polo Norte hasta Gibraltar, con Mussolini a la zaga.

¡Austria, Checoslovaquia, España, Memel, Albania, con anterioridad al ataque de Polonia, como ya lo vimos antes! Y después de Polonia fueron cayendo, uno tras otro, pueblos y gobiernos que no habían querido ver la realidad: Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, cuyo rey Leopoldo se entregó de lleno al invasor.

¡Y Francia, sin línea Maginot moral ni material, hasta quedar en manos del anciano Mariscal Pétain, de Laval, de Flandin, del Almirante Darlan, de la Cruz de Fuego, de los siniestros "cagoullards", de traidores a su patria, de quintacolumnistas civiles y militares al servicio incondicional del invasor!

Se fueron desmoronando estos últimos países, desconcertados y desorientados, casi sin oponer resistencia a la maquinaria bélica de los germanos, en el corto plazo de abril a junio de 1940.

Derrotadas, escarnecidas y humilladas todas esas naciones, suscrita intempestivamente la paz franconazi de Compiègne, que permitió a la swástica ocupar el sitio de la bandera tricolor francesa, empezaron los agentes sanguinarios de la Gestapo su labor criminal de limpieza en los territorios tan fácilmente conquistados.

A las mesnadas teutonas, naturalmente, agregáronse los camisas

negras del estrambótico Duce, quienes demostraron su fiera —a la hora del botín y del reparto— declarándole la guerra al pueblo francés cuando ya estaba vencido.

En los meses finales de 1940, así como en el invierno y en la primavera de 1941, concentró Alemania todo su poderío y todo su afán de destrucción sobre las islas británicas. Anunciaban insistentemente las agencias de publicidad del Reich que Inglaterra sería ocupada, en breve plazo, por mar y aire.

Pasó el tiempo, sin embargo —¡largos y terribles meses de incasantes bombardeos de Londres y de las más importantes poblaciones de las citadas islas!—, sin que pudieran quebrantar los pilotos de Hitler y de Goering la resistencia ni la moral del pueblo inglés, respaldado decididamente por la administración norteamericana del Presidente Franklin Roosevelt.

Para entonces ya estaba a la cabeza del Gobierno de Londres Winston Churchill, dinámico y reconocido adversario del totalitarismo. Chamberlain, a pesar de todo, había seguido colaborando en el nuevo régimen de guerra, hasta el 3 de octubre de 1940 en que tuvo que renunciar —¡por fin!— a su doble posición de Jefe del Partido Conservador inglés y de Lord Presidente del Consejo de Ministros de la Gran Bretaña.

Muy pocas semanas, para ventaja suya y del antifascismo mundial, pudo sobrevivir el infortunado Chamberlain a lo que tendrá que considerarse como su destitución. Falleció el 10 de noviembre de ese mismo año, mientras se anunciaba desde Vichy el encarcelamiento de Blum, Daladier, Gamelin y algunas otras figuras de la corrupción francesa, menos viles, desde luego, que los Pétain y los Laval, convertidos por decisión de Hitler en jueces y en perseguidores de los procesados.

Mientras los alemanes trataban de efectuar su anunciado desembarque en Inglaterra, la conflagración se iba extendiendo a lo que quedaba libre de Europa, y las chispas de la enorme hoguera incendiaban pueblos y ciudades de otros continentes. Pero al mismo tiempo que la fuerza de las armas, empleaban los totalitarios su más intensa propaganda, sus famosas “guerras de nervios” y todos los sistemas imaginables de presión diplomática, de amenaza y de quintacolumnismo, para reforzar su victoriosa posición con pactos y alianzas que iban imponiendo a diversos países, al margen todavía de la hecatombe.

En pocas palabras se podría resumir, de la siguiente manera, lo acaecido desde agosto hasta los últimos días de 1940: Invasión de la Somalia inglesa y de Sidi Barrani, en Egipto, por ejércitos italianos. Invasión de Grecia el 28 de octubre, también por italianos, ensobrecido el Duce con sus fáciles conquistas de agosto y de septiembre.

Mas vinieron allí a encontrarse los fascistas con un pueblo tan apegado a su tierra y tan heroico, que fué necesario el auxilio desesperado de los nazis para evitar que un pequeño país le diese sepultura, en forma lamentable, a las más "gloriosas columnas" del imperio artificial de Mussolini.

Invasión nazi de Rumanía, iniciada desde el 10 de octubre, de acuerdo con el pupilo de Hitler y dictador del reino, Ion Antonescu. Alianza de Hungría con el Eje Roma-Berlín, el 30 de octubre. Alianza de Eslovaquia con el citado Eje de la barbarie, el 24 de noviembre. Victoria de los ingleses sobre los italianos en Egipto, hacia los últimos días de diciembre.

Al comenzar 1941 las fuerzas británicas habían logrado asestar fuertes golpes a los totalitarios, en Libia. En marzo obtuvo Hitler un tratado de alianza con Bulgaria y logró que el gobierno marioneta yugoeslavo se convirtiera en instrumento suyo. El pueblo de Yugoslavia, sin embargo, tan celoso de su historia y de su tradición como el de Grecia, derrocó violentamente a los quitacolumnistas que lo gobernaban, no teniendo entonces más remedio que invadir su territorio, y dominarlo al cabo por el terror y por la fuerza, las poderosas columnas mecanizadas del ejército prusiano.

Sólo en esa forma fué también posible la derrota de los griegos. El 20 de mayo los alemanes invadieron a Creta por el aire. Pero en esos mismos días capturaban los ingleses el último reducto de los fascistas italianos en Africa oriental, lanzando de Abisinia a los invasores del señor Mussolini.

Para cerrarle al enemigo probables centros de aprovisionamiento y nuevos territorios de conquista, los ingleses habían comenzado, simultáneamente, su avance sobre el Irak desde el 19 de abril. Y cuando por un lado evacuaban la isla de Creta, entraban por otro lado en Siria, que quedó bajo el dominio de auténticos franceses de la Francia libre, de ingleses y de rusos, vencidas y expulsadas de allí las autoridades nazistoides de Vichy, el 12 de julio de 1941.

A esa fecha, pues, ya estaban cooperando firmemente unidas In-

glaterra y la Unión Soviética, esta última atacada de modo artero por el Reich el 22 de junio anterior, según antes quedó dicho. Con la violenta ofensiva de Rusia por Alemania, la más grande, la más feroz y la más sangrienta en los anales de la Historia, empezó a sacudirse el mundo, en mitad del siglo veinte, con una catástrofe sin precedentes, en la que el número de víctimas ya no se contaba por millares, ni por centenares de miles, sino por millones.

Ríos de sangre inundaban a Europa. Los bombardeos y la destrucción se generalizaban en todo el viejo continente. La guillotina y la horca funcionaban día y noche en los territorios ocupados por los ejércitos de Hitler. Y a base del más horrendo salvajismo buscaba incesantemente la Gestapo, de un extremo al otro de las naciones conquistadas, nuevos "racimos de hombres" para ultrajarlos, torturarlos y acabar por fin con ellos inmisericordemente.

CUESTIONARIO

1. *¿Cómo se explica el hecho de que Rusia, una vez vencida Polonia, estableciera sus primeras líneas de defensa en Lituania, Estonia y Latvia?*
2. *Exponer las razones fundamentales de la guerra entre Finlandia y el Soviet.*
3. *¿Qué actitud asumieron Inglaterra, Francia y las demás naciones del capitalismo internacional contra la Unión Soviética, y qué decidió hacer la Liga de las Naciones en contestación al conflicto rusofinlandés?*
4. *Referirse a las cláusulas del pacto de no agresión entre Rusia y Alemania.*
5. *Hacer una síntesis de las explicaciones de Molotov en relación con ese convenio.*
6. *Relatar cómo, en 1940 y en 1941, se fué extendiendo la conflagración a toda Europa, y a países estratégicos en otros continentes.*

LECCION XXIV

BATALLAS GIGANTESCAS EN EL ENORME FRENTE ORIENTAL RUSOGERMANO

*Alemania no quería que las democracias se fortalecieran
en ninguna forma*

VOLÚMENES enteros tomaría una relación minuciosa de las acciones de armas, de los sucesos más importantes y de las distintas fases de una conflagración tan honda como la que provocó, a partir de septiembre de 1939, el mesianismo desorbitado del señor Hitler, junto con el afán germánico de dominar al mundo. Relación simple de hechos, fijando nombres y fechas, o señalando batallas no es, por otra parte, el objeto de este *Guión*, cuya única finalidad ha sido la de estudiar, en términos generales, el origen y el panorama de la contienda a grandes rasgos, con el deseo de darle una explicación objetiva, desde el punto de vista sociológico.

Sobre lo que las Cancillerías de unas y de otras potencias aducen en relación con los pasos que tomaron para evitar la guerra, o en relación con la responsabilidad del adversario, encontrarán detalles completos quienes hayan seguido estas lecciones y quieran ampliar sus conocimientos en la materia, tanto en el *Libro Azul Inglés*, como en el *Libro Amarillo Francés* y en el *Libro Blanco Alemán*. En dichas tres obras hay una serie de documentos oficiales, de indiscutible importancia, que dan mucha luz tocante a la segunda gran carnicería contemporánea de seres humanos.

A esos documentos debe agregarse la extensa explicación en 344 páginas, publicada y prologada por von Ribbentrop, bajo el título *Dokumente zur Vorgeschichte des Krieges*, en la que el citado Ministro alemán, a pesar de la política de Chamberlain y de los servicios que Inglaterra y Francia le prestaron en Munich a su Fuehrer, no tiene escrúpulo en afirmar que "la única nación responsable de la guerra es Inglaterra, por sus apetencias bélicas y por su deseo manifiesto de destruir al Tercer Reich".

Dice a continuación el señor Ribbentrop que la Gran Bretaña no quiso aceptar "el magnánimo ofrecimiento de paz propuesto por el

Fuehrer el 6 de octubre de 1939". Es decir, cuando ya Alemania, después de violar todos sus pactos de no agresión, con unos y otros de sus pequeños vecinos, había dominado con sus ejércitos a Polonia y ondeaba la swástica en Varsovia.

Más adelante trata el señor Ribbentrop de comprobar sus afirmaciones —sin ningún atestado que pueda hacer fe en Derecho ni en sentido común—, insistiendo en la culpabilidad británica porque el señor Chamberlain era partidario del "rearme de Inglaterra a todo evento". Los nazis, en otras palabras, no querían que las democracias se fortalecieran en ninguna forma, en tanto que el Reich proseguía su carrera armamentista con ritmo acelerado, antes y después de la capitulación francobritánica de Munich.

Otros "argumentos" de von Ribbentrop y del *Libro Blanco Alemán*, verdaderamente extraordinarios por su debilidad y por su falta de lógica, son aquellos en los cuales pretende demostrar el Gobierno de Berlín su "amor a la paz", por la serie de pactos de no agresión arriba mencionados, que juzgó pertinente firmar con sus vecinos. Ribbentrop hace al efecto numerosos extractos de los discursos del señor Hitler, pero no agrega que todos esos convenios de no agresión fueron violados, uno tras otro, precisamente por Alemania.

Por lo que a este curso se refiere, bastará con agregar algunos datos adicionales, que den una idea de la magnitud de la contienda, y de lo que significa la guerra totalitaria. Unos pocos titulares periodísticos, tomados al azar de diversas publicaciones durante el primer año de bombardeos y de matanza, son suficientes para darse cuenta cabal de la gran tragedia desatada por la barbarie del Eje totalitario sobre el mundo. Veamos algunas de esas noticias publicadas en septiembre de 1940, al cumplirse el primer aniversario de la guerra.

"Las autoridades del Reich declaran que Londres es una inmensa hornaza. Pero Inglaterra cobra nuevos bríos en la defensa, alentada por las palabras que pronunció ayer el Rey Jorge (septiembre 23). Las baterías antiaéreas y los aviones británicos frustraron tres incursiones de los alemanes, que llegaban en oleadas de bombarderos."

"Fue destruída por los nazis la Universidad de Cambridge. Todo el centro de Londres y el Estuario del Támesis han sido furiosamente bombardeados por pilotos del Reich. Algunos aviones alemanes, desprendiéndose de sus escuadrillas, lograron arrojar imponentes cantidades de bombas sobre la capital inglesa."

"Continuados ataques resiste la plaza de Dakar, capital del Africa

Occidental Francesa. Cerca de 1,100 bajas se registraron ayer (septiembre 24), como resultado de los bombardeos aéreos y navales en la zona del puerto."

"Rudo ataque de la Real Fuerza Aérea de la Gran Bretaña sobre Berlín, como represalia por los bombardeos de Londres. Fueron incendiadas las plantas de la Siemens y otros centros vitales del Reich. Los pilotos nazis, entretanto, seguían sembrando en Inglaterra la muerte y la desolación con sus terribles bombardeos aéreos."

"Gibraltar fué objeto de una fuerte ofensiva aérea por pilotos nazis y por pilotos franceses del régimen de Vichy. Numerosos aeroplanos arrojaron varios centenares de bombas explosivas sobre la fortaleza británica del Estrecho. Cerca de tres horas se prolongó la alarma, habiéndose registrado varios combates a gran altura. Cuatro destructores y dos submarinos ingleses salieron hacia Marruecos para tomar venganza."

"Sigue la lucha de exterminio sobre Londres y sobre Berlín. Se están usando nuevas tácticas para causar mayores daños. Las formaciones más grandes de aeroplanos nazis atacaron de nuevo a Londres en la última madrugada (septiembre 25); pero la Real Fuerza Británica continúa tomando represalias. El raid efectuado por los pilotos ingleses sobre Berlín duró ayer (septiembre 26) algo más de cinco horas."

"Mercados de Londres arrasados en un raid. Bombas alemanas, explosivas e incendiarias, sobre la capital de Westminster. Croydon, Liverpool y otros centros de las Islas Británicas volvieron a sentir la furia de la aviación nazi, que con sus bombas hace desaparecer manzanas enteras en pueblos y en ciudades abiertas."

"Berlín, Wismar y otras metas alemanas bajo el fuego. Los aviones de la Real Fuerza Aérea han tenido que renovar sus bombardeos de represalia en todo el Reich. La metralla inglesa destruyó estaciones ferroviarias, puentes, concentraciones militares y plantas de luz y fuerza de distintas ciudades alemanas."

"Londres ha rechazado una doble embestida de bombarderos nazis, pero las poblaciones del Nordeste fueron azotadas con verdadera furia por los germanos. Un hospital y dos colegios resultaron destrozados, con un elevado saldo de muertos y heridos. Inglaterra ha hecho saber que Berlín, como respuesta a su barbarie, será bombardeada todas las noches. La Real Fuerza Inglesa demolió con poderosas bombas otras plantas alemanas de energía eléctrica, dejando

caer toda la carga de sus aeroplanos sobre la base naval de Kiel, el aeropuerto de Tempelhof y sobre la costa francesa del Canal de la Mancha.”

A los totalitarios sólo podía tratárseles totalitariamente

Los pocos titulares transcritos demuestran que al cumplirse el primer aniversario de la guerra, en septiembre de 1940, las democracias habían llegado por fin a la conclusión de que a los totalitarios sólo podía tratárseles totalitariamente. Ernest Bevin, líder obrero y Ministro del Trabajo de la Gran Bretaña, considerado como la segunda figura del Imperio inglés durante el régimen de Churchill, declaró enfáticamente en esos mismos días: “El único lenguaje que entienden los nazis es el de la fuerza; y en ese lenguaje les hablaremos, hasta obtener el triunfo de la libertad y la derrota de las dictaduras.”

En el mismo tono habló desde Washington el Presidente Roosevelt, pocos días después, con motivo de la celebración del descubrimiento de América. Dijo, entre otras cosas, el señor Roosevelt: “Los americanos no nos dejaremos llevar por temores ni por amenazas para seguir los caminos que los dictadores quieran señalarnos. Continuaremos ayudando a los pueblos libres que luchan por cerrar el paso a los enemigos de la democracia.”

En un plano así de ofensiva encarnizada, de guerra totalitaria a sangre y fuego, fué aumentando irremediabilmente el afán de destrucción en forma tal, con el auxilio de sabios e ingenieros, de la ciencia y de la técnica, que todas las energías de Europa se tenían que dedicar a la matanza. He aquí, entre centenares de informaciones, un nuevo titular y dos cortos cablegramas, que indican cuál era el panorama trágico del viejo mundo en diciembre de 1940:

“Aumenta la destrucción de naves británicas por submarinos del Reich. El promedio semanal de hundimientos se calcula en 84,000 toneladas. El aumento se advirtió desde hace varios meses, cuando los alemanes ocuparon los puertos occidentales de Francia, que de acuerdo con Vichy se han convertido en base de sumergibles y de aviones nazis, con todas las facilidades necesarias para proseguir su obra de destrucción en el Atlántico.”

“Nueva York, 2 de diciembre (ANTA).—“Si no quiere usted presenciar lo que es el salvajismo, manténgase a distancia de Corfú”. Esto escribe el corresponsal del *Chicago Daily News*, relatando de qué

manera la aviación italiana, con desprecio del Derecho Internacional y de las leyes de guerra, destruyó casi totalmente la ciudad indefensa de Corfú, que no constituye ningún objetivo militar para los totalitarios.

“Dice el corresponsal que los aviadores del Duce arrojaron más de mil bombas sobre los indefensos pobladores y agrega: “Las atrocidades que los pilotos nazifascistas llevaron a cabo en ciudades españolas sin defensa, han sido multiplicadas en esta población, hasta llegar a una obra maestra de salvajismo criminal. Puedo testificar personalmente que fueron destruídas viejas fortalezas sin cañones, iglesias y edificios públicos; pero, sobre todo, humildes barriadas de obreros y de gente pobre, de mujeres, de niños y de ancianos, bárbaramente sacrificados por la iniquidad totalitaria.

“Corfú, con sus calles estrechas, sus arcadas y sus balcones, era una joya arquitectónica. Ahora sus barrios de leyenda son únicamente un montón de escombros. A la entrada de la ciudad se debería colocar un cartel que dijese: “Por aquí pasaron el despecho, la brutalidad y la barbarie de las hordas del fascio.”

“Berlín, diciembre 7 (AP).—La agencia oficial alemana de noticias D.N.B. dijo esta noche, de fuente autorizada, que durante el mes de noviembre se arrojaron sobre blancos ingleses 7,455 toneladas de bombas explosivas. Agrega que de ese total 3,521 toneladas cayeron sobre Londres; 911 en Birmingham; 629 en Southampton; 610 en Coventry; 196 en Bristol; 129 en Plymouth y 415 en Liverpool. Pero advierte la D.N.B. que estos números sólo corresponden a bombas explosivas, pues no se ha tomado en cuenta el tonelaje más o menos semejante de bombas incendiarias.”

Todo eso es poco, sin embargo, comparado con el exterminio que siguió en 1941, y que llegó a tomar caracteres gigantescos en el enorme frente oriental rusogermánico, durante la feroz ofensiva del Reich contra la Unión Soviética. Efectivamente, a partir del ataque de los ejércitos del Fuehrer a la nación del socialismo, convencido el Alto Mando alemán de que era materialmente imposible desembarcar en Inglaterra; a partir, pues, del 22 de junio de 1941, la segunda guerra mundial empezó a tomar proporciones que ningún estratega ni ningún historiador hubiera podido imaginar.

Pero al mismo tiempo que se combatía en los extensos frentes rusos; al mismo tiempo que los poderosos ejércitos mecanizados de los nazis presionaban, con toda su fuerza y con toda su barbarie sobre

el territorio de Ucrania, con dirección a Odessa, sobre Leningrado, sobre Moscov, sobre los más importantes centros industriales y agrícolas de la nación soviética; al mismo tiempo que millares de tanques, de fortalezas aéreas y de cañones de largo alcance despedazaban pueblos y ciudades, sembrando la muerte y la desolación en aquellas fértiles regiones, fecundadas con el sudor y con el trabajo de los campesinos rusos; al mismo tiempo que generaciones enteras de seres humanos eran trituradas por la maquinaria bélica de los contendientes, pudo al fin advertirse en todo el mundo cómo se delimitaban y se dividían los campos: de una parte, el antifascismo, la democracia, un hondo sentido de salir en defensa justa de lo propio; y de la otra, el totalitarismo, la fuerza bruta, la agresión, la manía soberbia de dominio, constantemente pregonada por el jefe mesiánico de "la raza elegida".

Y pudo también advertirse, desde el momento en que el pueblo en masa del Soviet se enfrentó con decisión unánime al poderío del invasor tudesco, cómo sí era posible detener y derrotar a ejércitos que se consideraban invencibles.

Si como lo estaba haciendo Rusia hubieran procedido a tiempo las demás naciones europeas; si así como España, China, Yugoslavia y Grecia fueron capaces de resistir a los totalitarios, hubieran demostrado su pujanza los regímenes que se fueron entregando dócilmente al agresor nazifascista, es indudable que habría podido evitarse en Europa tanta desolación y tanta ruina.

Pero mientras España, Grecia, Yugoslavia, China, la Inglaterra posterior al grupo Chamberlain y Rusia defendían —o habían defendido las tres primeras— sus conquistas y sus ideales de mejoramiento social y económico, en los demás países dominaban las minorías detentadoras, los gobernantes quintacolumnistas, la plutocracia insaciable, las "clases bien" que nunca se sacrifican por ningún ideal.

Francia no fué vencida por Hitler, sino por la corrupción y el quintacolumnismo de sus castas privilegiadas

Recordemos, por ejemplo, el caso verdaderamente trágico de la República Francesa. ¿Por qué cayó? ¿Por qué se desmoronó sin combatir, en el curso de tres semanas de "ofensiva relámpago", aquella democracia de tan gloriosa tradición?

Porque desde que estalló la guerra se acentuó en Francia la era de las persecuciones contra los obreros, contra los sindicatos, contra las

grandes mayorías trabajadoras, contra el pueblo francés, en suma, y no contra el enemigo que estaba al otro lado del Rhin. De ese modo Daladier restó a Francia el apoyo y el fervor patriótico de seis millones de franceses: los más unidos, los más combativos, los más antifascistas, los únicos que hubieran sido capaces de defender a su patria.

714 diarios, revistas y periódicos suprimió el Gobierno; 82 diputados sufrieron la humillación de que se les expulsara del Congreso; alcaldes, líderes sindicales, consejeros municipales, cuantos dirigentes de la democracia francesa logró encontrar la policía, cayeron en prisión, acusándoseles de "comunistas"; 642 sindicatos, 795 asociaciones obreras y 322 ayuntamientos fueron cerrados con violación de toda ley.

Al llegar, entonces, el momento de la lucha, la República Francesa, vencida ya en el interior por Daladier y por sus colaboradores, no tuvo ánimo, ni fuerza, ni entusiasmo ninguno para salir al encuentro de los ejércitos germanos. Casi todos los jefes y oficiales, casi todos los mandos militares de Francia, por otra parte, pertenecían a la Cruz de Fuego y admiraban, sin disimulo, a sus colegas alemanes de "botas federicas".

El virus nazifascista, en una palabra, corría por la sangre de un alto porcentaje de los técnicos galos de la guerra; y corría también por la sangre de la plutoaristocracia de aquel París heroico del 89, cuna y fecha de la Revolución Francesa.

Así se explica que el invasor fuera recibido como en día de fiesta por las altas clases sociales franconazis, corrompidas y degradadas, incapaces de empuñar las armas —como antes se dijo— ni de luchar por otra cosa que sus propios y personales intereses.

Todo daba la impresión, en los días anteriores y posteriores al armisticio de Compiègne, de que el Gobierno y las castas privilegiadas, enemigas de la "chusma proletaria", no tenían ningún deseo de luchar contra Alemania.

Lo único que les importaba era organizarse y fortalecerse en lo interior para despedazar a las agrupaciones izquierdistas de las grandes mayorías trabajadoras. Es decir, para despedazar al pueblo francés.

Y eso fué a la postre lo que obtuvieron los privilegiados: despedazaron al pueblo, despedazaron a su propia patria, y la pusieron sin remedio a merced del invasor totalitario.

A pesar de todo, sin embargo, ni el auténtico pueblo de Francia,

ni el pueblo de Checoslovaquia, ni el de Polonia, ni el yugoeslavo, ni el de Holanda, ni el de las naciones escandinavas, ni el de los demás territorios transitoriamente ocupados por las fuerzas del Reich, podían considerarse como aliados o como servidores del invasor o de los quintacolumnistas de la "espuma" continental europea.

En el segundo semestre de 1941, principalmente, cuando ya Rusia medía sus fuerzas con la barbarie teutónica, aumentó en esas naciones la cruzada tenaz de toda suerte de patriotas: obreros, campesinos y clase media, para liberarse de la opresión y de la ignominia.

El General Charles de Gaulle, que desde el principio de la sumisión del Mariscal Pétain había logrado compactar a los franceses de la Francia libre, representantes legítimos de la dignidad nacional y del sentimiento antigermánico de sus compatriotas, fué apoyado y reconocido por el régimen de Churchill como jefe del Gobierno popular francés.

Funcionaban en Londres, de igual manera, los regímenes constitucionales de la mayor parte de los países dominados, entre ellos el de Holanda, Noruega, Dinamarca, Yugoslavia, Checoslovaquia y Grecia. Solamente Rumanía, Finlandia, Hungría y los búlgaros, bajo el despotismo y el terror de autoridades entregadas en cuerpo y alma al totalitarismo, peleaban codo a codo con los nazis en contra de las democracias y en contra del Soviet.

Y junto con ellos, naturalmente, la Francia de los lacayos de Hitler, la de Pétain, Laval, Darlan y compañía. Ya vimos que esa Francia no fué dominada por el Fuehrer, sino que la traspasaron a su enemigo ancestral los que ya la tenían vencida y maniatada desde mucho tiempo atrás: los Blum, los Weygand, los Daladier, los Bonnet; los militares de la Cruz de Fuego; los partidarios de la traición de Franco en España; los apaciguadores de Munich; los "patriotas" que querían salvar a Francia en ancas de una dictadura fascista; las doscientas familias y los banqueros, dueños de la riqueza; todo el amontonamiento, en fin, de la caverna tradicional, simbolizada por el ex héroe de Verdún, por el decrepito anciano que se refugió en Vichy.

Consecuente con su papel y con su lamentable decrepitud, tenía el llamado Gobierno petainista o lavalista que romper relaciones con Rusia, tan pronto como entraron en acción, contra su ex aliada del pacto franco-soviético, los ejércitos de Hitler. Ocurrió tal cosa el 30 de junio, cuando el Almirante Darlan comunicó el Embajador del Soviet

en Vichy que él y todo el personal de la Embajada podían salir en un tren especial rumbo a Marsella, alegando que “desarrollaban actividades peligrosas para el orden público y para la seguridad del Estado”.

¡No recordó en esos momentos el señor Darlan que tres meses antes había salido para Moscou un representante de Vichy, a negociar con el Kremlin, sin que los entreguistas galos tuviesen a la sazón la más pequeña inquietud por el “peligro rojo”! Pero el temor al “comunismo” se les metió de nuevo en el cuerpo a los caballeros de la traición francesa, tan pronto como su verdadero jefe, el Fuehrer, violando el pacto rusogermano de no agresión, se lanzó intempestivamente sobre el apetecido territorio de la Unión Soviética.

En el próximo capítulo habrá oportunidad de referirse a la forma en que —contrastando con la actitud de los hombres de Vichy, los Quislings, los Antonescus, los Hachas, los Francos y otros nazistoides europeos— respondieron las democracias, e incluso ciertas aristocracias y ciertas plutocracias del viejo continente, al llamado de la libertad y del patriotismo.

Allá luchaban por esos ideales humanísimos la Inglaterra de Churchill, el Soviet del socialismo, los pueblos ultrajados. En Asia, la China de Chiang Kai-Shek. Acá en América los Estados Unidos, los de la política del buen vecino y del nuevo trato, con la cooperación de todos los grupos progresistas del hemisferio occidental.

CUESTIONARIO

1. *¿Logra demostrar von Ribbentrop la “inocencia” de Alemania y el “amor a la paz” de los germanos en el “Libro Blanco Alemán”, o en otras publicaciones oficiales hechas en Berlín?*
2. *Referirse a la terrible destrucción provocada en Europa por la guerra totalitaria, desde 1939 hasta 1941.*
3. *Hacer algunos comentarios relacionados con la resistencia de la nación soviética al gigantesco ataque de los ejércitos del Reich.*
4. *Comparar la actitud de Rusia con la de aquellos países en los cuales dominaba el quintacolumnismo, y que fueron cayendo sin combatir en poder de las hordas hitlerianas.*
5. *¿Por qué se desmoronó en el curso de tres semanas la República Francesa?*
6. *Explicar a grandes rasgos la situación de Europa en el segundo semestre de 1941, cuando ya el Soviet medía sus fuerzas con la barbarie teutónica.*

LECCION XXV

COMO DE UN ENOME CRISOL, DESPUES DE TANTO DOLOR Y DE TANTA SANGRE, SALDRA DEPURADO EL MUNDO HACIA NUEVOS SISTEMAS DE CONVIVENCIA HUMANA

*Reacción de todos los pueblos civilizados en favor de la democracia
y de la heroica resistencia rusa*

PUDIERON apreciar los lectores en el capítulo anterior cómo, a partir del 22 de junio de 1941, se dividieron los campos en dos grupos: nazismo y antinazismo, poniéndose frente a frente la monstruosa barbarie hitleriana y la doctrina democrática. Así tenía que ser, porque ya no era posible seguir hablando del desacreditado fantasma comunista, cuando el crimen, la destrucción y la matanza efectivas, con el signo de la swástica, a todos los azotaba por parejo.

La reacción en favor de Rusia, entonces, por su resistencia heroica al empuje brutal de los teutones, no se hizo esperar. Pero lo interesante es tomar nota de que no sólo la Inglaterra y los Estados Unidos del mundo oficial estuvieron, desde el primer momento, al lado del Soviet, sino también ciertas aristocracias y ciertas plutocracias del viejo continente. Sin pérdida de tiempo contestaron esas clases sociales al llamado de la libertad y del patriotismo defendidos, en forma emocionante, por los ejércitos de la nación soviética.

De nada le sirvió al señor Hitler haber lanzado, pocas horas después de su ataque a Rusia, su ya citada y enmarañada proclama, presentando al Reich como "víctima inocente de "los judíos bolcheviques", detentadores del poder en Moscou". Será necesario que los alumnos obtengan y estudien el texto completo de dicha proclama, porque en esta lección apenas puede ofrecerse un resumen muy rápido de las palabras del Fuehrer. Fué editada en folleto por el Ministerio de Propaganda de Berlín, junto con la nota de Ribbentrop al Gobierno de la U. R. S. S. Ambos documentos se expidieron el propio 22 de junio de 1941.

Dijo, en síntesis, el señor Hitler: "Durante más de dos décadas "los judíos bolcheviques" han tratado de envolver en llamas no sólo al Reich, sino también a todos los países europeos". Y agrega a continuación: "Alemania jamás ha intentado llevar sus conceptos nacional socialistas a Rusia ni a ninguna otra parte; han sido siempre "los judíos bolcheviques" quienes han querido imponernos su dominio, no solamente espiritual sino también, y ante todo, militar".

Basta la frase transcrita para que pueda comprenderse hasta dónde pretendía el amo de Alemania volver a su vieja demagogia del anticomunismo, queriendo engañar a sus crédulos y sacrificados compatriotas. ¡En esa forma se expresaba el mismo hombre que había firmado meses antes, entre saluciones diplomáticas y promesas de paz, un pacto sensacional de no agresión con el Soviet! ¡Así hablaba nada menos que el máximo agresor de pueblos y de países, dedicados a estructurar la paz en Europa, mientras los nazis seguían preparándose para la guerra!

En otros períodos de su proclama arremetió también el Fuehrer contra Inglaterra y contra Churchill, porque "Londres estaba dirigiendo una conjuración internacional contra los sufridos habitantes del Reich, y contra aquellos pueblos que, lo mismo que Alemania, se ven en la necesidad de ganarse el pan en dura lucha por la existencia".

Podrían rebatirse tan extraordinarias afirmaciones con sólo recordar el espíritu pacifista de Locarno; los empréstitos que Inglaterra y el capitalismo mundial le hicieron al Estado alemán; el superávit que obtuvo el Reich a propósito de las reparaciones de Versalles; su entrada en la Liga de Ginebra; la política apaciguadora o munichista de Chamberlain y Daladier; todo aquello, en fin, que tendía a conseguir la paz y en ninguna forma a provocar la guerra.

Pero ya se dijo antes que de nada le sirvieron al señor Hitler, por lo menos en el aspecto internacional, los peregrinos argumentos de su proclama. Ni siquiera tuvieron validez las expresiones anticomunistas del Fuehrer entre los enemigos aristocráticos de la transformación social. Únicamente habían de tener eco, por desgracia, para seguir persiguiendo y sacrificando sin merced a elementos "comunistas" —así calificados por el delito de defender a su patria—, entre los Petaines, los Quislings, los Francos, los Antonescus y todos los demás servidores incondicionales de la "raza superior".

La Reina Guillermina de Holanda, entretanto, el Príncipe Olaf de

Noruega, el gran Patriarca de la Iglesia Ortodoxa rusa, hasta los descendientes del Czar externaron, sin demora, su simpatía y su apoyo a la Unión Soviética. Parecerá ocioso agregar que en el mismo sentido se pronunciaron Churchill, Eden, Benes, el Presidente Roosevelt, Cordell Hull y los demás representantes de la democracia mundial.

Sumariamente, pues ya los principales mensajes cablegráficos sobre el particular han sido recopilados y publicados por el autor en recientes publicaciones, que formarán el volumen *Cosas y hombres de Europa*, parece oportuno, en todo caso, reproducir algunos de ellos. Los miembros de la familia Romanoff, por ejemplo, con fecha 25 de junio, enviaron un mensaje al Kremlin, poniéndose a su disposición en los siguientes términos:

“Esta es una lucha común para salvar a la unidad eslava de la agresión injustificada de los alemanes. Sea cual fuese la querrela que hemos tenido en el pasado, consideramos que es nuestro deber luchar al lado del Soviet en contra de sus invasores.”

El Príncipe Sergio Obolensky, por su parte, declaró en Nueva York al *Daily News*, el 27 de junio: “He luchado contra el régimen soviético, porque no estoy de acuerdo con su ideología; pero menos puedo estarlo con la de Hitler. Antes que nada soy soldado, y creo que todos los rusos estamos en la obligación de ayudar al Soviet para derrotar a los agresores nazis”.

El Arzobispo de Canterbury, Hewlett Johnson, en un llamamiento publicado en la *Gaceta Diocesana*: “Debemos desear el más rotundo éxito al valiente ejército ruso y al pueblo de ese gran país, prestándoles toda la ayuda que necesiten para defenderse de los nazis. La alianza anglosoviética se justifica por el hecho, perfectamente claro, de que una victoria del hitlerismo sobre la civilización destruiría cualquier forma tolerable y humana de gobierno”.

Cuatro meses después, el 6 de octubre de 1941, ratificó el Dean de Canterbury su admiración por el heroísmo del pueblo soviético, en un discurso pronunciado en Londres. Esencia de tal discurso es la siguiente frase: “Podemos estar orgullosos de nuestra nueva aliada Rusia, por la forma en que está librando su gran batalla por la libertad del mundo; también podemos sentirnos orgullosos todos los cristianos por el inmenso valor y por la tenacidad maravillosa de la población rusa”.

A su vez el Gran Patriarca Sergio, Metropolitano interino de

Moscú, en una pastoral dirigida el 29 de junio a todo el clero y a todos los fieles de la Unión Soviética, les pedía que orasen fervorosamente por la victoria del Ejército Rojo sobre Alemania. "La autoridad eclesiástica —dijo en aquella fecha el Gran Patriarca— bendice a todos los miembros de la Iglesia Ortodoxa, y a todos los jefes y a todos los soldados del ejército, por la defensa de las sagradas fronteras de nuestra patria. Dios nos dará la victoria".

El mismo espíritu patriótico —que podría servir de modelo a las derechas cerriles y a los mitrados de España— mantuvieron en meses subsiguientes, hasta el momento de terminar estos apuntes, los aristócratas, los antiguos militares czaristas y los altos dignatarios de la Iglesia Ortodoxa, respaldados por obispos y sacerdotes tanto de Inglaterra como de los Estados Unidos. Un cablegrama de Nueva York, transmitido el 28 de octubre, expresaba en parte:

"Antiguos oficiales del Ejército Imperial Ruso y numerosos aristócratas de la Rusia Blanca, radicados actualmente en este país, han fundado un Comité para reunir la cantidad inicial de cien mil dólares como auxilio para la Unión Soviética.

"El Obispo Metropolitano Benjamín, representante oficial de la Iglesia Ortodoxa en Norteamérica, que ha sido electo Presidente honorario del nuevo Comité, se expresó de esta manera: "Debemos soslayar cuantos resquemores hemos tenido contra el régimen soviético. Hoy queremos y debemos ayudar al Ejército Rojo y al Gobierno de Moscú, con todos los medios a nuestro alcance."

En la misma fecha decía un mensaje cablegráfico de Washington: "Nos unimos en nuestra plegaria a las que la Iglesia Anglicana y la Iglesia Ortodoxa han elevado a Dios por el triunfo del pueblo ruso, la victoria del Ejército Rojo y el éxito de los dirigentes del Soviet. Creemos firmemente que si Hitler puede ser derrotado en Rusia, las democracias occidentales habrán obtenido una gran victoria, así como los chinos y los países americanos". Lo transcrito se expresa en un mensaje entregado hoy al Presidente Roosevelt por más de mil sacerdotes de distintas congregaciones.

"En el propio documento los religiosos referidos solicitan a la Casa Blanca que se aporte la mayor ayuda posible a Rusia. Repudian, además, el antisemitismo, calificándolo de "lepra espiritual odiosísima". Firman tan importante mensaje Titus Lowe, Obispo de Indianapolis; Hiram Boaz, Obispo de Dallas, Texas; Noel Porter, Obispo

de Sacramento; Robert Goodem, Obispo de Los Angeles; los Obispos de Erie, Minnesota, Nevada, Montana, etc., y numerosos maestros de Teología en diversos Estados de Norteamérica.”

*La voz oficial de Downing Street y la Casa Blanca respaldan
a la Unión Soviética*

Deliberadamente se han pospuesto en esta relación las declaraciones oficiales y las de los grupos progresistas de Inglaterra y de los Estados Unidos, en favor de la causa soviética, íntimamente ligada con la defensa de Londres, de Washington y de los trabajadores del mundo entero.

Sería cuestión de muchas páginas reproducir los fervorosos mensajes de simpatía y de apoyo a Rusia, suscritos por altos funcionarios y publicados en los más importantes periódicos, desde que el Soviet fué agredido por los ejércitos del Reich. Sea suficiente con informar que el 23 de junio, en un elocuente discurso radiado a todo el mundo, definió claramente Winston Churchill la actitud franca y definida de la Gran Bretaña. Hizo ver que la Unión Soviética estaba siendo víctima de un atropello incalificable, en escala mucho mayor que el que habían sufrido antes los demás países europeos.

“La terrible máquina militar —dijo Churchill— que nosotros y el resto de los países civilizados, tan necia, tan descuidada, tan torpemente permitimos formar a los pandilleros nazis, no puede quedar ociosa para no caer en pedazos; por eso sigue funcionando mientras no acabemos con ella. Los ejércitos alemanes, bajo un velo de confianza forzada, se reunieron en inmensas hordas a lo largo de una línea que se extiende desde el Mar Blanco hasta el Mar Negro, y sus flotas aéreas y sus divisiones armadas, lenta y metódicamente, ocuparon sus puestos. Entonces, en forma inesperada, sin declaración de guerra, sin dar siquiera un ultimátum, llovieron bombas alemanas sobre las ciudades rusas.

”Todo lo que sabemos en la actualidad es que el pueblo ruso está defendiendo heroicamente su tierra nativa, y que estamos en la obligación de ayudarlo con todas nuestras fuerzas. Solamente tenemos una meta y un propósito irrevocable. Estamos resueltos a destruir a Hitler y hasta el último vestigio de su régimen criminal y sanguina-

rio. No parlamentaremos jamás, no negociaremos jamás con Hitler ni con ninguno de sus hombres.

"Cualquier hombre o cualquier Estado que luche contra el nazismo, tendrá nuestra ayuda. Cualquier hombre o cualquier Estado que marche con Hitler es nuestro enemigo. Esto es aplicable no solamente a los Estados organizados, sino a todos los representantes de esa raza villana de los Quislings, que se convierten en instrumentos y en agentes del régimen nazi contra sus propios compatriotas y contra la tierra en que nacieron.

"Hitler desea destruir el poderío ruso, como un prelude para intentar por fin la invasión de las Islas Británicas. Por lo tanto, el peligro que amenaza a Rusia es nuestro peligro, y la causa del Soviet es la causa de los hombres libres y de los pueblos libres en todas partes del mundo. Aprendamos la lección que nos ha enseñado la cruel experiencia. Redoblemos nuestro empeño y descarguemos nuestros golpes sobre el enemigo, uniendo nuestras fuerzas mientras nos queden vida y energía."

Por constituir los párrafos anteriores del discurso del señor Churchill la esencia de la actuación oficial de su Gobierno, se les ha insertado en estas páginas, a pesar de que también aparecen en otros trabajos del que esto escribe, según se explicó líneas arriba.

Con igual espíritu de cooperación se expresaron los gobiernos autónomos de los dominios, apoyando en todas sus partes al Primer Ministro del Imperio. Nueva Zelandia contestó en la forma más lacónica pero más significativa que pudiera esperarse: "Ready" ("Estamos listos"). En el mismo sentido se pronunciaron sin dilación el Canadá, Sud Africa y Australia. El señor Menzies, Primer Ministro de este último país, declaró, en síntesis, el 24 de junio:

"Adoptamos, en todas y en cada una de sus partes, la actitud que asumió ayer Winston Churchill en lo que se refiere al caso de Rusia, atacada por el Reich. El Gobierno de Australia, por consiguiente, dará todo su apoyo a la Unión Soviética, ya que el objeto principal que persiguen las democracias es el de vencer a Hitler, contra el cual se yergue el poderío del gran Ejército Rojo."

Silmultáneamente afirmó el líder laborista Curtin, que su Partido aceptaba con fervoroso entusiasmo la determinación del señor Churchill en el caso de Rusia, porque "debemos dar la bienvenida a todo

país que se una a la causa de la justicia y de la civilización contra el brutal salvajismo de los nazis”.

El doctor Benes, Presidente de Checoslovaquia refugiado en Londres: “El error de Hitler al invadir a Rusia ha derribado el espectro de la victoria nazi, asegurando el final de la guerra. Durante los últimos seis meses los alemanes pudieron darse cuenta de que jamás derrotarían a la Gran Bretaña, y se le planteó entonces a Hitler el dilema de lanzar sus ejércitos contra Rusia. Pero al atacar a la Unión Soviética los germanos han cometido el error supremo que acabará con ellos”.

Los periódicos, por su parte, respaldaron también con fervor y entusiasmo al régimen de Churchill, aprobando las declaraciones de Anthony Eden ante la Cámara de los Comunes. En ellas anunció Eden el próximo envío de una doble misión al Soviet, encargada de coordinar los esfuerzos de Londres y de Moscou para abatir al enemigo común, “porque ya los rusos y los ingleses somos socios militares y económicos; y porque Alemania ha cometido un acto premeditado, estudiado y deliberado de agresión en contra de la Unión Soviética, sin hacerle ninguna advertencia. Ni siquiera había discusiones entre ambos países cuando Hitler lanzó su golpe contra Rusia”.

Desde los Estados Unidos, al mismo tiempo, hacían saber el Presidente Roosevelt y Sumner Welles que cualquier país atacado por los nazis, “régimen sin honor, sanguinario y alevoso”, merecía el apoyo norteamericano; que Hitler “constituye la amenaza principal que pende sobre el mundo civilizado”; y que la Ley de Créditos y Arrendamientos se haría extensiva a la Unión Soviética, dándole todo el apoyo que fuese menester.

Pero lo esencial no es hacer aquí un recuento de palabras sino de hechos. Y el hecho más importante fué la cooperación que ambas democracias empezaron a prestarle al Soviet, además de su respaldo moral completo y decidido, en tanto que los rusos se batían heroicamente en los campos de batalla de su patria.

¿Y por qué se unían de esa manera Washington, Londres y Moscou? ¿Cuáles eran sus miras, cuáles sus proyectos para después de la guerra? Todo eso se discutió y quedó resuelto el 14 de agosto de 1941, en los ocho puntos de la victoria, adoptados por Churchill y por Roosevelt en su histórico “Acuerdo del Atlántico”.

Texto de los 8 puntos de la victoria, proclamados en un lugar del Atlántico por Estados Unidos y por la Gran Bretaña

Lo que a la sazón resolvieron las más poderosas democracias de la época contemporánea, rubricado con la sangre de ingleses, griegos, yugoeslavos, españoles, checoslovacos, rusos, etc., fué una respuesta categórica a Hitler y a sus planes de dominación mundial. Allí se demostró que la parte culta y civilizada de la humanidad estaba dispuesta a destruir para siempre a los agresores totalitarios, con el firme propósito de establecer después las bases permanentes de una paz justa y duradera en el planeta.

Durante la entrevista de Roosevelt y de Churchill se estudiaron los más graves problemas mundiales, que había desatado la nueva catástrofe guerrera. Se habló de los proyectos expansionistas del Japón, y se expusieron planes concretos para detener las ambiciones del Mikado. Se discutió la situación de Francia, y se tomaron acuerdos para contrarrestar las maniobras del régimen nazistoide de Vichy. Se trató, extensamente, el problema de aumentar el envío de materiales bélicos a la Unión Soviética, ratificándose la determinación de seguir suministrándole a Rusia todo el auxilio bélico que necesitara, en cantidades cada vez mayores. Y se habló del auxilio norteamericano a la Gran Bretaña, decidiéndose también acelerarlo y aumentarlo por parte de los Estados Unidos.

El líder de la Cámara de los Comunes, Clemente Atlee, hizo el anuncio oficial de la entrevista y de sus consecuencias y proyectos. Explicó que los acuerdos tomados por Roosevelt y por Churchill "en un lugar del Atlántico", están contenidos en ocho puntos fundamentales, sobre los que habrá de basarse la reconstrucción del mundo en la postguerra, subrayando, en medio de grandes ovaciones, la ayuda que seguiría prestándose a la Unión Soviética.

Lord Beaverbrook, quien estuvo presente junto con otros personajes de Inglaterra y de los Estados Unidos en la histórica entrevista, siguió directamente en avión a Norteamérica, para tratar todos los problemas relacionados con el envío de materiales a la U. R. S. S. y a la Gran Bretaña. E informes completos sobre las decisiones tomadas en defensa de todos los países en armas contra Hitler, fueron remitidos al señor Stalin con cartas personales de Roosevelt y de Churchill.

Los ocho puntos antes referidos son comparables, en varios de sus aspectos, a los famosos catorce puntos del Presidente Woodrow Wilson; pero con la ventaja, en 1941, de que no se expresó como en aquel entonces la opinión personal de un gobernante, sino que pudo celebrarse y ratificarse un convenio obligatorio, sobre bases previamente esbozadas, de paz y de concordia, entre las naciones democráticas más poderosas de la tierra. He aquí, en síntesis, la letra y el espíritu de tan trascendentales postulados:

Primero.—Las naciones democráticas no buscan ningún ensanchamiento territorial ni de cualquier otro género.

Segundo.—No desean ni admitirán cambios territoriales en el mundo, que no estén enteramente de acuerdo con la voluntad, libremente expresada, de los pueblos a que dichos cambios pudieran referirse.

Tercero.—Respetarán el derecho que asiste a las naciones para escoger la forma de gobierno bajo la cual quieran vivir; y pugnarán porque queden restablecidas la integridad territorial y la soberanía de aquellos países actualmente dominados por la fuerza.

Cuarto.—Fomentarán una equitativa y más amplia participación de todos los Estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos, en el comercio mundial y en las materias primas necesarias para el desarrollo de su prosperidad económica.

Quinto.—Aportarán su más estrecha colaboración a todos los países, con objeto de obtener mejores condiciones de trabajo, progreso económico uniforme y seguridad social.

Sexto.—Una vez lograda la destrucción del nazismo se laborará intensamente por el establecimiento de una paz efectiva para todas las naciones, con medios seguros de existencia dentro de sus propias fronteras, y con la seguridad de que podrán vivir su propia vida, sin temor de perder su libertad.

Séptimo.—Una paz semejante permitirá a todos los hombres atravesar los mares, sin obstáculo, en todas partes del mundo.

Octavo.—Crearán las potencias democráticas un sistema amplio y permanente de seguridad general, que permita consolidar la paz y redimir a los pueblos del fardo intolerable de los armamentos. Los signatarios opinan al efecto que todas las naciones del mundo, por razones tanto materiales como espirituales, deben abandonar para siempre el uso de la fuerza, pues no podrá establecerse ni podrá sos-

tenerse ninguna paz futura en la tierra, en el mar o en el aire, mientras los armamentos continúen siendo empleados como amenaza de agresión internacional.

CUESTIONARIO

1. *¿En qué forma pretendió explicar Hitler el ataque del Reich contra el Soviet, de acuerdo con su proclama del 22 de junio de 1941?*
2. *Referirse a la reacción de los países civilizados en favor de la democracia y de la heroica resistencia rusa.*
3. *Hacer una síntesis de las opiniones más importantes, sobre todo de elementos conservadores, en defensa de la Unión Soviética.*
4. *Resumir los principales párrafos del discurso de Churchill, y el punto de vista de Eden, Sumner Welles y otros altos funcionarios de Estados Unidos y de la Gran Bretaña, en relación con la guerra rusogermana.*
5. *¿Cuál es la esencia de los ocho puntos de Churchill y de Roosevelt, proclamados en su histórico "Acuerdo del Atlántico"?*
6. *Explicar la trascendencia que tienen para el mundo los ocho puntos de la victoria.*

LECCION XXVI

FRENTE UNICO DE LOS PUEBLOS DEFENSORES DE LA LIBERTAD CONTRA LOS REGIMENES PARTIDARIOS DE LA ESCLAVITUD

Conferencia Tripartita de Moscou

CON posterioridad a la "Entrevista del Atlántico", desde el 29 de septiembre hasta el 2 de octubre, se reunió en la capital soviética la anunciada conferencia militar y económica de la Gran Bretaña, de los Estados Unidos y de Rusia. En esas memorables asambleas, de importancia indiscutible, se estudiaron las medidas prácticas que debían ponerse en ejecución para seguir victoriosamente la lucha contra el nazifascismo.

De manera que en Moscou quedó compactada la acción conjunta del Reino Unido, de Norteamérica y del Soviet, hasta conseguir que alcance la humanidad un régimen de vida menos cruel y menos degradante que el de ahora.

El Jefe de la Delegación norteamericana, señor Harriman, hablando también en nombre de Lord Beaverbrook, Jefe de la Delegación inglesa, tuvo frases de elogio y de admiración para la obra constructiva, creadora y ordenada de la nación del socialismo. Y como consecuencia de toda esa labor de acercamiento, decretó la Cámara de los Comunes que a Rusia se la considerase como "aliado permanente" de la Gran Bretaña.

A pesar de todo, sin embargo, las batallas en territorio ruso iban aumentando en intensidad, teniendo que hacer enormes esfuerzos el Ejército Rojo, durante el mes de octubre, para detener el empuje desesperado de las poderosas fuerzas mecanizadas de los nazis. La situación tomaba en ciertos momentos síntomas tan graves de peligro, que los "apaciguadores", los quintacolumnistas y los eternos enemigos del "comunismo" aprovechaban esas coyunturas para sembrar el desconcierto e intensificar sus maniobras en favor, desde luego, de la política hitleriana.

La propaganda de Goebbels seguía contando en el mundo entero con poderosas organizaciones de publicidad. Y en forma más o menos

velada o más o menos ingenua, con la máscara del pacifismo o de la neutralidad, apoyaban a la barbarie no sólo aquellos elementos que estaban ostensiblemente a su servicio, sino también algunas gentes irresponsables que hasta la fecha no le perdían el miedo al fantasma de Carlos Marx. Pero la verdad es que ni Mr. Harriman, ni Lord Beaverbrook, ni el señor Churchill, ni el Presidente Roosevelt, ni los funcionarios de Downing Street o de la Casa Blanca, ni los miembros de la Cámara de los Comunes de Inglaterra, eran ni habían sido nunca comunistas.

El mundo civilizado, afortunadamente, ya sabía bien a qué atenerse. Y ante la sospecha de que ciertos miembros del Gabinete británico estuviesen retrasando el apoyo ofrecido a Rusia, empezaron a organizarse enormes manifestaciones para que Inglaterra abriera un nuevo frente contra Alemania, con objeto de aminorar la terrible presión de los ejércitos de Hitler sobre Leningrado, sobre Moscou y en la región de Ucrania. Grandes ataques fueron hechos el 23 de octubre al Gobierno de Churchill, durante una sesión tormentosa, tanto en la Cámara de los Comunes como en la de los Lores.

Mas el propio Lord Beaverbrook, amigo declarado del Gobierno ruso, hizo entonces la defensa de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, afirmando que la ayuda ofrecida por ambas potencias al Soviet se realizaba cada vez en mayores proporciones. Declaró que los pedidos soviéticos del mes de octubre ya habían sido satisfechos por Inglaterra. Y aprovechó la oportunidad para explicar al Parlamento el resultado de sus recientes conversaciones con Stalin, acerca de las inagotables reservas del Soviet y de la extraordinaria táctica guerrera de los rusos.

Las palabras de Lord Beaverbrook sobre la resistencia sin igual del pueblo soviético, así como en torno a las revelaciones que le hizo el Primer Ministro Stalin, provocaron una explosión unánime de entusiasmo, incluso entre los flemáticos Lores, quienes siquiera por esa vez perdieron su habitual serenidad. ¡Para entonces, según declaraciones hechas dos días antes por el corresponsal del *Pravda*, las bajas de los alemanes podían calcularse en cuatro millones de hombres entre muertos, prisioneros y heridos, a lo largo de todo el frente rusogermano!

El señor Eden, por su parte, se concretó a decir que se estaba prestando al Soviet el máximo de la ayuda ofrecida, utilizando al efecto absolutamente todos los recursos disponibles. Aseguró a la

Cámara que comprendía la ansiedad de sus miembros en conocer los planes de guerra de la Gran Bretaña, pero que lamentaba no revelarlos públicamente para que no fuesen conocidos por el enemigo. Y con la seguridad de que a Rusia no habría de faltarle mayor auxilio cada vez para seguir combatiendo a los ejércitos teutones, decidió otorgar el Parlamento un voto de aprobación y de confianza a la política anglosoviética de Churchill.

Pero el respaldo del pueblo británico se hizo más firme el 26 de octubre, cuando cien mil trabajadores, reunidos en la Plaza de Trafalgar de la ciudad de Londres, prorrumpieron allí en aclamaciones para la Unión Soviética. Representantes obreros de la Gran Bretaña y de la U. R. S. S. habían elaborado en esa misma fecha un programa de unión, permanente e indestructible, en el cual se concretó la voluntad inquebrantable de colaborar, todos unidos, hasta destruir sin misericordia al hitlerismo.

*Pavorosas represalias de los nazis en los países ocupados
del continente europeo*

Los cuatro millones de bajas alemanas —¡cuatro millones de seres humanos enviados criminalmente a la matanza por su propio Fuehrer, sin contar los millones de rusos que también habían caído en defensa de su patria!—; la cooperación de las democracias contra el nazifascismo; los ocho puntos de Roosevelt y de Churchill en su “Acuerdo del Atlántico”; la Conferencia Tripartita de Moscou y las manifestaciones de los trabajadores del mundo entero en favor de los pueblos agredidos eran, sin duda, hechos y realidades que sacaban de quicio al señor Hitler y a sus soberbios colaboradores del Estado Mayor alemán.

Así lo ha manifestado el autor en sus apuntes para el libro *Cosas y hombres de Europa*, agregando que aquellas manifestaciones se reflejaban en los territorios ocupados de todo el continente. Millones de obreros, millones de esclavos, tenían que trabajar en los países invadidos, bajo la tiranía terrible de los nazis, fortaleciendo a sus verdugos. Pero los levantamientos y el sabotaje se sucedían en Noruega, en Checoslovaquia, en Yugoslavia, en Bélgica, en Holanda, hasta en la Francia de Pétain y en la España del Generalísimo.

En todas partes, pues, a pesar del terror sembrado por la Gestapo, allí donde todavía quedaba un poco de dignidad y de decoro, reac-

cionaba la acción viril de los patriotas contra el invasor. La barbarie, en otras palabras, se sentía cercada y perseguida, produciéndose entonces pavorosas y sangrientas represalias por parte de los tudescos.

Centenares de rehenes eran fusilados por las autoridades alemanas de ocupación en Burdeos, en Nantes, en Bosnia, en Serbia, en Montenegro, en Bohemia, en Moravia, en Praga, en distintas poblaciones de Grecia y de los demás países ultrajados por la dominación germana.

Sería interminable este capítulo si aquí se reprodujesen las tenebrosas informaciones cablegráficas, procedentes de diversas capitales europeas, relatando tan terribles matanzas. A unos se les ejecutaba por "judíos"; a otros por "comunistas"; a todos, en realidad, por defender a su patria de la invasión extranjera. Algunos de los mensajes sobre el particular se reproducen en la obra antes referida. Veamos los más importantes, incluyendo los que atañen a la reacción oficial de Washington y de Londres acerca de tan monstruosas carnicerías:

"Vichy, octubre 23.—Oficialmente se anuncia que 50 rehenes han sido fusilados por las autoridades alemanas en el puerto de Burdeos, como represalia por el reciente asesinato de un oficial alemán. Otros 50 rehenes serán pasados por las armas si no se logra capturar a los responsables de ese atentado. Los alemanes ejecutaron ayer a otros 50 ciudadanos franceses en Nantes, habiéndose anunciado que un número igual, ya en capilla, morirá también en el cadalso, si no se captura esta misma noche a los responsables de la muerte del Coronel Holtz."

"Berna, octubre 23.—En Francia el terror nazi sigue en su apogeo. Después del fusilamiento de los rehenes en Nantes, como represalia por la muerte del Coronel Holtz, se anuncia que seguirán las ejecuciones si las propias autoridades francesas, en breve plazo, no son capaces de dar con los culpables y de entregarlos a los nazis.

"La situación es tan seria que en Vichy, con carácter urgente, se han efectuado hoy varias reuniones de altos funcionarios del régimen de Pétain. En París conferenciaron el enviado francés, Fernando de Brinon, y el Ministro de Relaciones del Reich, von Ribbentrop. En esa conferencia se discutió el grave problema que existe debido a la creciente ola de resistencia popular en Francia contra los alemanes.

"Todos los días se registran nuevas ejecuciones de patriotas por el delito de portación de armas, o por ayudar al antihitlerismo, lo que también ocurre en otros países ocupados. En Bélgica, por ejemplo,

han sido condenados a muerte dos jóvenes nativos de Bruselas, por haber cooperado en la fuga de un aviador británico.”

“Angora, octubre 23 (Anta).—El Alto Mando alemán pidió, para restablecer el orden en Bosnia, Serbia y Montenegro, el envío de siete divisiones; pero no ha sido posible mandarlas en vista de que los germanos ya no cuentan con tropas suficientes para estos servicios, porque todas han sido enviadas a Rusia en donde la batalla, en los distintos frentes, es cada vez más encarnizada y más costosa para los nazis.

”Se sabe que las tropas italianas de ocupación en Montenegro, como consecuencia de sus continuas derrotas en otros sitios, están efectuando tropelías sin nombre en esas regiones, y ejecutando en masa a hombres, mujeres y niños. El salvajismo de los totalitarios ha motivado un levantamiento general de los nativos, quienes han obligado a los italianos a retirarse de todos los sectores montañosos, habiendo tenido que refugiarse en la capital.”

“Vichy, octubre 24 (Anta).—Más de doscientos “comunistas” que estaban detenidos como rehenes, han sido ejecutados en Yugoslavia por las autoridades del Reich, según se ha sabido por la publicación que de esas matanzas ha hecho el diario serbio *Nove Vreme*. Tan terribles ejecuciones constituyen una advertencia de los castigos que están imponiendo, con crueldad inaudita, las fuerzas germanas de ocupación en los territorios que tienen bajo su dominio.

“Semejantes carnicerías en masa no tienen ningún pretexto, por más que los alemanes dicen que se trata de vengar la muerte de algunos soldados nazis, quienes fueron atacados por desconocidos el día 18 de este mes.”

“Moscou, octubre 24 (Anta).—La tensión en Bohemia y en Moravia se hace cada vez más ruda. Las cortes marciales están actuando de día y de noche, sin descansar un solo instante en su tarea de dictar sentencias de muerte.

”La propia Estación Radiogermana admitió que recientemente se llevaron a cabo 300 ejecuciones en Praga. Sin embargo, las actividades en contra de los nazis se multiplican por momentos. Indícase que los soldados alemanes no se atreven a transitar solos por las calles de ninguna ciudad checoslovaca, por temor a lances mortales, pues hasta las mujeres los insultan y los amenazan.”

“Washington, octubre 25 (Anta).—Oficialmente publica el Gobierno de los Estados Unidos una vibrante declaración del Presidente

Roosevelt, condenando en los términos más severos las ejecuciones criminales de rehenes, perpetradas por los nazis en los países de Europa que tienen ocupados. La declaración textual del señor Roosevelt, publicada hoy por la Casa Blanca, dice así:

"Las ejecuciones que siguen llevando a cabo los alemanes en el continente europeo, indignan con razón a todo el mundo. Son actos de hombres desesperados que saben, en su fuero interno, que no podrán ganar nunca la guerra. El "nuevo orden" alemán se basa sobre un terror jamás igualado, como plenamente se puede comprobar ahora; sobre un terror que todo hombre civilizado debe condenar con inquebrantable energía."

"Londres, octubre 25 (Anta).—El Primer Ministro, Winston Churchill, en declaraciones hechas hoy, se asoció a las palabras vibrantes del Presidente Roosevelt, contra las carnicerías que realizan los nazis en Francia y en otros países ocupados. Churchill empleó la misma severidad que el Presidente Roosevelt, para estigmatizar esos actos inauditos de los fanáticos de Hitler, declarando en parte:

"El Gobierno de Su Majestad se asocia, íntegramente, a los sentimientos de horror y de condenación expresados por el Presidente Roosevelt, ante las matanzas atroces que están llevando a cabo los nazis en el territorio continental europeo. La ejecución a sangre fría de personas inocentes demuestra el salvajismo de los que ordenan y ejecutan tales crímenes.

"Esos asesinatos colectivos son un ejemplo de lo que haría Hitler con los pueblos de Inglaterra y de los Estados Unidos, si pudiera también ponerlos bajo su yugo. Pero el castigo de semejantes atrocidades ocupará un puesto destacado entre los principales objetivos de la guerra."

Mas desdeñando toda protesta continuaban los teutones en su orgía de sangre. He aquí tres nuevos cablegramas, de fecha posterior a los transcritos: "Berna, octubre 29.—Se han recibido informes de que 3,000 judíos fueron ametrallados en forma despiadada por los nazis, en territorio de Polonia. Se les obligó a que se arrodillaran frente a las fosas que ellos mismos habían cavado, haciéndose a continuación el ametrallamiento en masa. Este hecho constituye un ejemplo del terror que los alemanes están implantando en Polonia.

"Se ha sabido, por otra parte, que el Reich ha decretado la inmediata salida de 49,000 judíos de Checoslovaquia. Serán enviados a diversos campos de concentración. Se agrega que al ocupar los ale-

manes Checoslovaquia había 200,000 semitas en ese territorio, quedando actualmente solamente alrededor de 90,000. Coincidiendo con estas noticias el jefe de la Gestapo, Himmler, ha llegado a Praga "en viaje de inspección", con objeto de cerciorarse personalmente de la labor de limpia de todos los elementos que se oponen a la dominación germana."

"Londres, octubre 29 (Anta).—Noticias procedentes de Sofía informan que las autoridades alemanas lograron capturar a una "peligrosa banda de comunistas, que desde hace meses se dedicaba a actos de terrorismo y de sabotaje". Se les ejecutó sumariamente, junto con 87 judíos que se habían negado a desempeñar trabajos forzados. Al mismo tiempo que se daban a la publicidad estos detalles, publicó el *Voelkisher Beobachter*, órgano del Partido Nazi, la confirmación de que continuaban extendiéndose las actividades antigermanas en casi toda la Europa central, anunciando que como medida preventiva seguirían realizándose ejecuciones ejemplares".

"Londres, noviembre 13.—El corresponsal de la National Broadcasting en Angora, Martin Agronsky, revela una de las mayores matanzas de judíos que se hayan registrado en la Historia, al informar que las tropas del ejército rumano en Odessa dieron muerte a varios miles de judíos, entre hombres, mujeres y niños, los cuales fueron reunidos en cuarteles militares y ejecutados metódicamente con ametralladoras.

"Informa Agronsky que la terrible ejecución se efectuó en represalia por la muerte de 200 soldados rumanos, al explotar una bomba en el edificio que ocupaban. Entre estos soldados se hallaban varios oficiales y el general rumano Groegenau."

*Al pie de la letra se cumplía la consigna del Soviet:
no dejarle nada al enemigo*

Así contestaba Hitler a su fracaso en el ataque contra la Gran Bretaña, y a las pérdidas que estaba sufriendo en los frentes de la Unión Soviética. Así contestaba, también, a la consigna de Stalin que se iba cumpliendo, al pie de la letra, en las regiones rusas que a costa de montañas de cadáveres nazis, durante los primeros meses de invasión, lograron dominar transitoriamente los hunos de la cruz gamada. En efecto, al ser invadido su país por los ejércitos del Reich, había dado el señor Stalin las siguientes instrucciones:

"El enemigo es cruel e implacable. Se propone apoderarse de nuestras tierras, regadas con el sudor de los trabajadores rusos; apoderarse de nuestro trigo y apoderarse de nuestro petróleo. Se propone restablecer el poder de los grandes terratenientes; destruir la cultura nacional de los pueblos libres de la Unión Soviética; germanizarlos; transformarlos en esclavos de príncipes y de barones alemanes. Esta invasión, por lo tanto, es asunto de vida o muerte para el Estado soviético; es cuestión de saber si los pueblos de la U. R. S. S. seguirán siendo libres o si serán sometidos a la esclavitud.

"Vemos ahora el desenfreno del fascismo alemán, su locura furiosa y su odio hacia nuestra patria, que aseguró a todos los ciudadanos el trabajo libre y el bienestar. Los pueblos de la Unión Soviética deben eguirse para defender su tierra y sus derechos contra el enemigo.

"En caso de que nuestras tropas deban retirarse, hay que traer todo el material ferroviario, no dejando a los invasores ni una sola locomotora, ni un solo vagón, ni un solo kilo de pan, ni un solo litro de carburantes. Todo lo que no pueda recogerse, debe ser destruido en forma absolutamente total.

"Hay que crear en las regiones ocupadas por los nazis destacamentos de guerrilleros a pie y a caballo, crear grupos de agentes de sabotaje, desencadenar guerrillas en todos los lugares, hacer saltar los puentes de las carreteras, acabar con las comunicaciones telefónicas y telegráficas, incendiar los bosques, los depósitos y los convoyes. Hay que crear en las regiones invadidas condiciones insoportables para los invasores y sus cómplices; perseguirlos y aniquilarlos a cada paso, de manera que fracasen en todas sus medidas y en todos sus planes de campaña.

"Todo eso debe hacerse porque la guerra contra los invasores fascistas no puede considerarse como una guerra ordinaria: es la gran guerra de todo el pueblo soviético contra las tropas del nazismo alemán. Y porque los objetivos de esta guerra de todos los rusos por la defensa de la patria, contra los opresores de la Alemania nazi, no consisten solamente en conjurar el peligro suspendido sobre nuestro país, sino que también consisten en acudir en ayuda de los demás pueblos de Europa, que gimen bajo el yugo infamante del opresor germano.

"En esta guerra libertadora no estaremos solos. Tendremos por aliados a todos los pueblos de Europa y de América, comprendiendo

entre ellos al pueblo alemán, cruelmente oprimido por los sátrapas hitlerianos. Nuestra guerra de liberación se fundirá con la lucha de los pueblos de Europa, de América y del resto del mundo, por su independencia y por las libertades democráticas.

"En este terreno el histórico discurso del Primer Ministro de la Gran Bretaña sobre la ayuda a la Unión Soviética, así como la declaración en que el Gobierno de los Estados Unidos de América ofrece su auxilio a nuestro país, son enteramente comprensibles, significativos y acreedores a nuestro agradecimiento. Así quedará formado el Frente Unico de los pueblos partidarios de la libertad, contra los regímenes partidarios de la esclavitud."

Logró formarse, ciertamente, de acuerdo con las palabras del señor Stalin, el Frente Unico de los pueblos defensores de la libertad, contra los regímenes partidarios de la esclavitud. Bien es cierto que sacrificios enormes han tenido y tendrán todavía que hacer las democracias en tan gigantesca batalla. Pero como de un enorme crisis—según se dijo en el encabezamiento de la lección xxv— después de tanto dolor y de tanta sangre, saldrá depurado el mundo hacia nuevos sistemas de convivencia humana.

CUESTIONARIO

1. Señalar los alcances de la Conferencia Tripartita de Moscou.
2. Referirse a las declaraciones de Lord Beaverbrook sobre la resistencia sin igual del pueblo soviético.
3. ¿Qué actitud asumían, entretanto, los quintacolumnistas y los eternos enemigos de los "rojos", para intensificar sus maniobras en favor de la barbarie hitleriana?
4. Hacer una relación de las terribles represalias tomadas por los nazis en los países ocupados del continente europeo.
5. ¿Cuál fué la consigna de Stalin al ser invadido su país por los ejércitos del Reich?

LECCION XXVII

LA GUERRA SE EXTIENDE A CASI TODAS LAS NACIONES DEL PLANETA

*Inopinado ataque del Japón a posesiones británicas y norteamericanas
en el lejano oriente*

EN forma inesperada, cuando el Gobierno de los Estados Unidos hacía los mayores esfuerzos posibles para mantener la paz en el Pacífico, oleadas de aviones japoneses, el domingo 7 de diciembre de 1941, empezaron a bombardear Honolulu, Pearl, las Islas Filipinas, Guam, Singapur, Hong Kong y otras posesiones norteamericanas o británicas en el oriente, hundiendo y ametrallando sin previo aviso, sin declaración de guerra, varias unidades navales de las dos potencias anglosajonas.

Una hora después de haber iniciado los nipones su alevoso ataque se presentaron en Washington, nada menos que al Secretario de Estado, el Embajador japonés Nomura y el enviado especial de Hirohito, el cínico y ya famoso "diplomático" Saburo Kuruso, llevándole a Cordell Hull una nota en la que Tokio expresaba sus "anhelos pacifistas" y su deseo de continuar en pláticas de entendimiento con la Casa Blanca.

El señor Hull no pudo reprimir su indignación ante la perfidia del Mikado y ante sus representantes, que cometían el atrevimiento de hablar de paz y de respeto a la palabra empeñada, cuando ya sus aviones y sus ejércitos estaban en plena actividad, ametrallando guarniciones y ciudades indefensas de los territorios arriba mencionados.

Como Hitler y sus secuaces en el caso de España, de Austria, de Checoslovaquia, de Memel, de Polonia y de Rusia; como Mussolini en su criminal asalto de Abisinia, y posteriormente de Albania, Grecia y Yugoslavia; como el propio Hirohito, al lanzarse primero contra Manchuria y después contra el resto de la heroica China, también demostraban los totalitarios nipones, en esta nueva e inesperada ofensiva, su desprecio por la decencia internacional y por el derecho de gentes, que no son atributo de las naciones bárbaras sino de los pueblos civilizados.

La respuesta de Washington a tanta indignidad y a tanta felonía, sobre todo cuando el Presidente Roosevelt acababa de enviar un mensaje personal al falaz Emperador de la nación nipona, como recurso extremo para evitar la guerra, tenía que producir lo que produjo en el mundo entero; es decir, en el mundo que no había caído hasta la fecha en las garras de la bestia totalitaria: un clamor unánime de indignación y de protesta contra los agresores japoneses, hermanos gemelos de los nazifascistas europeos; y un sentimiento de adhesión a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña, cuyos gobiernos no tuvieron más remedio que declararle también la guerra al Imperio del Sol Naciente. Por su importancia histórica parece necesario reproducir, en estas páginas, el mensaje antes referido del Presidente Roosevelt a Hirohito, enviado a Tokio y recibido por el Emperador el 6 de diciembre de 1941. Dice así:

"Hace casi un siglo que el Presidente de los Estados Unidos envió al Emperador del Japón un mensaje, brindando la sincera amistad del pueblo de los Estados Unidos a ese gran Imperio. Tal ofrecimiento fué aceptado por el Japón, y en tan prolongado lapso reinó una paz inalterable y una amistad profunda. Gracias a ese sentimiento, por medio de las virtudes de sus pueblos y la prudencia y habilidad de sus estadistas, han alcanzado ambas potencias un alto grado de prosperidad y han cooperado al bienestar del mundo.

"Únicamente en situaciones de extraordinaria importancia para nuestros países debo dirigirme a Su Majestad, para tratar asuntos de Estado. Abrigo la creencia de que debo hacerlo ahora, en virtud de la situación que ha surgido y del estado de emergencia que parece amenazarnos.

"Están ocurriendo en el Pacífico ciertos acontecimientos que pueden privar a nuestros dos países y a toda la humanidad de la benéfica influencia de una larga paz entre ambos pueblos, y esos acontecimientos pueden traer consigo trágicas posibilidades.

"El pueblo de los Estados Unidos, creyendo sinceramente en la paz y en el derecho de las naciones para vivir y dejar vivir a las demás, ha seguido ansiosamente las conferencias entre nuestros dos gobiernos en el curso de los últimos meses.

"Hemos abrigado la esperanza de una solución pacífica del conflicto entre el Japón y China. Hemos alentado la creencia de que la paz en el Pacífico podría ser realizada y reafirmada, de tal manera que la nacionalidad de muchos y muy diversos pueblos se mantenga

sin el temor de sufrir una invasión; que el peso abrumador de los armamentos pueda ser aligerado y que todos los pueblos estén en posibilidad de reanudar sus actividades comerciales, sin mostrar ninguna predilección en favor ni en contra de ninguna potencia.

"Tengo la certidumbre de que será perfectamente comprensible para Su Majestad, como lo es para mí, que en el deseo de alcanzar estos objetivos, tanto los Estados Unidos como el Japón estarían de acuerdo en eliminar todo aquello que significara una amenaza militar. Esto debe ser fundamental para el logro de tan altos objetivos.

"Hace más de un año el Gobierno de Su Majestad llegó a un acuerdo con el Gobierno de Vichy, por medio del cual se permitió que cinco o seis mil soldados japoneses entraran a territorio de la Indochina Francesa, como medida de protección hacia las tropas japonesas que estaban operando contra China más hacia el Norte. Durante el año en curso, el Gobierno de Vichy concedió autorización para que más fuerzas japonesas se internaran por el Sur de la Indochina para la defensa de ese país.

"Creo estar en lo justo al afirmar que ningún ataque ha sido perpetrado contra Indochina y que no se tenía ninguno en perspectiva.

"En el curso de las últimas semanas ha quedado de manifiesto ante el mundo entero que las fuerzas militares, navales y aéreas del Japón han sido enviadas a Indochina, en tan gran número, como para inspirar justificadas dudas por parte de otras naciones acerca de las verdaderas finalidades de estos movimientos, que no han de ser puramente defensivos.

"Debido a que las concentraciones de tropas han continuado en la Indochina, y en virtud de haber continuado realizándose hacia el S. O. y el S. E. de la península, es perfectamente razonable que el pueblo de las Islas Filipinas, de los centenares de islas de las Indias Orientales, de Malaya y de la misma Thailandia, se pregunten si las fuerzas del Japón, que han estado siendo concentradas rápidamente, son para la consumación de un ataque.

"Tengo la certidumbre de que Su Majestad comprenderá que los temores de todos esos pueblos son legítimos y bien fundados, como que llevan aparejada una amenaza a la paz de que disfrutaban y aun para su existencia. Tengo además la certidumbre de que Su Majestad comprenderá que el pueblo de los Estados Unidos sigue con ansiedad la concentración de tan considerables núcleos armados, que en un momento dado pueden constituir una grave amenaza.

"Es perfectamente claro que la continuación de una situación semejante es inaceptable, y que ninguno de los pueblos a que me he referido podrá esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos, dándose cuenta del enorme peligro en que se encuentran.

"No existe por parte de los Estados Unidos la menor idea de invadir la Indochina, si todos los soldados japoneses y todos los marinos japoneses fuesen retirados. Estoy convencido de que las mismas seguridades podrían ser obtenidas del Gobierno de las Indias Orientales, del de Malaya y del de Thailandia, y me atrevería a manifestar que esto sería de creer por parte del Gobierno de China. De esta manera, el retiro de Indochina de las fuerzas japonesas, significaría el afianzamiento de la paz en toda la zona Sur del Pacífico.

"Me dirijo a Su Majestad en estos momentos, abrigando la ferviente esperanza de que podrá, como lo creo y como yo lo hago, conceder a este problema la necesaria atención a fin de despejar el horizonte. Tengo la confianza de que nosotros dos, no sólo por el bien de nuestros dos grandes pueblos, sino por el de la humanidad en general, tenemos el sagrado deber de restaurar nuestra tradicional amistad y evitar mayor desolación y mayor destrucción en el mundo."

*Palabras de Hirohito y texto de la declaración de guerra
de los Estados Unidos*

Ya vimos cuál fué la respuesta del Japón a las palabras de paz del Presidente Roosevelt: un ataque perfectamente planeado y organizado a diversas posesiones norteamericanas en el Pacífico, en el que no faltaron las fortalezas volantes, los paracaidistas, enormes portaaviones, todos los elementos de combate en gran escala, que la Historia usará como evidencia para demostrar que se trataba de una típica agresión premeditada, en la forma en que suelen hacer la guerra los totalitarios.

A pesar de su actitud, sin embargo, Tokio no tuvo escrúpulo en acusar al Gobierno de Washington "de conspirar con la Gran Bretaña y otros países en contra de la paz en el lejano oriente, pues con sus proposiciones y por su ayuda a China, estaban contrariando el "nuevo orden" japonés en Asia, con lo cual trabajaban por la extensión de la guerra".

El cinismo de semejante punto de vista queda resumido en la alocución imperial y en la suya propia, radiadas por el Primer Ministro japonés, Hideki Tojo, a todo el Imperio, después del Consejo Privado

de la Corona, reunido en sesión extraordinaria el propio 7 de diciembre de 1941, en presencia y bajo la dirección del Emperador.

La traducción oficial de ambos discursos, recogida y transmitida por la National Broadcasting Company al mundo entero, es un documento que bien vale la pena dar a conocer en este *Guión*, porque en él se demuestra cómo son iguales las tendencias, el mesianismo y la falta de probidad de los regímenes antidemocráticos, que se dicen siempre respaldados por sus distintos dioses. He aquí lo que proclamó Hirohito:

“Nos, por la gracia del Cielo, Emperador del Japón, sentado en el trono por una línea ininterrumpida de edades eternas, nos dirigimos a vosotros, nuestros leales y bravos súbditos, haciéndoos saber que Hemos declarado la guerra a los Estados Unidos de América y al Imperio Británico.

“Los hombres y oficiales de nuestro ejército y de nuestra imperial armada deben hacer lo mejor que puedan para proseguir la guerra. Nuestros públicos sirvientes de los varios departamentos deben actuar llenos de diligencia y de fe en el desempeño de sus labores. Y todos los demás súbditos de nuestra Corona deberán cumplir con sus respectivos deberes, prestando ciega obediencia a Nuestros Reales Mandatos.

“Toda la nación debe movilizar sus fuerzas unidas, de modo que nada pueda faltar para el cumplimiento de Nuestras Imperiales Ordenes y de Nuestra Real Voluntad.”

El Primer Ministro Tojo, por su parte, completó la proclama de Su Majestad mikadista con las siguientes palabras, cuyo falso contenido no necesita comentarios:

“Asegurar la solidez de estas edades y contribuir a la paz del mundo es la política trascendental que ha sido formulada por nuestro grande, ilustre, imperial Gran Señor, y lo que siempre hemos llevado en nuestro corazón. Cultivar la amistad entre las naciones y gozar de la prosperidad en común con todos los países, ha sido siempre el principio que ha guiado la política exterior del Imperio.

“Más de cuatro años han pasado desde que China, no pudiendo comprender las verdaderas intenciones de nuestro Imperio, e insistiendo en causar disturbios, perturbó la paz del Asia Central y nos compelió a tomar las armas.

“A pesar de que ha sido restablecido el Gobierno nacional de China, con el cual el Japón mantiene intercambio y cooperación como

corresponde a vecinos, el régimen que ha sobrevivido en Chunking, alentado por la protección americana y británica, todavía continúa en oposición.

“Ha sido algo inevitable, por lo tanto, y muy lejos de nuestros deseos, el que nuestro Imperio se haya visto obligado a cruzar espadas con América y con la Gran Bretaña.”

Al medio día del 8 de diciembre se presentó ante el Congreso de Washington el Presidente Roosevelt, quien al entrar en el salón de sesiones fué recibido con una delirante manifestación de simpatía. Leyó su mensaje a los legisladores norteamericanos, pidiéndoles que declararan la existencia de un estado de guerra entre los Estados Unidos y el Japón, con voz pausada, midiendo sus palabras, sin exaltaciones demagógicas ni arrogancias oratorias.

Su sereno discurso fué interrumpido varias veces por los aplausos y por las aclamaciones de los representantes populares. Y la declaración de guerra quedó aprobada por la más extraordinaria votación de que se tiene recuerdo en la legislatura de los Estados Unidos: cuatrocientos setenta votos favorables contra uno negativo, correspondiente a la señorita Rankin, representante al Congreso por el Estado de Montana. El mensaje del Presidente Roosevelt reza en síntesis:

“Ayer, 7 de diciembre de 1941, fecha que vivirá eternamente en la historia de las infamias, los Estados Unidos fueron atacados deliberadamente y sin previo aviso, por fuerzas navales y aéreas del Imperio Japonés.

“Los Estados Unidos se encontraban en paz con dicho Imperio; y a solicitud del Japón, estaban en conversaciones con sus gobernantes, su Emperador y sus diplomáticos, con el objeto de conservar la paz en el Pacífico.

“Sin embargo, una hora después de que los escuadrones aéreos del Japón empezaron a bombardear la isla norteamericana de Oahua, el Embajador japonés en los Estados Unidos, y su colega Kurusu, entregaron a nuestro Secretario de Estado la contestación formal al reciente mensaje norteamericano; esa respuesta afirmaba que no había ninguna razón para no continuar las negociaciones diplomáticas, y no contenía ninguna amenaza de guerra, ni tampoco aviso alguno acerca de un ataque.

“Debe subrayarse que, en vista de la distancia que separa Hawaii del Japón, es obvio que el ataque tuvo que ser elaborado deliberadamente muchos días y tal vez varias semanas antes.

“Durante ese tiempo, el Gobierno del Japón ha venido engañando en forma deliberada a los Estados Unidos, por medio de falsas declaraciones y expresiones de un supuesto deseo de conservar la paz.

“El ataque lanzado ayer sobre las Islas Hawai causó serios daños a las fuerzas norteamericanas, navales y militares. Tengo el sentimiento de manifestar a ustedes que se perdieron numerosas vidas norteamericanas; por otra parte, tengo informes de que barcos norteamericanos han sido torpedeados en alta mar, entre San Francisco y Honolulu.

“Ayer el Gobierno japonés lanzó, igualmente, un ataque en contra de Malaca; la noche pasada tropas niponas atacaron Hong Kong y la isla de Guam; al mismo tiempo tropas japonesas atacaron las Filipinas y la isla de Wake; hoy por la mañana fué atacada la Isla Midway.

“Es así como el Japón ha lanzado una ofensiva por sorpresa, extendiendo la guerra al área del Pacífico. Los hechos de ayer y de hoy por la mañana, hablan por sí solos. El pueblo de los Estados Unidos se ha formado ya su opinión y comprende las complicaciones que estos ataques llevan en su propia vida y en la seguridad de nuestra patria.

“Como Comandante en Jefe del Ejército y de la Marina, he ordenado que se tomen todas las medidas necesarias para nuestro país; pero, de todas maneras, la nación permanece bajo una amenaza.

“Este premeditado ataque en contra del pueblo norteamericano y de sus derechos será vencido, a través de una absoluta victoria que hemos de obtener.

“Creo interpretar los deseos del Congreso y del pueblo, al afirmar que no solamente nos defenderemos nosotros mismos, sino que se hará todo lo necesario para evitar que esta forma de la traición pueda alguna vez más, en el futuro, ponernos en peligro.

“Las hostilidades existen ya. No debemos cerrar los ojos sobre el hecho de que nuestro pueblo, nuestro territorio y nuestros intereses se encuentran en grave peligro.

“Con la confianza de que nuestras fuerzas armadas realizarán la determinación del pueblo, vamos hacia el triunfo inevitable, con la ayuda de Dios.

“Pido al Congreso que declare que, sin haber sido provocado el bastardo ataque lanzado por los japoneses el domingo 7 de diciembre de 1941, hace que la guerra exista entre los Estados Unidos y el Imperio del Japón.”

Una vez aprobada la declaración de guerra de Norteamérica al Imperio japonés, se aceleraron todos los trámites posteriores, siendo interesante tomar nota de que la votación favorable al mensaje presidencial se obtuvo en el Senado por unanimidad. Finalmente, a las 4 de la tarde de ese mismo día, el Presidente Roosevelt puso su firma en la formal declaración de guerra que desataron los japoneses contra la Unión Americana.

Inglaterra, sus dominios y otras naciones democráticas rompen también hostilidades con la barbarie japonesa

Horas antes de que el Congreso de los Estados Unidos declarase la guerra a los ejércitos agresores del Mikado, el Primer Ministro de la Gran Bretaña, Winston Churchill, anunció ante el Parlamento que había conferenciado con el Presidente Roosevelt, ratificándole su adhesión y su solidaridad.

No sólo hacía honor Inglaterra en esa forma a la palabra empeñada, de que entraría en la lucha contra Tokio en el momento en que los Estados Unidos fuesen atacados, sino que tuvo más bien que adelantar su rompimiento de hostilidades con los japoneses, en vista de que ya el alto mando nipón había declarado la guerra a la Gran Bretaña; y porque unidades aeronavales y tropas japonesas habían iniciado su alevoso ataque sobre la península Malaca y otras posesiones de Inglaterra en el lejano oriente.

En medio de clamorosas ovaciones afirmó Churchill que las democracias, sólidamente unidas, alcanzarían a la postre la victoria, no obstante que se avecinaba una tarea sumamente ardua, siendo además indispensable hacer grandes sacrificios para enfrentarse a los totalitarios; pero que el triunfo sería al final de los pueblos que luchaban por una causa justa, contra las fuerzas negras y regresivas de la humanidad.

Casi simultáneamente con la actitud de Londres y de Washington, los dominios británicos rompieron a su vez hostilidades con el Imperio japonés, así como numerosos países solidarizados con la causa de las democracias: el Gobierno de Grecia, en el exilio, declaró sin demora la guerra al Japón y dió instrucciones a su Ministro en Tokio para que pidiera sus credenciales, retirándose inmediatamente de aquel país. Otro tanto hicieron el Gobierno belga y el de Holanda, también en el exilio, el de Egipto, el de la Francia libre, encabezado por el General

Charles de Gaulle, el de Yugoslavia, el de Checoslovaquia y el de casi todas las demás naciones europeas invadidas por los totalitarios, con su representación oficial en Londres.

Muchos otros Estados, entre ellos doce repúblicas hispanoamericanas, ciñéndose a los postulados de la solidaridad continental de este hemisferio, rompieron relaciones diplomáticas con la potencia nipona o le declararon decididamente la guerra, confirmando así su apoyo a la causa de la democracia y de la civilización, que es la única en la cual pueden ampararse las naciones débiles para defender sus derechos.

Como réplica a un movimiento tan unánime de condenación al totalitarismo, informaciones cablegráficas transmitidas por la agencia oficial alemana DNB, fechadas en Berlín el 8 y el 9 de diciembre, hicieron saber cosas como éstas: "El Reich tomará represalias tremendas contra los Estados Unidos y contra todos aquellos países —grandes o pequeños— que le sigan declarando la guerra al Japón." El locutor de la citada agencia, en una radiotransmisión del día 10, agregó que Alemania obraría en el momento oportuno y sin misericordia, "dispuesta a castigar a todos aquellos gobiernos que mostrasen su enemistad al Eje".

Los fascistas italianos, por su parte, señalaron a los Estados Unidos como responsables directos de la guerra en el extremo oriente, porque "Roosevelt y Churchill son unos vulgares incendiarios". En igual sentido que los periódicos de Mussolini se pronunció la gran maquinaria de publicidad dirigida por Goebbels, en cuyo concepto toda la responsabilidad de la guerra recaía sobre las democracias.

*Italia y Alemania, por fin, le declaran a su vez la guerra
a los Estados Unidos*

Era lógico esperar, en tales circunstancias, que el Fuehrer y el Duce no dejarían pasar mucho tiempo sin unirse a su viejo aliado del lejano oriente. Y así sucedió, efectivamente, el 11 de diciembre de 1941; es decir, a los 4 días del ataque japonés a los Estados Unidos.

En esa fecha, hablando siempre de la misión que le ha confiado el Sér Supremo para salvar al mundo, pronunció Hitler uno de sus ya estereotipados y violentos discursos ante el Reichstag, en el que

anunció que Alemania estaba en guerra con los Estados Unidos. Por la forma despectiva en que se refirió el capataz tudesco al continente americano, como tierra de negros y de judíos, y por la incoherencia de esa pieza oratoria, es interesante reproducir algunos párrafos de su peroración, a saber:

“Berlín, diciembre 11 (UP).—Hablando hoy el Fuehrer en el Reichstag manifestó que la guerra debe mantenerse hasta llegar a una determinación victoriosa. Dijo que Dios le ha confiado la tarea de hacer una modificación histórica, y que esta lucha decidirá por mil años la situación de Europa y la de todo el mundo.

“Después de lo ocurrido en Noruega —agregó— los demás países conquistados han tenido que cambiar su actitud de resistencia. Eso ha sido de gran beneficio para el Reich. Y dirigiéndome ahora no solamente a los diputados sino a todo el pueblo alemán, vengo a comunicarles ciertas decisiones muy importantes.

“Los ingleses han logrado una victoria en el Africa, porque cuentan con la superioridad de los tanques pesados; pero Alemania e Italia ya están contraatacando. Respecto de Rusia traté de sentar las bases de una paz estable, en el otoño de 1939, muy a pesar de las dificultades psicológicas originadas por la actitud del pueblo alemán y en especial del partido nacional socialista con respecto a los bolcheviques. Mas tan pronto tuvimos evidencia de que Rusia quería conquistar a toda Europa, no tuve más remedio que dar los pasos necesarios para impedirlo. Esas medidas contra el Soviet no han llegado a ser abandonadas.

“En lo que se refiere a la decisión más importante del pueblo alemán, que es la declaratoria de guerra que hoy ha hecho el Reich a los Estados Unidos, debo recordar que no fué América la que descubrió a Europa, sino Europa la que descubrió al continente americano. Todo lo que ha venido de América ha sido herencia del espíritu judío y negro. La lucha en tales condiciones, era inevitable. Y si la Providencia ha determinado que ocurra, estoy agradecido al Sér Supremo por haber puesto en mí sus ojos para dirigir esta gran contienda que decidirá el futuro por un período de quinientos a mil años.”

Los párrafos transcritos son suficientes para confirmar la locura mesiánica del antiguo pintor austríaco de brocha gorda, y para que puedan compararse sus frases con las de su aliado oriental, el Emperador japonés Hirohito.

Haciéndole coro al amo tudesco anunció Mussolini, desde el balcón central del Palacio Venecia, el mismo día 11 de diciembre, que Italia acababa de declararle la guerra a los Estados Unidos, poniéndose al lado de Alemania y del Japón. No tuvo escrúpulo en afirmar que un solo hombre, Roosevelt, había deseado y provocado la extensión de las hostilidades. Y terminó diciendo:

“Este es otro día solemne en las históricas decisiones del fascio. Italia y Alemania se encuentran, ahora, más unidas que nunca en contra de los Estados Unidos, siendo un privilegio para nosotros el pelear al lado de los japoneses.”

Recibidas por los diplomáticos norteamericanos en Berlín y en Roma las notas oficiales de la formal declaración de guerra, no se perdió un minuto en Washington para formular la respuesta de Estados Unidos. El Presidente Roosevelt envió sin tardanza un breve mensaje al Congreso, en el que pedía la declaración de guerra contra Alemania e Italia.

El Congreso, tras de escuchar la petición del Presidente Roosevelt, deliberó durante diez minutos escasos, aprobando por unanimidad que “existe un estado de guerra entre el Gobierno de Alemania y el Gobierno de Italia, y entre el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos”.

Pocas vces se habrá visto en la Historia un documento de tanta trascendencia en número tan corto de palabras, como el del Presidente Roosevelt al Congreso norteamericano, al romper hostilidades con el Eje Roma-Berlín. Bien vale la pena darlo a conocer:

“En la mañana del 11 de diciembre de 1941 el Gobierno de Alemania, siguiendo el curso de su conquista del mundo, declaró la guerra a los Estados Unidos. Lo que desde hace tiempo sabíamos, lo que ya esperábamos desde hace muchos meses, sucedió.

“Las fuerzas empeñadas en esclavizar al mundo se están ahora moviendo hacia este Hemisferio; nunca como ahora había habido un reto, una amenaza tan grande sobre la vida, la libertad y la civilización.

“Titubear sería suicida. Un rápido y conjunto esfuerzo de todos los pueblos del mundo, determinados a permanecer libres, asegurará a la Tierra la victoria de las fuerzas de la justicia y del derecho, en contra de las fuerzas del salvajismo y de la barbarie.

“Italia también ha declarado la guerra a los Estados Unidos.

“Así, pues, pido al Congreso que reconozca la existencia del estado de guerra entre los Estados Unidos de América y Alemania, y entre los Estados Unidos e Italia.”

CUESTIONARIO

1. *Explicar en qué forma se inició la guerra del Japón contra los Estados Unidos.*
2. *¿Se puede considerar el mensaje personal del Presidente Roosevelt a Hirohito como una provocación o como un documento realmente pacifista?*
3. *¿En qué fecha fué aprobado por el Congreso norteamericano el estado de guerra con el Japón, y posteriormente con Italia y Alemania?*
4. *¿Qué actitud asumieron la Gran Bretaña y los países democráticos del viejo mundo en relación con la guerra del Pacífico?*
5. *Referirse a las palabras de Hitler en el Reichstag sobre Rusia, el continente americano y la misión providencial que le ha conferido el Sér Supremo.*
6. *Hacer un resumen de los dos mensajes en los que el Presidente Roosevelt pidió al Congreso de su país la ruptura de hostilidades con el Eje Roma-Berlín-Tokio.*

LECCION XXVIII

SE INICIA EL AÑO 1942 CON LA RATIFICACION DEL ACUERDO DEL ATLANTICO, MEDIANTE UN PACTO DE TRASCENDENCIA HISTORICA SUSCRITO POR 26 PAISES

Enorme y continuado desastre de los ejércitos de Hitler en territorio soviético

ES INDUDABLE que el nuevo frente de guerra, abierto por el Japón en el Pacífico, tuvo por objeto cooperar con sus aliados del eje totalitario, pues desde mediados de noviembre de 1941 la situación de Roma y de Berlín era realmente comprometida en Libia y en la Unión Soviética.

Como en el caso de Abisinia, en efecto, los ejércitos británicos pudieron avanzar durante todo el mes de diciembre en la colonia italiana del Africa del norte primeramente referida, dominando, con dirección a Trípoli y a Benghasí, los áridos territorios que con tanto derramamiento de sangre había podido conquistar Italia en 1911. Tan intensos eran los ataques de las fuerzas combinadas de Inglaterra contra las divisiones de Mussolini, reforzadas por los nazis, que desde fines de noviembre de 1941 ya podían los totalitarios dar por perdidas las extensas regiones de Tripolitania y de la Cirenaica.

Pero eso no era lo más grave para el Eje Roma-Berlín, sino, en realidad, los enormes destrozos y las constantes y fantásticas derrotas de los invasores germanos en la nación soviética. Las bajas alemanas, a partir del 17 de noviembre en que empezó la gran contraofensiva rusa, tomaban tales proporciones que Alemania, en el concepto de conocidos estrategas, "había perdido toda una generación en breve plazo, siendo su desastrosa retirada mucho más trágica y lamentable que la de Napoleón en 1812".

En esas condiciones, vencido y humillado Mussolini en sus propios reductos de Libia; y en plena fuga los "arios" de Hitler frente al Ejército Rojo, creyeron ambos dictadores que con el respaldo del Japón en el oriente tendrían manera de respirar para rehacerse. Pero a reserva de oponer su tenaz resistencia a los nipones en la mejor forma

posible, continuaron entretanto su campaña en Africa las fuerzas de Inglaterra, golpeando y persiguiendo sin cesar a los totalitarios, al mismo tiempo que los rusos seguían despedazando a los tudescos, no sólo en el frente de Moscou sino también en los de Leningrado y de Crimea.

Unos cuantos titulares de periódicos —no amigos del Soviet, precisamente— podrán explicar con claridad el tremendo desastre de la “raza elegida” en su aventura contra el país del socialismo. Bastarán esos simples encabezamientos de las grandes hojas capitalistas de publicidad para comprobar, con apego a informaciones que las derechas no juzgarán sectarias, cómo hubo al fin quien pudiera darle al salvajismo la lección que merecía. ¡Una lección que la humanidad civilizada estaba deseando se les propinara sin piedad, a los totalitarios, desde mucho tiempo antes! He aquí algunos de esos titulares:

“Se retiran en desorden los nazis en el frente de Moscou, ante la violenta contraofensiva del Mariscal Timoshenko”... “Berlín reconoce su descalabro en el sector de Rostov, pero dice que se trata de una retirada estratégica de von Kleist”... “En precipitada fuga salieron los nazis de Stalinogorsk, después de una victoria aplastante de los soviéticos”... “Cuatrocientos pueblos e incontable material de guerra han tenido que abandonar los alemanes en su retirada del frente central, informándose que 23 divisiones del Reich han sido aniquiladas en los primeros doce días de diciembre”... “Noticias oficiales informan que sólo en un pequeño sector del frente de Moscou los nazis perdieron más de 85,000 hombres, aparte de un número aterrador de heridos, 1,434 tanques, 575 piezas de artillería, 339 lanzaminas, 870 ametralladoras y grandes cantidades de camiones, baterías antiaéreas, aeroplanos de bombardeo, cazas y vehículos motorizados.”

Parece necesario advertir que la reconquista de Rostov por los rusos fué de una enorme importancia, por encontrarse allí la llave de los ricos yacimientos petrolíferos del Cáucaso. Para explicar su derrota Berlín no tuvo entonces más remedio que reconocer el empuje de “la resistencia bolchevique”, aunque también se refirió a las “inclemencias del clima”. En resumen hizo saber el Alto Mando alemán, con fecha 10 de diciembre de 1941:

“Nuestro avance en el frente de Moscou se está encontrando con los contraataques más feroces y más inesperados de los rusos. Nuestros soldados tienen que llevar a cabo una labor difícil, debido a las inclemencias del clima y a la resistencia de los bolcheviques. El pueblo

alemán debe comprender que cada éxito que se logra en condiciones tan adversas no puede alcanzarse más que si se emplean a fondo tanto los hombres como el material de guerra.”

Pero el pueblo alemán no veía éxitos sino fracasos. Y la tremenda presión de las fuerzas rusas sobre los ejércitos teutones, que se creían invencibles, repercutió de tal manera en la opinión pública y en la moral de Alemania, que comenzó a hablarse de la necesidad de hacer arreglos de paz con el Soviet. A ese respecto, acabando de publicar el Alto Mando la declaración antes transcrita, pidió abiertamente el conocido periódico *Berliner Tageblatt*, el 11 de diciembre, que se pudiese fin a las hostilidades con la U.R.S.S.

Decía ese artículo —inspirado sin duda en fuentes oficiales— que el Reich, a cambio de la paz con Rusia, estaba dispuesto a retirarse de todo el territorio invadido “y a no proseguir su política anticomunista”. A esa exploración de Hitler contestó el Gobierno de Moscou con una nota oficial, reiterando que continuaría la guerra hasta lo último, “íntimamente ligado con Inglaterra y con los Estados Unidos en esta gran batalla de la humanidad”.

Alianza militar de los tres países totalitarios y nuevas derrotas de Italia y de Alemania

Se recordará que en esa misma fecha, el 11 de diciembre de 1941, cuando en Alemania se hacían insinuaciones de paz al Soviet, Hitler y Mussolini le declaraban la guerra a los Estados Unidos. Pudo así advertirse claramente cuál era la maniobra de las autoridades nazis, frustrada sin dilación con la respuesta y con la actitud de Rusia en el curso de muy pocas horas.

Acerca de este tópico es interesante anotar que, al romper hostilidades con Norteamérica, firmaron una alianza militar definitiva Alemania, Italia y el Japón. Dicho pacto, de acuerdo con radiotransmisiones de Roma, iba dirigido “contra la Gran Bretaña y los Estados Unidos”, sin hacer mención ninguna de la U.R.S.S. El propio día 11 cablegrafió Hitler al Primer Ministro japonés, según mensaje de la Prensa Asociada, manifestándole cosas como las siguientes:

“El Eje victorioso se encargará de reorganizar al mundo, una vez arrasadas Inglaterra y la Unión Americana. El Eje, con nuestra alianza militar, es invencible; y los judíos y los plutócratas serán aniquilados.”

Como puede observarse, el Fuehrer no se refería para nada a los comunistas, ni a su confianza en la derrota de los rusos, seguramente porque en esos momentos las tropas alemanas estaban sufriendo su más espantoso y sangriento castigo en el territorio del Soviet; y porque no perdía la esperanza el señor Hitler de que sus insinuaciones de paz fuesen tomadas en cuenta por el Kremlin. El propio texto de la alianza militar de las tres potencias agresoras es más elocuente que lo que al respecto pueda comentarse. Quedó redactado en estos términos:

“Nueva York, diciembre 11 (ANTA).—La alianza militar firmada por Alemania, Italia y el Japón, de acuerdo con el documento que hoy leyó Hitler ante el Reichstag, está concebida en los siguientes términos, según la emisión de la radio alemana captada en esta ciudad de Nueva York:

“Artículo Primero.—Alemania, Italia y el Japón, conjuntamente y con todos los medios de que disponen llevarán a cabo esta guerra, a la cual han sido obligados por los Estados Unidos, en contra de Norteamérica y de la Gran Bretaña, hasta llegar a la victoria completa.

“Artículo Segundo.—Alemania, Italia y el Japón se comprometen a no concertar ningún armisticio, ni a firmar ninguna paz con los Estados Unidos o con la Gran Bretaña, si no es en completo y mutuo acuerdo.

“Artículo Tercero.—Alemania, Italia y el Japón, una vez obtenida la victoria, se comprometen a continuar en estrecha colaboración, con el objeto de establecer un nuevo y justo orden, de acuerdo con los lineamientos del Pacto Tripartita firmado por ellos el 27 de septiembre de 1940.

“Artículo Cuarto.—El presente convenio de alianza entra en vigor a partir del día de su firma, y permanecerá también en vigor el mismo tiempo que dure el Pacto Tripartita del 27 de septiembre de 1940; las Altas Partes Contratantes, antes de que expire el presente convenio de alianza, entrarán en consulta, unas con otras, en lo referente al futuro desarrollo de la cooperación prevista en el artículo tercero del presente documento.”

¡Nada contra Rusia! Pero Rusia daba respuesta cabal a los teutones con su ofensiva implacable desde el Artico hasta el Mar Negro. Así decían nuevos titulares periodísticos del 14 de diciembre: “Fulminantes cargas de caballería soviética contra los nazis fugitivos”... “Adquiere proporciones de catástrofe la continuada derrota de los

ejércitos de Hitler en el frente de Moscou"... "También es total la desorganización de los alemanes en el sector del sur."

Fué en esa misma fecha que algunos observadores y técnicos militares europeos aseguraron: "La de los nazis es la mayor derrota sufrida jamás por ejército alguno en toda la historia de la humanidad, sobrepasando al desastre de Napoleón en Rusia." En las dos últimas semanas de diciembre, y hasta el momento de terminar estos apuntes —en los primeros días de 1942— quedó plenamente confirmada la apreciación de los observadores de referencia. Así se desprende de las noticias que incluso las agencias reaccionarias siguieron dando a la publicidad, al tenor de estos otros encabezamientos:

"Millón y medio de soldados alemanes se retiran en todo el frente ruso, o sea un total de cien divisiones, arrolladas por el Ejército Rojo, que recaptura pueblos y posiciones estratégicas en los diversos frentes"... "Nuevo desastre de los alemanes, quienes perdieron 90,000 soldados en Kalinin"... "Se afirma en Londres que la U.R.S.S. está lista para llevar la guerra al territorio del Reich"... "Enormes cantidades de material capturadas por el Ejército Rojo en su persecución implacable de los nazis"... "Mojaïsk, Alexin y Kashira están de nuevo en manos soviéticas"... "Los nazis han tenido que levantar el cerco de Moscou y de Leningradó, en tanto que los finlandeses se retiran en Karelia"... "El Ejército Rojo ha llegado a los suburbios de Kharkov."

Como consecuencia del derrumbamiento inevitable de sus ejércitos en Rusia, decidió Hitler destituir al Mariscal de Campo Walter von Brauchistch, substituto del malogrado General von Kleist, Comandante en Jefe de las fuerzas alemanas en territorio ruso. Von Brauchistch cometió el atrevimiento de confesar al Fuehrer la imposibilidad de sostener las posiciones teutonas en Rusia. Resultado de su actitud fué la destitución, acusándosele de ser el responsable de la derrota alemana en Rostov. La noticia se publicó el 20 de diciembre; y 24 horas después anunció Berlín oficialmente que el propio Hitler se había hecho cargo del puesto de Comandante en Jefe de todos los ejércitos nazis. Se supo que simultáneamente habían sido también "purgados" los mariscales de la swástica, von List, von Bock y von Rundsted.

Pero de nada le sirvieron a Hitler esas "purgas", ni el haber asumido el mando de los aniquilados ejércitos tudescos. Sus legiones, antes al contrario, continuaron en plena desbandada, sufriendo terri-

bles bajas durante los combates de Navidad. Solamente del 24 al 26 de diciembre el número de muertos nazis fué de 36,280 en el sector de Moscou, sin contar la gran cantidad de heridos y de prisioneros que cayeron en poder de los soviéticos. En esos mismos días recapturó el Ejército Rojo la ciudad de Kaluga, y reforzó su posición victoriosa en las grandes batallas de Crimea.

Como si para la soberbia de los "arios invencibles" no bastaren sus derrotas en Rusia, seguían también retirándose los totalitarios —italianos y alemanes— en todo el frente de Libia. Berlín y Roma, a pesar del doctor Goebbels y del "feroz" apuntador Virgilio Gayda, no pudieron seguir ocultando la verdad en sus mensajes de año nuevo. Y aunque bien es cierto que otra vez inculparon del fracaso al frío del invierno en Rusia, y al calor del desierto en Africa, confesaron también, irremediabilmente, que los ataques de los ingleses eran muy rudos en Bardía, Sollum y el oeste de Tobruk. Tocante a Rusia no le quedó más remedio al Ministro de Propaganda del Reich que persistir en su afirmación —respaldada por Hitler— de que sólo se trataba de una "retirada estratégica".

Los japoneses, entretanto, seguían atacando en el Pacífico

Mientras los agresores tudescoitalianos eran batidos en la forma ya descrita, tanto en Rusia como en Africa, las fuerzas amarillas del lejano oriente intensificaban sus bombardeos sobre las posesiones coloniales de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, en las lejanas aguas del Pacífico. A la vista saltaba la maniobra del Eje, cuyos dirigentes habían creído en la posibilidad de que la extensión de la guerra favoreciera transitoriamente a los súbditos de Hitler y de Mussolini.

Por noticias transmitidas desde Washington el 15 de diciembre, de acuerdo con informes personales recogidos en Hawaii por el Secretario de la Marina norteamericana, Frank Knox, se tuvo conocimiento de que las pérdidas de vidas en aquellas islas, como consecuencia del artero ataque de los japoneses, habían sido mucho más numerosas de lo que al principio se creyó.

Hizo ver el señor Knox que habiéndose tratado de una ofensiva por sorpresa, los defensores de Hawaii no estaban preparados eficazmente para enfrentarse a la agresión de los nipones. Señaló numerosos casos de heroísmo individual entre soldados y civiles, reafir-

mando que los japoneses habían utilizado aviones, submarinos y una poderosa quinta columna, apenas comparable a la que pudo actuar con igual fuerza en Noruega.

Agregó el Secretario de la Marina que el ataque a Pearl Harbor fué llevado a cabo por una fuerza aérea enemiga, que oscilaba entre 150 y 300 aviones. El total de muertos norteamericanos se pudo constatar que llegó a 5,458 víctimas, pero las bajas japonesas fueron de igual modo considerables. Y si los Estados Unidos perdieron 5 barcos de guerra, un acorazado y un siembraminas, también los atacantes, a pesar de lo alevoso de su agresión, tuvieron un saldo en contra de 3 submarinos y de 41 aeroplanos de bombardeo.

El propio día 15 de diciembre hizo saber el Presidente Roosevelt, como demostración de la falacia del régimen de Tokio, que el famoso "mensaje de paz" de Hirohito —anunciado por su Embajador Nomura y por Kurusu— le fué entregado tres días después de que estallaron las hostilidades en el Pacífico. "Ese itinerario de proposiciones de paz y de agresiones paralelas —dijo el señor Roosevelt— será archivado por el Gobierno de los Estados Unidos para la posteridad, como una prueba de hechos canallescós, que no se habían visto jamás en la historia del mundo."

Sitios estratégicos de la península de Malaca, sobre todo Singapur; otras plazas fuertes de Inglaterra en el oriente, principalmente Hong Kong; las islas norteamericanas de Wake, Guam y Midway; Borneo y las Indias holandesas de la Sonda; las dos islas principales del archipiélago malayo de las Filipinas —Luzón y Mindanao— pero de preferencia su capital, la histórica y populosa ciudad de Manila, continuaron siendo el blanco preferido de los japoneses.

Con altas y bajas de una y otra parte, resistiendo hasta donde era posible que resistieran los británicos y los norteamericanos a un enemigo que, momentáneamente, tenía sobre ellos todas las ventajas, fueron pasando las últimas semanas de 1941. Pero de lo ocurrido en esos trágicos días de destrucción y de matanza en el Pacífico, recordará siempre la Historia la barbarie de los japoneses en sus ataques aéreos sobre Manila. Unas pocas frases del siguiente cablegrama dan idea de la forma criminal en que fué bombardeada la gran metrópoli filipina:

"Manila, diciembre 27.—Horas después de que esta capital fué declarada ciudad abierta, y cuando ya se habían retirado de aquí los contingentes militares y se habían desmantelado las baterías an-

tiaéreas, los aviones japoneses lanzaron sobre la ciudad un ataque bárbaro y salvaje. Sin respetar en lo más mínimo las normas internacionales, la aviación japonesa incursionó hoy sobre la parte más poblada de Manila, arrojando gran cantidad de bombas incendiarias y altamente explosivas, que dejaron a la bella capital envuelta en llamas.

"Como las baterías antiaéreas habían sido previamente retiradas, los aviones enemigos no encontraron oposición ninguna y se dedicaron con verdadera saña a su mortífera tarea. Dos barcos mercantes que se encontraban en el puerto fueron hundidos. Un muelle fué totalmente destrozado. Numerosas bombas cayeron sobre el edificio de la Universidad, el Colegio de Santa Catarina, el Palacio Legislativo y la Iglesia de Santo Domingo, joya arquitectónica construída en 1588.

"Los indefensos pobladores corrían de un lado a otro, buscando imposibles refugios. Mujeres y niños caían muertos en las calles, víctimas de la barbarie nipona. Y mientras sufríamos el bombardeo incesante de los pilotos enemigos, la radio de Tokio, en cínico mensaje para el Presidente Quezón, daba al mundo la noticia de que las autoridades japonesas considerarían a Manila como ciudad abierta, siempre que los soldados y el pueblo filipinos colaboraran con las fuerzas niponas en contra de los Estados Unidos. Dicho mensaje produjo indignación, tanto en los círculos militares como entre los patriotas de la población civil."

Nuevos bombardeos de la ciudad, y su ataque terrestre por fuerzas japonesas que lograron desembarcar en varios puntos de la costa, hicieron imposible que pudiera mantenerse la tenaz resistencia de los defensores de la plaza. El General Douglas Mac Arthur, Comandante en Jefe de aquellas valerosas fuerzas, decidió entonces replegarse con su heroico ejército a la fortaleza del Corregidor, frente a la entrada de la bahía de Manila. Sólo en esa forma pudieron ocupar los súbditos del Mikado la capital de las Islas Filipinas, el 2 de enero de 1942.

*En Washington quedó firmada la sentencia
de muerte del totalitarismo*

Pero mientras al empezar su guerra podían cantar victoria los japoneses en determinados sitios del Pacífico oriental, Winston Churchill, acompañado de Lord Beaverbrook y de un grupo de técnicos

militares, conferenciaba en Washington con el Presidente Roosevelt. Inopinadamente, el 22 de diciembre, llegó a la capital de Norteamérica el dinámico Primer Ministro de la Gran Bretaña. Su viaje tenía por objeto "preparar los planes finales para darle fin al totalitarismo, estableciendo la más completa unidad militar entre los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia, China, las Indias holandesas y los demás países democráticos".

En un interesantísimo discurso que Churchill pronunció ante el Congreso de los Estados Unidos, el día 26, no tuvo inconveniente en confesar la responsabilidad de sus antecesores en el fortalecimiento de las potencias antidemocráticas. "Por tan graves equivocaciones —declaró el Primer Ministro inglés con su habitual franqueza— la guerra será larga y dura; pero los perversos nazifascistas recibirán a la postre lo que merecen, pues las potencias democráticas se preparan a tomar la iniciativa en todos los frentes, y nuestros recursos son ahora mucho más grandes que los de Alemania, Italia y el Japón. Estemos seguros de que los bárbaros del Eje, culpables de esta criminal carnicería, serán llamados a rendir cuentas terribles."

En el curso de esa misma semana estaba celebrando Anthony Eden, Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, una serie de pláticas con Stalin en Moscou. Acordaron establecer ambos estadistas la más firme y la más estrecha colaboración militar y económica entre la U. R. S. S. e Inglaterra. Y oficialmente se anunció que Londres y Washington reconocían la necesidad de que Rusia se dedicara, de momento, a la destrucción total de las hordas de Hitler, mientras los Estados Unidos y la Gran Bretaña se harían cargo de enfrentársele al Japón.

Culminó todo ese "clima" mundial con un pacto solemne entre 26 países de la tierra, unidos inquebrantablemente hasta lograr la derrota definitiva del totalitarismo, y dispuestos a defender y a sostener en la postguerra los ocho puntos del Acuerdo del Atlántico. Se firmó dicho convenio en la ciudad de Washington, el 2 de enero de 1942, quedando establecido que ninguno de los países aliados negociaría separadamente la paz con el Eje, y que todos ellos dedicarían el máximo de sus recursos para proseguir la lucha contra los agresores nazifascistas.

Tan importante documento, al que bien puede considerarse como trascendental en la historia de la humanidad, y como la sentencia de muerte de los perturbadores de la paz, fué suscrito por Estados Uni-

dos, la Gran Bretaña, la Unión Soviética, la China heroica de Chiang Kai-Shek, Holanda, Canadá, Bélgica, Irlanda del Norte, Australia, Grecia, Checoslovaquia, India, Noruega, Polonia, Luxemburgo, Yugoslavia y la Unión Sudafricana, junto con nueve países de la América española, a saber: Costa Rica, Cuba, la República Dominicana, el Salvador, Guatemala, Haití, Nicaragua, Honduras y Panamá; es decir, las nueve repúblicas del hemisferio occidental cuyos gobiernos ya le habían declarado la guerra al totalitarismo de tudescos, nipones e italianos.

Bien es verdad que en el caso concreto de algunos de esos gobiernos hispanoamericanos, apegados a sistemas de intolerable satrapía, habrá que definir, tarde o temprano, qué entienden ellos por democracia. Pero también es cierto que cualesquiera que sean sus móviles al declararse como enemigos tan rotundos de la barbarie extranjera, lejos de criticarles por esa actitud, habrían de aprovecharla los verdaderos demócratas de las naciones oprimidas para que el ambiente se aclare; y para que alguna vez —¡así sea en ancas del favorable ambiente internacional y de la política del buen vecino!— se acabe para siempre en nuestro medio con la ignominia, el despotismo y la brutalidad de infamantes sargentones, siempre muy bien servidos de paniaguados estadistas de levitón y de chistera.

El punto de vista hispanoamericano

Tocante a las demás repúblicas del nuevo mundo, ya todas ellas habían expresado con anterioridad su punto de vista solidario con la defensa continental americana, a la que se hará referencia en las dos lecciones siguientes, últimas de este *Guión*; y tres, sumadas a las nueve en guerra, habían suspendido sus relaciones diplomáticas con las potencias agresoras del otro lado del Pacífico y del otro lado del Atlántico, antes de firmarse el convenio del 2 de enero de 1942.

La actitud general de Hispano América se podría resumir —a pesar del quintacolumnismo de las altas clases sociales y de los nazicriollos con pretensiones arias— en la carta que desde el 30 de mayo de 1941 dirigió el Presidente de México, señor General de División Manuel Avila Camacho, al líder infatigable de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, licenciado Vicente Lombardo Toledano. He aquí la profesión de fe antitotalitaria del Gobierno de México, ratificada al romper relaciones con Tokio, Berlín y Roma:

"La línea de conducta que México se ha trazado es de una inquebrantable firmeza, orientada por los siguientes principios fundamentales:

"Reconocimiento de la igualdad democrática de los pueblos.

"Respeto a los derechos que emanan de la soberanía y de la independencia de las naciones.

"Convicción de que la paz no es una simple garantía regional o local sino una condición general, indivisible en sus consecuencias, y sostenida sobre las bases de la seguridad colectiva de los pueblos.

"Subordinación de las ambiciones particulares de cada pueblo a los límites definidos por los tratados.

"Condenación de todo provecho unilateral impuesto por la fuerza.

"Colaboración amistosa de los Estados de conformidad con la norma, inflexiblemente seguida, de que ninguna nación —por alto que sea el nivel cultural de que goce, o por poderosas que estime sus organizaciones económicas, técnicas y militares— pueda atribuirse el derecho de intervenir en los asuntos de las demás.

"Con apoyo en tales postulados, México ha pugnado por cumplir en todo momento con los deberes espirituales y materiales que supone la interdependencia, resultante de las condiciones de relación, cada día más estrechas, en que los países se desarrollan.

"En virtud de este concepto de reconciliación de los intereses universales, somos partidarios fervientes de toda acción encaminada a colocar las soluciones de la justicia por encima de los dictados de la violencia.

"Es natural, entonces, que nos sintamos profundamente afectados por las trágicas circunstancias en que se desenvuelve el presente conflicto internacional.

"Estamos asistiendo a una de las más hondas agitaciones del mundo. No se trata ya, como durante la guerra de 1914 a 1918, del choque de una fórmula nacional —incipiente aunque vigorosa—, contra la dirección de otras fórmulas nacionales más resistentes por más antiguas.

"Hoy el fenómeno es por completo distinto. Una mística negativa ha venido a poner en duda los valores más venerables del hombre: el respeto a la palabra empeñada, la noción del derecho y de la familia y la fe en el poder de la independencia.

"Lo que está en peligro de desquiciarse no es solamente el orden político occidental —con muchos de cuyos errores no nos hallamos

de acuerdo—, sino el marco ideológico dentro del cual debería insertarse, si las circunstancias fuesen normales, el porvenir de nuestra cultura.

”Nacidas bajo el signo de la democracia, las repúblicas del Continente Americano saben perfectamente que su causa es la causa de la libertad.

”Y éste es el sentido que debe darse a la colaboración panamericana, la cual no se inspira en ningún sentimiento egoísta, sino en una voluntad generosa de solidaridad espiritual, de cooperación económica y de unión sincera entre los hombres.”

En lo que a la América del Sur concierne, el señor General Alfredo Baldomir, Presidente de la República del Uruguay, afirmando también la política de solidaridad continental americana, hizo declaraciones como las siguientes, el 7 de junio de 1941, que han servido de norma para reforzar en la parte meridional del continente la tesis antifascista, pese a la actitud “neutral” —o nazistoide— del Ministerio argentino de Relaciones Exteriores:

“Nuestra posición con respecto a los Estados Unidos está basada en los principios de la solidaridad continental. Nos adherimos a las decisiones tomadas en las últimas Conferencias de Lima, de Panamá y de la Habana, en el sentido de que si una nación de este hemisferio entra en guerra con un país no americano, no será considerada como beligerante por las otras repúblicas de América.

”Deben darse nuevos pasos y hacerse nuevas consultas, en la seguridad de que todas las naciones del nuevo mundo seguirán respondiendo siempre con ideas y con tratados que garanticen la solidaridad continental.

”El hecho de conceder facilidades para el establecimiento de bases en nuestro país, no comprometerá los derechos ni la soberanía del Uruguay, pues la actitud que asumimos no constituye una cesión de nuestro territorio. Las bases, simplemente, son puntos estratégicos para apoyar nuestra defensa. Y el acceso al Uruguay, en el caso de una agresión al continente, será concedido a los países americanos, de acuerdo con los convenios multilaterales que todos hemos aceptado solidariamente.”

Bien puede afirmarse que los postulados de México y del Uruguay anteriormente transcritos, así como los de Chile, Cuba, Colombia y las demás naciones hermanas que no han titubeado en asumir las

responsabilidades de la hora presente, constituyen el punto de vista hispanoamericano y la lección de cultura que nuestra calumniada América ha podido dar al mundo. En las dos lecciones siguientes, con las cuales termina este curso, se estudiará en forma detallada el por qué de nuestra actitud frente a la guerra mundial.

CUESTIONARIO

1. Referirse a las grandes derrotas de los nazis en territorio soviético, durante el mes de diciembre de 1941.
2. ¿Qué suerte corrían los italianos en Libia, al mismo tiempo que a los alemanes se les destrozaba en Rusia?
3. Hacer una síntesis de la alianza militar formada por los tres países totalitarios cuando le declararon la guerra a los Estados Unidos.
4. ¿Qué actitud asumió Hitler con los generales del Estado Mayor alemán por su fracaso en la U. R. S. S.?
5. Hacer una relación de lo que, entretanto, hacían los japoneses contra las posesiones de Inglaterra y de los Estados Unidos en el Pacífico.
6. ¿Cuándo y en qué forma quedó firmada en Washington la sentencia de muerte de los totalitarios?
7. Reseñar el punto de vista hispanoamericano, de acuerdo con las declaraciones concretas de México y del Uruguay.

LECCION XXIX

ACTITUD DEL CONTINENTE AMERICANO FRENTE A LA GUERRA MUNDIAL

*Posición definida de los Estados Unidos, ratificada con la tercera
elección del Presidente Roosevelt*

FINALIZA este curso cuando todavía la guerra sigue consumiéndose millares de vidas en Europa, en Africa y en el Asia, y cuando el dilema se hace más claro conforme avanza la lucha: fascismo o antifascismo, barbarie o civilización. Y contra la barbarie, contra el nazifascismo, han mantenido su actitud inquebrantable las grandes mayorías de Norteamérica, íntimamente ligadas en este caso con la política del Presidente Roosevelt.

Desde mucho tiempo antes de ser atacado por los japoneses, pudo constatarse la adhesión del pueblo norteamericano a la tesis definida de la Casa Blanca; en realidad desde que el señor Roosevelt fué reelecto para un tercer período, en las elecciones de noviembre de 1940. Informes cablegráficos del día 6, terminados ya los escrutinios, transmitieron al mundo la noticia de su triunfo aplastante sobre el candidato republicano, señor Willkie.

Vencieron los demócratas en 39 Estados, obteniendo 479 votos electorales, en tanto que el Partido de las minorías capitalistas, los republicanos de la gran plutocracia anglosajona, sólo pudieron ganar en 9 Estados, con 73 votos electorales. De acuerdo con esos cómputos el Presidente Roosevelt logró afianzar su fuerza política, con una gran mayoría de curules, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes.

A partir de ese momento, como era lógico suponerlo, intensificó el Gobierno de Washington sus actividades francamente antitotalitarias y de cooperación con Inglaterra; pero es curioso observar que a la política nacional e internacional de defensa americana se fueron agregando, en el transcurso de muy pocos meses, incluso aquellas fuerzas que deseaban mantener a los Estados Unidos a distancia de la guerra.

Si con anterioridad, desde el 3 de septiembre de 1940, había

hecho la Casa Blanca el trueque de destructores norteamericanos por ciertas bases navales, en posesiones británicas de América, mayor tenía que ser el apoyo de Washington a Londres, una vez que la confianza de sus conciudadanos le fué ampliamente ratificada al Presidente Roosevelt. Y así tenemos que en el mes de marzo de 1941 quedó aprobada la Ley de Préstamos y Arrendamientos, según la cual la Gran Bretaña recibiría todo aquello que no pudiese pagar de inmediato, todo aquello necesario para su defensa, sin ninguna garantía financiera.

La primera transacción realizada de acuerdo con dicha Ley ascendió a 7,000.000.000.00 de dólares, cantidad que fué multiplicándose en los meses siguientes, en tanto que la industria norteamericana de guerra, así en la producción de barcos como de aeroplanos y de municiones, aumentaba cada día en proporciones gigantescas.

Un ejemplo de la decisión antihitlerista y probritánica de los Estados Unidos, se podría presentar en muy pocas cifras estadísticas. Anotemos las siguientes: En julio de 1941 salieron de las fábricas de Norteamérica alrededor de 1,460 aviones militares, incluyendo las fortalezas aéreas para vuelos a larga distancia; en agosto, en septiembre y en octubre el número de aeroplanos aumentó considerablemente, de modo que la Unión Soviética pudiera también contar con el apoyo necesario para enfrentarse a las poderosas fuerzas mecanizadas de Alemania; y se calcula que para 1942 la producción de aparatos norteamericanos de bombardeo rebasará el número de treinta mil.

Se calculaba, mejor dicho, antes del ataque japonés a los Estados Unidos, y antes de que Italia, Alemania y sus satélites rompiesen hostilidades, asimismo, con la gran Federación anglosajona de América. Porque a partir del nuevo año, según el presupuesto de guerra que presentó Roosevelt al Congreso el 6 de enero de 1942, con erogaciones aproximadas de 56,000.000.000.00 de dólares, el ritmo fantástico de la fabricación de armas será el siguiente:

125,000 aviones; 75,000 tanques; 35,000 cañones antiaéreos y 10,000,000 de toneladas de barcos mercantes, sin contar con el refuerzo de la flota de guerra. Para 1943 aseguró el señor Roosevelt que su país dispondrá de todo ese arsenal, el mayor en la historia del mundo, salvo que la derrota de los agresores hiciera innecesaria la producción total de tan enorme equipo.

Pero muchos meses antes de que la guerra tomara las proporciones a que llegó en diciembre de 1941, se había podido observar,

de igual manera, un aumento acelerado en la fabricación norteamericana de municiones. A fines de mayo, en efecto, comparadas las cifras de ese año con las de 1940, la pólvora producida en Estados Unidos era mayor de un 1,000 por ciento, la de municiones pasaba de 1,210 por ciento, y la producción de ametralladoras había sido cuadruplicada en junio.

Simultáneamente, para resolver el problema del transporte hasta Inglaterra, unidades de la escuadra estadounidense empezaron a patrullar grandes extensiones del Atlántico, desde abril de 1941. En ese mismo mes los Estados Unidos tomaron bajo su protección el territorio de Groenlandia, con anuencia del Ministro de Dinamarca en Washington. Y a principios de julio, estallada ya la guerra de Hitler contra el Soviet, fuerzas norteamericanas desembarcaron en Islandia, con objeto de reforzar a las tropas británicas y canadienses que allí prestaban servicio.

Para esa fecha estaba de igual modo cooperando el Gobierno de Washington con la Gran Bretaña en la formación de listas negras, y había requisado 180,000 toneladas de barcos totalitarios, cerrando, además, la Agencia Transocean y numerosas librerías alemanas. A todo ello debe sumarse la congelación de fondos y de valores de las potencias del Eje en territorio norteamericano, así como el cierre de todos los consulados del Reich el 16 de junio.

Poco después declaraba el Presidente Roosevelt, sin sospechar entonces que los primeros agresores de su patria serían los japoneses: "No hemos buscado una guerra a tiros con Hitler. Tampoco tratamos de hacerlo. Pero eso no quiere decir que estemos dispuestos a permitirle atacar nuestros barcos de guerra o mercantes, pretendiendo abolir la libertad de los mares. Con el dominio de los mares puede Alemania despejar el camino para un paso ulterior: la dominación de los Estados Unidos y del Hemisferio Occidental por la fuerza.

"Mas de ahora en adelante, en caso de que las naves de guerra alemanas o italianas entren en las aguas cuya protección es necesaria para la defensa americana, lo harán por su cuenta y riesgo. Toda la responsabilidad descansa en Alemania. No se disparará a menos que Alemania siga tratando de que se dispare. Las órdenes que he dado, como Comandante en Jefe del Ejército y de la Marina de los Estados Unidos, son las de llevar a la práctica ese procedimiento."

Y el 20 de septiembre ratificó sus palabras anteriores el señor Roosevelt con la siguiente declaración, que no deja lugar a ningún

género de dudas: "La escuadra norteamericana no sólo protegerá a los mercantes de los Estados Unidos, sino también a navíos de otras banderas, cuando naveguen en las aguas defensivas americanas y corran el peligro de ser atacados por unidades del Eje."—"No entremos en minuciosidades. No nos preguntemos si las Américas deberían comenzar a defenderse después del quinto, del décimo o del vigésimo ataque. Ahora es cuando debemos defendernos."

Si a lo relatado se agrega la decisión tenaz del Presidente Roosevelt, y de otros altos funcionarios norteamericanos, en relación con la necesidad de acabar con el dominio de la fuerza y con las agresiones totalitarias; si se piensa lo que significan los ocho puntos del "Acuerdo del Atlántico"; si se mide la potencialidad de los Estados Unidos y de Inglaterra, en cooperación con el Soviet; y si se toma en cuenta, además, la resistencia maravillosa de los chinos para reforzar la lucha con el Japón, llegará a comprenderse que la guerra iniciada en 1939 se tendrá que resolver, tarde o temprano, con un salto adelante de la humanidad y no con el "nuevo orden" de Hitler ni del Mikado, que implicaría sin remedio un salto atrás, un salto a la barbarie, en pugna con la realidad histórica que no puede jamás retroceder.

Los países débiles, para defenderse del imperialismo en cualquiera de sus formas, no tienen más remedio que luchar contra las fuerzas regresivas

¿En qué situación se encuentran las repúblicas hispanoamericanas, y cuál debe ser su actitud en la hecatombe mundial desatada por las potencias totalitarias? ¿Cuál ha de ser, por otra parte, la conducta que asuman nuestros países frente a las tres grandes naciones —la Unión Soviética, los Estados Unidos e Inglaterra— que luchan con toda su fuerza contra el predominio de la barbarie nazifascista?

Estas son las preguntas que los hispanoamericanos estamos en la obligación de contestar, con toda franqueza, con toda claridad y con toda decisión. Mas con objeto de no caer en el confucionismo característico de esta época de aguda crisis humana, no debemos perder de vista lo que ya se dijo en páginas anteriores, a saber: que la humanidad está dividida en dos grandes sectores ideológicos, cuya demarcación se delimita con caracteres profundos, según las doctrinas políticas que se conocen con el nombre de nazifascismo y democracia.

Para definir y comprender con toda sencillez los alcances de una y otra ideología, basta con recordar que los defensores del "nuevo orden", los que tratan de imponerlo a sangre y fuego, son los Estados que han desconocido y violado en toda forma el Derecho Internacional; los que acabaron en Europa con la seguridad colectiva; los que repudiaron a la Liga de las Naciones; los que sólo se acogen a la fuerza de las armas para lograr sus objetivos de predominio internacional, sin respeto ninguno para la integridad y la soberanía de los países débiles.

Vimos en diversas lecciones de este trabajo que Italia, Alemania y el Japón —los tres poderes agresores—, en el camino ya de la violencia y del atentado, formaron la alianza guerrera conocida con el nombre de Eje Roma-Berlín-Tokio; y que dicho Eje de las tres potencias militaristas, en el curso de muy pocos años, llegó a trastornar hasta sus cimientos la organización jurídica y la paz del mundo.

Vimos también que el Japón empezó su política agresiva en septiembre de 1931, al lanzarse sobre Manchuria, expulsar a las autoridades chinas y proclamar, en febrero de 1932, el nuevo Estado de Manchukuo bajo el dominio absoluto de las armas japonesas.

Siguió Italia la misma línea de conducta en 1935, cuando 500,000 soldados de Mussolini invadieron el territorio de Abisinia, anexando el Imperio del Negus a la Corona italiana el 9 de mayo de 1936.

Y en julio del mismo año, tanto Roma como Berlín, provocaron y sostuvieron la rebelión cuartelaria de los fascistas o falangistas españoles contra el Gobierno popular y democrático de la República, mientras el Japón encendía otra vez la guerra en el lejano oriente, tratando de conquistar nuevas y extensas regiones del territorio chino.

A partir de esa fecha, fortalecida la alianza de las tres potencias totalitarias con el pacto llamado anticomunista, de modo que la plutocracia mundial tuviese la impresión de que era su objeto combatir primordialmente al socialismo ruso; y fortalecida, entonces, la confabulación cavernaria por los grandes intereses y por las altas clases sociales de las demás naciones europeas, fué agudizándose la situación en el viejo continente con nuevos zarpazos a países indefensos como Austria, Checoslovaquia, Albania, Memel, Polonia, etc., hasta culminar la crisis en la nueva conflagración bélica que estalló en septiembre de 1939, según las informaciones detalladas ofrecidas a los alumnos y a los lectores en capítulos diversos de este *Guion*.

En esas páginas bien pudo constatarse que la doctrina de los

totalitarios, para sus fines imperialistas, se basa en lo que ellos llaman demagógicamente necesidad de "espacio vital", a costa de otros pueblos que los ideólogos nazis consideran inferiores; que la pretendida superioridad racial de los agresores se refiere, sobre todo, a los de sangre aria, ya que Hitler y el Reich han relegado a Mussolini a un plano secundario, en tanto que el Japón sólo aspira a tener mayor hegemonía en el continente asiático; y, en fin, que las prédicas hitlerianas son convincentes para el pueblo alemán, para la gran masa teutónica, fanatizada por una filosofía de muchos años, que la hace aparecer como escogida por Dios para dominar a los demás pueblos de la tierra.

Se definen, pues, de una parte, las potencias del Eje Roma-Berlín-Tokio, tratando de acabar hasta con las conquistas humanas más elementales de la época contemporánea, y pretendiendo imponer de un extremo a otro del planeta formas anacrónicas de organización política, social y económica, reñidas con todo principio de independencia, de soberanía y de libertad. Y de la otra parte se unen y se cohesionan los países democráticos —aun cuando de momento sólo sea en sentido político—, para defender los postulados antitotalitarios de respeto a las naciones débiles, y del derecho que tiene la humanidad a su desenvolvimiento individual y colectivo.

Conocidos estos postulados es lógico suponer que las repúblicas hispanoamericanas, por instinto de propia conservación, no quieran adherirse a un régimen que predica la esclavitud de pueblos materialmente indefensos, y la negación de su derecho a prosperar y a desarrollarse libremente.

No tenemos más remedio, por lo tanto, que agruparnos con los defensores de la democracia y combatir, en toda forma, la doctrina totalitaria del nazifascismo. Porque si nos pusiéramos al lado de las fuerzas regresivas, no tendríamos después voz ni voto, no tendríamos fuerza moral para defendernos de ninguna clase de agresión imperialista.

*Palabras de Hitler sobre la degeneración de los "híbridos"
hispanoamericanos*

Por supuesto que los partidarios interesados de la swástica en América; los admiradores criollos de Hitler, de Mussolini e incluso de Su Majestad Imperial nipona; es decir, los quintacolumnistas, tratan

de desorientar a la opinión pública hispanoamericana, agitando la bandera del imperialismo anglosajón. Y su tesis encuentra eco en ciertos sectores, que se apoyan más en el pasado que en la realidad histórica contemporánea.

Aprovechan para su propaganda, en otras palabras, el poderío económico de Inglaterra en Sudamérica, así como las anexionaciones, las intervenciones, los actos de fuerza de los Estados Unidos en puntos estratégicos de nuestro continente. En términos más precisos, los propagandistas nazistoides toman como base de argumentación hechos que no pueden negarse; pero que no constituyen, ni mucho menos, una afirmación de la democracia sino, precisamente, una afirmación del imperialismo, contra el cual nunca nos ayudaron los alemanes, ni los italianos, ni los japoneses, ni los reaccionarios españoles, ni los criollos enemigos de los "rojos", cuando ese imperialismo —militar durante largos años— era una trágica realidad en nuestra América.

Porque es curioso advertir que clamen contra el peligro anglosajón nada menos que los imperialistas más descarados de todas las épocas, los imperialistas confesos y convictos del Eje Roma-Berlín-Tokio, tomando a su servicio a sus pupilos de Falange y de la nueva Hispanidad, para que nos abran los ojos en nuestro propio idioma.

Y es curioso que tal cosa suceda cuando ya no hay marinos ni acorazados norteamericanos en ninguna de nuestras repúblicas hermanas, de acuerdo con la política del buen vecino, iniciada por el Presidente Roosevelt desde 1933.

Y que tan bondadosamente se tomen los nazis y sus lacayos el trabajo de defendernos, cuando el propio señor Hitler tiene clasificados a los nativos de la América española en la escala décima de la inferioridad racial. ¡En la escala que Dios —el primitivo y sanguinario dios de los germanos— le ha ordenado que conquiste!

Será necesario recoger algunas frases del Fuehrer respecto de nosotros: "Si hay un continente en el cual la democracia es un disparate y una forma de suicidio, ese continente no es otro que la América del Sur". "Allí veremos la clase de los extranjeros conquistados, la clase de aquellos que fríamente vamos a llamar esclavos modernos." "¿Quién podrá discutirme el derecho de aniquilar a millones de hombres de razas inferiores, que se multiplican como insectos, y a los cuales impediré sistemáticamente su procreación?"

Los conceptos anteriores aparecen en el libro de Hermann Rausch-

ning, *Hitler me dijo*, páginas 52, 68 y 142. Las afirmaciones de Rauschning no han sido desmentidas en ninguna forma ni en ninguna ocasión por el capataz mesiánico de los tudescos. Pero si esos términos pudieran no aceptarse como autorizados por el poseso austríaco, es de suponer que sí se aceptarán, en cambio, las siguientes expresiones de su *Mein Kampf*, edición oficial alemana de 1939, hecha en Munich por Franz Eher, páginas 322, 441 y 443:

“La naturaleza corrige generalmente, gracias a disposiciones apropiadas, el efecto de las mezclas que alteran la pureza de la sangre humana. Se muestra, en todo caso, muy poco propicia a la degeneración de los mestizos.” “Todo cruce de raza entraña, fatalmente, en forma rápida o paulatina, la desaparición de los híbridos que resultan de la mezcla de seres inferiores.” “Los miembros de la raza inferior, desparramados por toda la superficie de la tierra, se convertirán en excelentes instrumentos mecánicos al servicio de una nueva civilización.”

Por si todavía quedase alguna duda acerca de lo que significaría para nosotros la dominación teutona, he aquí unas pocas líneas textuales del órgano nazi, *Volkischer Beobachter*, publicadas el 3 de julio de 1940: “Después de la victoriosa terminación de la guerra, América Latina dependerá económicamente de Europa, cuya economía estará íntegramente dirigida por Alemania.”

Y tres meses más tarde, el 22 de octubre del año referido, afirmó categóricamente el *Deutsche Allgemein Zeitung*: “En Sudamérica la perspectiva no puede ofrecerles ninguna esperanza a los enemigos del Reich. Los planes de nuestro Fuehrer, expuestos en su *Mein Kampf*, tendrán inflexiblemente que realizarse”.

*En Río de Janeiro quedó consagrada la solidaridad
continental americana*

Resultado de semejante “ideología”, y las amenazas totalitarias de dominar al mundo entero, han producido un cambio completo en las relaciones de los Estados Unidos con las repúblicas hispanoamericanas, fortaleciéndose cada vez más la política del buen vecino. Postulada y puesta en práctica con la mayor firmeza, por el Presidente Roosevelt, pudieron recogerse sus primeros frutos en la Conferencia Interamericana de Buenos Aires, celebrada en 1936; en la de Lima, en diciembre de 1938; en la de Panamá, tres semanas

después de haber estallado el conflicto europeo; en la que tuvo lugar en la Habana, en julio de 1940; y en la de Río de Janeiro, inaugurada el 15 de enero de 1942, con asistencia de casi todos los Ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas de América.

De acuerdo con lo resuelto en esas asambleas la Doctrina de Monroe se ha logrado convertir en un instrumento jurídico multilateral americano, dejando de ser, por consiguiente, la vieja y peligrosa política unilateral de Washington. Y animadas de un nuevo espíritu de solidaridad y de vinculación, las 21 repúblicas de nuestro continente, sobre un plano de igualdad jurídica para todas ellas, y de respeto absoluto a su independencia y a su soberanía, echaron los cimientos para una mutua, más íntima y más amistosa cooperación en la crisis actual que ha traído la guerra al nuevo mundo.

La esencia de las resoluciones tomadas en las primeras conferencias antes referidas, se puede resumir en esta forma: "Estados Unidos no permitirá el traspaso de ninguna colonia de una potencia europea, a otra potencia europea, en el Continente ni en las aguas territoriales de este hemisferio; y si la paz, la seguridad o la integridad territorial de cualquiera de las repúblicas americanas se viere amenazada, todas las demás tomarán las medidas adecuadas de defensa".

Y en Río de Janeiro quedó finalmente consagrada la solidaridad continental de América, prevaleciendo allí la tesis antitotalitaria, mantenida por las repúblicas en guerra con el Eje Roma-Berlín-Tokio y por México, Colombia y Venezuela, que ya tenían rotas sus relaciones con la barbarie.

Para que la cooperación interamericana sea cada día más eficaz, se ratificaron las medidas prácticas, las conclusiones a que pudo llegarse en Buenos Aires, en Lima, en Panamá y en la Habana, tales como la de evitar el estancamiento de nuestras exportaciones por falta de mercados; el uso de bases navales y de aeropuertos; todo aquello, en una palabra, que sin mengua de la soberanía de cada país, pueda servir para la preparación y la defensa del nuevo mundo contra las agresiones de ultramar, que ya no son imaginarias sino efectivas.

Ninguno de esos acuerdos implica un quebrantamiento de la dignidad de las repúblicas iberoamericanas, ni la más mínima concesión a ningún imperialismo. Esa actitud, antes al contrario, como defensa efectiva de nuestros principios democráticos, no solamente nos pone a salvo del totalitarismo del Eje Roma-Berlín-Tokio, sino que, al

mismo tiempo, será nuestra más fuerte coraza en la inevitable crisis de la postguerra.

Volverán a la carga los nazistoides, señalándonos el peligro del imperialismo anglosajón, precisamente a los que siempre hemos combatido y seguiremos combatiendo al capital monopolista en nuestra América, así venga de Londres, de Wall Street o de Berlín. Mas ya se dijo antes que el poderío económico de la Gran Bretaña en Sudamérica, y las agresiones imperialistas norteamericanas en puntos estratégicos de nuestro continente, con prioridad a la política del buen vecino, son hechos consumados que la Historia no puede ni podrá nunca negar.

Por lo que al autor de las presentes páginas se refiere, aquellos hechos ya juzgados por la Historia, en los cuales se basa la demagogia nazifascista, fueron señalados y denunciados con amplia documentación en su libro *Rompiendo Cadenas*, impreso en 1933. En ese mismo volumen, en *El Canal de Nicaragua, en Norteamericanización de Centro América*, en su revista de vanguardia *Liberación*, en obras anteriores y en centenares de artículos escritos durante largos años, ha publicado también el autor estadísticas minuciosas, en las cuales se demuestra todo el proceso imperialista de los Estados Unidos en Hispano América, el peligro de los empréstitos, la farsa de las inversiones, el rápido y gigantesco desarrollo de la Federación anglosajona como gran potencia económica, con un capitalismo voraz e insaciable que de México a la Patagonia nos ha tenido acogotados.

Lo dicho y comprobado en las páginas de referencia se acoge rigurosamente a la verdad histórica. Nada, por consiguiente, podría variarse o suprimirse, ni un punto ni una coma, porque es inútil desvirtuar los hechos; esos hechos ya juzgados por la Historia, que se podrían sumariar en pocas líneas:

La guerra de Estados Unidos contra México, en 1846 y en 1847; la política del Presidente Polk, entre cuyos planes estaba el de adquirir por compra la isla de Cuba; la serie de protocolos sobre canalización en Centro América; la influencia norteamericana en el Caribe, después de la guerra de 1898 contra España; lo de Puerto Rico, lo de Panamá, lo de Nicaragua, lo de Haití, lo de Veracruz, lo de Santo Domingo, en fin, hasta llegar a las administraciones de Hoover y de Coolidge, quienes no tuvieron escrúpulo en declarar que las armas y los acorazados seguirían a los dólares que se invirtiesen en Hispano América.

Pero al cabo de los años ha venido a demostrar el propio Gobierno de Washington que sí hay manera de convivir y entenderse, sin que gire todo alrededor de la explotación y de la fuerza. Y con motivo de la nueva y criminal matanza desatada por las dictaduras totalitarias, frente a este gran sacudimiento que amenaza al mundo entero, los Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas toman las providencias aconsejables para que juntos nos defendamos de lo que pueda suceder.

Se trata —es indispensable repetirlo— de una política defensiva continental, de una política civilizada interamericana, no en apoyo de ningún imperialismo sino en defensa de la democracia, la integridad de los pueblos, la independencia y la soberanía de todas las naciones del nuevo mundo. Y también habrá de repetirse que este gran movimiento se hace en nuestro hemisferio con resoluciones jurídicas multilaterales, que colocan a todos los pueblos de América, así los grandes como los pequeños, en un plano de igualdad absoluta y de respeto mutuo.

CUESTIONARIO

1. *¿Cuál ha sido la posición de Norteamérica frente a los regímenes totalitarios?*
2. *Referirse a la forma en que el Gobierno de Washington ha cooperado con la Gran Bretaña en su lucha contra el Reich.*
3. *¿En qué consiste la solidaridad continental americana, y cuándo inició Roosevelt su política del buen vecino?*
4. *¿Puede Hispano América defenderse del imperialismo, en cualquiera de sus formas, acogiéndose a lo que hacen y predicán Hitler, Mussolini y el Mikado?*
5. *Explicar de qué manera pretenden los quintacolumnistas desorientar a nuestros pueblos.*
6. *¿A qué conclusiones pudo llegarse en las conferencias interamericanas de Buenos Aires, Lima, Panamá, Cuba y Río de Janeiro?*

LECCION XXX

ACTITUD DEL CONTINENTE AMERICANO FRENTE A LA GUERRA MUNDIAL (TERMINA)

El panamericanismo y la Doctrina de Monroe

Lo que actualmente sucede en las repúblicas americanas frente a la expansión nazifascista, y con motivo del alevoso ataque del Japón a los Estados Unidos, podría equipararse a lo que estaba sucediendo en 1823, cuando los poderes de la Santa Alianza se confabularon para destruir la libertad en Europa y para reconquistar, en nuestro territorio, el imperio colonial de España. Fué entonces, hace más de 100 años, que nació la idea de cooperación continental americana, para defenderse de aquel grupo de naciones agresoras, fanáticas e imperialistas, comparables a las que forman el actual Eje Roma-Berlín-Tokio.

En un trabajo reciente del que esto escribe, *La Doctrina de Monroe frente a los nazis en América* (publicado por la Editorial Iberoamericana de Nueva York en 1940, y reproducido en parte por la Secretaría de Educación Pública de México, en su primer cuaderno sobre *La Escuela Mexicana y la Solidaridad Continental*), se hace un estudio más o menos completo del espíritu que a la sazón prevalecía en nuestro medio americano; de la actitud de Henry Clay, de John Quincy Adams y los más destacados miembros del Senado y de la administración de Washington en favor de los patriotas sudamericanos; y de la forma en que nació la Doctrina del Presidente James Monroe, cuya enérgica actitud tiene tantos puntos de contacto con el proceder similar en nuestra época del Presidente Franklin Roosevelt.

Rogando a los alumnos y a los lectores que se sirvan de aquellas publicaciones, en las que podrán encontrar una síntesis documentada de este tema, reproduciré aquí, sin embargo, algunos pasajes de lo ya impreso, por considerarlos de manifiesta importancia en este *Guión*. Veamos, por ejemplo, tres párrafos esenciales de la Doctrina de Monroe, y algunos de los comentarios hechos por el autor a ese respecto:

“Se ha juzgado propicia la ocasión para establecer, como prin-

cipio que afecta los derechos e intereses de los Estados Unidos, que el Continente Americano, por la libre e independiente condición que ha asumido y mantenido no debe, de aquí en adelante, considerarse como sujeto a la colonización futura por parte de ninguna potencia europea.

"Debemos a la verdad y a las relaciones amistosas existentes entre los Estados Unidos y estas potencias europeas el declarar: que consideraríamos toda tentativa de su parte que tendiera a extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio, como atentatoria a nuestra paz y seguridad.

"No nos hemos inmiscuido ni nos inmiscuiremos en las colonias y dependencias europeas existentes; pero en cuanto a los gobiernos que han declarado su independencia —y a los que hemos, tras madura reflexión, reconocido— no podríamos considerar interposición alguna con objeto de oprimirlos o de otro modo guiar sus destinos, más que como una manifestación de índole poco amistosa hacia los Estados Unidos."

O sea que la realidad mundial de 1823 hizo que naciese la Doctrina de Monroe, proclamada el 2 de diciembre por el Presidente de una democracia que a la sazón no disponía de acorazados, ni de hombres aguerridos, ni de fuerzas suficientes para enfrentarse a los ejércitos de la reacción europea, ultraconservadora, ultramontana y de gran potencia bélica.

Pero los veteranos del sur, descendientes de los aztecas, de los incas, de los araucanos y de los españoles auténticos, sí estaban listos para llegar hasta el final. Y pudieron contestar a las amenazas de Europa con nuevas batallas, con nuevas victorias, hasta coronar la libertad del nuevo mundo en Ayacucho, un año después de haber lanzado su reto a Europa el Presidente James Monroe.

De haber puesto la Santa Alianza sus planes en ejecución, habrían tenido que luchar los agresores contra fuerzas materiales probadas en México y en el sur como invencibles, y contra la enorme fuerza moral de la nueva doctrina americana.

Las hazañas, las proezas, los épicos combates de los libertadores, eso ciertamente era la acción. Y las palabras de Monroe, sin duda, un fuerte lazo de mutuo entendimiento interamericano, que permitía erguirse al hemisferio occidental, vigoroso y altivo, destruyendo prejuicios y deshaciendo autocracias, contra la vieja Europa, soberbia, fanatizada, imperialista, cuyos monarcas fraguaban opresiones y aten-

tados, así en sus propios países como en lejanas y codiciadas tierras al otro lado del mar.

En 1941, después de más de una centuria, se refleja en nuestros países, como en el resto del mundo, la trágica situación producida en los cinco continentes por la nueva hecatombe guerrera, que han desatado los totalitarios de Roma, de Berlín y de Tokio. Y la Doctrina de Monroe, la advertencia norteamericana de 1823, ha vuelto a ser de actualidad. ¡En aquel entonces, como un paso audaz de protección americana contra los designios feroces de la Santa Alianza; y en esta época, depurada de torcidas interpretaciones, como un instrumento de solidaridad continental, para enfrentarse al crimen y a la barbarie de los agresores nazifascistas!

*Temor y desconfianza de Hispano América hacia los
Estados Unidos*

Depurada esa Doctrina de malas interpretaciones, se dijo líneas arriba, porque bien sabemos todos que posteriormente cambiaron de sentido los principios y las palabras del Presidente Monroe, iniciándose una larga era de temor y desconfianza entre las repúblicas hispanoamericanas, ya no en relación con Europa sino, precisamente, en relación con la política exterior y con el imperialismo en desarrollo de los Estados Unidos.

Esa desconfianza, en realidad, se había gestado desde el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar para mediados de junio de 1826. Se discutirían en aquella gran asamblea las bases sólidas y estables que dieran forma legal al panamericanismo, valiéndose de convenios, reglamentaciones internacionales y tratados comerciales y políticos.

Es de suponer que los congresistas aprobarían allí un "status colectivo de la Doctrina de Monroe, de tal manera que las repúblicas americanas no sólo estuviesen defendidas de ataques de ultramar, sino también de los propios Estados Unidos o de cualquier otro país del continente.

Pero el Senado de Washington se opuso a la proposición de que se enviasen representantes a Panamá, a pesar de los esfuerzos del Presidente Adams y de su Secretario de Estado —el viejo amigo de Hispano América, Henry Clay— para que se respondiese al llamado de Bolívar. Y hasta se originó un desafío entre el senador John Ran-

dolph y el Secretario de Estado Clay, por afirmar este último que la negativa del Senado obedecía a la desastrosa influencia del poder esclavista, que objetaba el trato con países como los de la América española, que ya tenían abolida la esclavitud.

Después de muchas discusiones y de muchas dilaciones salieron al fin dos delegados de Washington al Congreso bolivariano, aunque bien es verdad que extraoficialmente y haciendo ellos los gastos por su cuenta y riesgo. Mas con tan mala fortuna presentáronse las cosas, que uno de ellos falleció durante la travesía, y llegó el otro a su destino cuando ya se habían clausurado las sesiones.

Muy pocas de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, por otra parte, se dieron cuenta cabal de lo que significaba el pensamiento del Libertador; y sea por dificultades de transporte, o porque no les pareciera oportuno aceptar los principios de un hombre extraordinariamente avanzado para su época, el famoso Congreso no pudo verificarse con el esplendor y con la concurrencia con que debió haberse reunido.

Unas pocas frases de lo que en su convocatoria expresó Bolívar, son suficientes para tener idea de su clarividencia y de las conclusiones a que deseaba llegar en Panamá. En medio de la crisis y de la desorientación en que el mundo contemporáneo se ha movido, es interesante reproducir los párrafos siguientes de la convocatoria de Bolívar arriba mencionada:

“Después de 15 años de sacrificios, consagrados a la libertad de América para obtener el sistema de garantías, que en paz y en guerra sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de nuestros regímenes de gobierno.

“Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad sólo puede existir en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de las repúblicas del continente.

“Esa asamblea nos serviría de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel interpretación en los tratados públicos, cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias.”

No obstante su grandeza —o precisamente por ello— fracasó en 1826 el sueño de Bolívar. Y la ausencia de representantes norteamericanos, así como el haberse tenido noticia en Panamá de lo que estaba sucediendo en Washington, hizo que empezara el sur a recelar del norte. Acordaron entonces los delegados de las otras repúblicas, después de una corta sesión, que se volverían a reunir en Tacubaya, México, pero esa nueva conferencia jamás se celebró.

De entonces en adelante comenzó a formarse un movimiento definido, no ya de panamericanismo sino de hispanoamericanismo, aun cuando no era posible que se llegase nunca a realizaciones concretas. Desde 1831 hasta 1865 se hicieron indecibles esfuerzos en nuestros países, más bien literarios o románticos que prácticos, para reunirse en diversos sitios, suscribir pactos de defensa, incluso confederarse.

México, perdida la mitad de su territorio como consecuencia de la guerra con Estados Unidos en 1846 y en 1847, tuvo que firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo, después de sus reiteradas gestiones, durante 15 años, para la constitución de un congreso defensivo hispanoamericano.

Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y el Perú, se reunieron varias veces en Lima y en otras capitales para deliberar sobre la situación de México.

Chile, Ecuador y el Perú firmaron un tratado de confederación en 1857, para estar prevenidos contra el filibusterismo norteamericano, que capitaneaba el famoso aventurero William Walker, respaldadas esas fuerzas (invasoras en distintas ocasiones del territorio de Centro América) por grandes intereses esclavistas de la parte meridional de los Estados Unidos.

Desde el Río Bravo, pues, hasta la Tierra del Fuego, aumentaban la desconfianza y el temor hacia la gran potencia anglosajona de América. E iba creciendo tan natural estado de ánimo en fechas subsiguientes, hasta llegar a situaciones críticas a partir de 1898, año en el que tomó poder extraordinario la intervención norteamericana en el Caribe, como consecuencia de la victoria de los Estados Unidos sobre España.

Ya vimos que esa intervención fué todavía mayor como resultado de la apertura del Canal de Panamá y del proyecto de construcción del Canal de Nicaragua, habiéndose sucedido desde entonces la serie de hechos lamentables a que en páginas anteriores se hizo referencia.

De nada servía que al mismo tiempo los Estados Unidos promovieran conferencias panamericanas, que hablasen de mutua comprensión y que predicaran la necesidad de un acercamiento con la América española. Era inútil todo eso, porque los hechos no correspondían a la actuación de Washington y de Wall Street.

Tales congresos, iniciados en 1889 por James G. Blaine, quien ejerció varias veces el cargo de Secretario de Estado, dieron origen a lo que pudiéramos llamar el panamericanismo oficial. Pero se consideraban como simples reuniones de gobiernos, muchos de ellos al servicio incondicional de las grandes fuerzas imperialistas norteamericanas, que seguían con su vieja política de dominación y de falta de respeto a la soberana integridad de los países débiles, colocados bajo su zona de influencia.

Las repúblicas del hemisferio occidental deseaban una justa interpretación de la Doctrina de Monroe

Mas la reacción del sentimiento iberoamericano hacia los Estados Unidos no era, en el fondo, de hostilidad a todo trance. Se deseaba, por el contrario, una franca cooperación sobre bases de mutuo respeto y de justicia, una nueva interpretación de la Doctrina de Monroe, de tal modo que Norteamérica estuviese de acuerdo en respetar la independencia, la soberanía y la integridad territorial de los pueblos hermanos de este continente.

En otras palabras, que los Estados Unidos se comprometieran a no anexas a su dominio, ni por compra, ni por medio de concesiones, ni de ninguna otra manera, parte alguna del territorio de dichas repúblicas; a no permitir que poderosas compañías capitalistas ignorasen los derechos de los países vecinos; ni a tolerar que con el pretexto de inversiones, muchas veces ficticias, se siguiese amenazando a los países del sur con el peligro constante de la intervención de Washington en sus destinos.

Así se desprende de numerosos documentos oficiales, entre ellos una nota que el Gobierno de Costa Rica dirigió, en 1862, al de Colombia, nota que el autor ha reproducido en los estudios arriba mencionados, y que alargaría demasiado este capítulo final si aquí también se publicara.

Desde mediados del siglo diecinueve, en resumen, como había sucedido en 1823, en 1826 y en estos últimos años, hubo siempre

la idea en Hispano América de que con un tratado multilateral el panamericanismo pudiera convertirse en realidad, ya que sería un lazo de unión, una íntima y estrecha alianza de todos los pueblos americanos.

Lo resuelto en Buenos Aires, Lima, Panamá, la Habana y Río de Janeiro es entonces, ni más ni menos, el "status" que Bolívar deseaba imprimir a las relaciones interamericanas; es, también, lo que expresó la nota del Gobierno costarricense al de Colombia; y es, por último, lo que en varias ocasiones tuvo a bien exponer el Presidente Woodrow Wilson en frases como éstas, tomadas de sus declaraciones a los periodistas mexicanos que lo visitaron en 1918, así como de su famoso discurso de Mobile:

"... Por eso he dicho que hagamos un arreglo y que tengamos una garantía propia en la que todos nosotros firmemos una declaración de independencia política y de integridad territorial... Estemos de acuerdo en que si uno de nosotros —incluyendo a los Estados Unidos— viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los otros, todos los demás lo impedirán... La paz sólo puede venir por la confianza. Por eso cada uno de nosotros debe, como una obligación patriótica para su país, plantar la semilla de la fe y de la confianza, en lugar de la semilla de la sospecha." Y del discurso de Mobile:

"... Es necesario conciliar los intereses de los Estados Unidos con las repúblicas hermanas de la América española. Nosotros les pedimos concesiones y privilegios; buscamos nuestra propia conveniencia, sin detenernos a pensar si los gobiernos y los pueblos sudamericanos obtendrán o no ventajas al favorecer nuestras empresas... Cuando los intereses nuestros y los suyos se tomen paralelamente en cuenta y se armonicen; cuando mutuamente trabajemos por el bien de ellos y al mismo tiempo por el nuestro, entonces comenzará una era de acercamiento y de simpatía entre los Estados Unidos y sus hermanas del Sur."

Por las dificultades de la primera guerra europea; por haberle faltado el apoyo de determinados grupos poderosísimos de su propio país; por la fuerza incontrastable de la gran plutocracia norteamericana; o por el servilismo infamante de ciertos grupos criollos hispanoamericanos, no pudo lograr el Presidente Wilson que los hechos correspondieran a sus palabras. Mantuvo la intervención armada en Nicaragua; intervino en Santo Domingo y en Haití; desembarcó ma-

rinos en Veracruz; tomó parte activa en la política de Cuba, imponiendo a Menocal; cometió, pues, gravísimos errores que no podían despertar confianza ninguna en nuestros pueblos.

Pero al llegar al poder el Presidente Franklin Roosevelt sí se ha iniciado en toda forma la nueva política de solidaridad continental americana, sin embargo, del imperialismo económico que pesa todavía sobre nosotros, y del cual somos nosotros mismos los llamados a liberarnos y a defendernos.

Mas por lo pronto —y esto es convincente— la Casa Blanca ha puesto fin a las intervenciones armadas en Hispano América. Ya no hay marinos norteamericanos en Nicaragua. Tampoco los hay en Santo Domingo ni en Haití. Se mejoró el Tratado Bunnau-Varilla en beneficio de Panamá. Y quedó por fin derogada la Enmienda Platt, que no era posible que el pueblo de Cuba siguiera tolerando.

Quiere decir que la política del buen vecino, sinceramente aplicada; y en contraste con ese movimiento de confraternidad y de civilización, la nueva guerra mundial, la barbarie del Eje Roma-Berlín-Tokio, la penetración nazifascista, la formidable propaganda alemana y la labor constante de las quintas columnas en Hispano América; todo eso que encierra tanto peligro para nosotros, para la cultura, la libertad y la democracia como el plan de reconquista de la Santa Alianza en el siglo pasado, ha hecho que los americanos, los del norte, los del centro y los del sur, estemos alerta; que nos preparemos; y que unamos nuestros esfuerzos para podernos enfrentar a la amenaza que se cierne sobre todas las naciones del planeta.

El Presidente y el Vice Presidente de los Estados Unidos respaldan el pensamiento de Bolívar, ratificado en México por el Embajador Josephus Daniels

De acuerdo con la nueva política interamericana de solidaridad continental puede afirmarse, rotundamente, que el señor Presidente Roosevelt ha recogido el punto de vista de Monroe, y las ideas del Presidente Adams, y el espíritu profundamente humano de Henry Clay, y los anhelos no realizados del Presidente Wilson. Respalda Roosevelt, además, el pensamiento de Bolívar y de los patriotas hispanoamericanos de distintas generaciones. Así lo ha demostrado con sus hechos y con sus palabras, ratificando en forma evidente su actitud el 27 de mayo de 1941, cuando el Gobierno de Washington decretó el estado de emergencia en Norteamérica.

En su discurso de la misma fecha declaró sin titubeos el señor Roosevelt, con relación a nuestros pueblos, que estamos al alcance de las armas de Hitler si no contenemos su ofensiva desde ahora. Y agregó textualmente: "Los Estados Unidos tienen la obligación de oponer todos sus recursos, en donde sea necesario, para defender la integridad de las Américas y para pelear por ellas, como si se tratara de la propia seguridad de los hogares norteamericanos".

Comprueban esas palabras cómo la actitud enérgica del Presidente Roosevelt, para enfrentarse a la expansión nazifascista en nuestro medio, es sin duda equiparable al proceder similar que asumió el Presidente Monroe, en 1823, contra los poderes tenebrosos de la Santa Alianza. Y si la tesis panamericana de 1823 no implicó una merma de la soberanía o de la independencia de los jóvenes países que acababan de vencer a la metrópoli española, puesto que nuestros próceres lucharon y seguirían luchando denodadamente por su libertad, y no en favor ni en provecho de ninguna potencia extranjera; si todo eso es verdad que no puede negarse, tampoco implica renunciación a nuestra autonomía la política defensiva que hoy sigue el continente, puesto que mantenemos incólumes nuestros derechos a la libertad y a nuestros ideales democráticos, fortaleciendo al mismo tiempo la posición interior e internacional de Hispano América.

De igual manera que el señor Roosevelt, también el Vice Presidente de los Estados Unidos, señor Henry Wallace, en un banquete ofrecido en Washington a las representaciones diplomáticas de la América española, con motivo del "Día Panamericano", tuvo frases como las siguientes:

"Los acontecimientos mundiales de esta época, y los rudos actos de los agresores totalitarios, han hecho que nosotros, los hombres de América, nos hayamos unido para una mutua y decidida defensa. La solidaridad panamericana y la protección del hemisferio occidental, constituyen en sí mismas una de las fuerzas vitales más poderosas del mundo entero.

"Ante la trágica caída de los pequeños países europeos amantes de la paz, ninguna de las repúblicas de América ha visto con tranquilidad el que pudiera llegarle su turno; y es así cómo ante ese sentimiento hemos logrado estructurar una inquebrantable defensa, tanto moral como material.

"Al ajustarnos todos a la realidad presente, defendemos las conquistas sociales, por cuya realización han luchado tan animosamente

los pueblos americanos. Al derribar las barreras entre nosotros para entendernos mejor y estimarnos, hemos encontrado una fuerza real, una unidad cultural, una resistencia contra la esclavización del pensamiento humano.

"En el conglomerado de nuestras razas y de nuestros productos encontramos la fuente verdadera de nuestro progreso, mucho mejor que como lo han hecho algunos países europeos. Tenemos la fortuna de haber llegado a este crítico período de la Historia con fe plena, con absoluta confianza en nuestro mutuo entendimiento, engendrado merced a la política del buen vecino.

"La antorcha de la civilización está en nuestras manos para realizar el sueño de Bolívar, el sueño de una cooperación panamericana, dentro de la justicia, la libertad, la democracia y el respeto al derecho de los demás."

El mismo día, tanto en la Pan American Round Table del Club Americano, como durante la cena que ofreció la Secretaría de Relaciones Exteriores de México al Honorable Cuerpo Diplomático de nuestro continente, pronunció frases semejantes a las del señor Wallace el Embajador de los Estados Unidos, Su Excelencia Josephus Daniels. Dijo, entre otras cosas, el señor Daniels:

"Es pertinente que en este aniversario de la unidad espiritual de América, los diplomáticos de las veintiuna repúblicas americanas se reúnan en esta noble ciudad de México, situada entre montañas, para jurar amistad eterna y consagración a la solidaridad del continente. Unidos nos conservaremos; divididos pereceremos.

"Bolívar, el Libertador, fué un precursor y un profeta. El y héroes como él, de los países americanos, soñaron con el advenimiento de la era del buen vecino. Esa meta, anhelada durante mucho tiempo, liga hoy felizmente, en fraternidad y protección común, a los pueblos y a los gobiernos del hemisferio occidental. Bolívar y otros patriotas visionarios tuvieron el genio suficiente para formular una doctrina que profetizara la inflexible determinación alcanzada, un siglo más tarde, por todos los países de las Américas, de que jamás irían a la guerra para solucionar sus conflictos.

"En nuestro tiempo hemos realizado el sueño que entonces no cristalizó, formando una confederación espiritual, en la que todas las democracias americanas, sin perder ni un ápice de su soberanía individual, laboran en una causa común en pro de la paz y de la libertad. Hoy día nos felicitamos de ser uno para todos y todos para

uno, con la inquebrantable e indestructible resolución de enarbolar una bandera a la que puedan recurrir las perturbadas y angustiadas naciones que, allende los mares, se devastan en la guerra.

”Los americanos, independientemente de su idioma o país, jamás han perdido la espléndida visión que guió a Washington, a Jefferson y a Monroe en su lucha de independencia; que brilló rutilante en la época de Bolívar, San Martín y O’Higgins; que consagró los sueños de Hidalgo, Juárez y Madero.

”En tanto que Africa, Asia y Europa sufren la devastación que impide el sueño por la noche y el descanso durante el día, los pueblos americanos se regocijan, no sólo porque se saben libres de un encuentro armado, sino también por la firme resolución de que el contagio de la conquista no encontrará cabida en nuestro medio. Somos libres y poseemos el suficiente criterio para comprender que nuestra libertad podrá únicamente conservarse mediante la cooperación, la defensa común y la práctica de nuestros credos democráticos.

”En la defensa de aquellos ideales por los que lucharon nuestros antepasados no podemos vacilar; no debemos dudar. Los derechos del hombre a la vida, a la libertad de lectura, de pensamiento, de culto, de hablar o escribir lo que piensa, son tan sólo los derechos del hombre común pero, sin embargo, son posesiones preciosas. Debemos conservarlas no solamente para nosotros, sino también para los pueblos azotados por la guerra en otros países, para cuando haya terminado la tormenta de odio y de pasiones.

”Ha sido un privilegio para mí hablar en nombre de mi propio país, y un honor hacerlo como Decano del Cuerpo Diplomático acreditado en México. Compartimos todos la confianza de que adhiriéndonos a la unificación continental, que hoy celebramos, este nuevo mundo mantendrá inviolable su unidad y su libertad, basada en la paz y en la justicia.”

(Varios meses después, durante el banquete de despedida que la Secretaría de Relaciones Exteriores, con asistencia de todo el Cuerpo Diplomático acreditado en México, le ofreció al señor Daniels el 7 de noviembre de 1941, ratificó el antiguo Secretario de la Marina del Presidente Wilson su admiración por los próceres hispanoamericanos, por el movimiento revolucionario de México y por aquellos hombres “a quienes se tilda de extremistas y de radicales, porque no están dispuestos a vivir en un mundo estático”).

Como una lección ejemplar para ciertos grupos de nuestra política criolla, no tuvo reparo el señor Daniels —a quien nadie podrá decirle comunista, ni aprovechado, ni caudillo en potencia a su avanzada edad—; no tuvo reparo en decir que la revolución no es una etapa alcanzada, ya pretérita, sino que debe seguir en marcha, siendo vital para todo gobierno acertado, cuyo carácter distintivo sea el progreso, mantener una posición revolucionaria, franca y definida.)

De manera que la tesis de mutua defensa americana, como claramente lo ha expresado el Presidente Roosevelt, y como se define en las frases transcritas de los discursos de los señores Wallace y Daniels, nada tiene que ver con el panamericanismo unilateral de Washington, sino precisamente con el modo de pensar y con el modo de sentir de los libertadores hispanoamericanos.

A ellos se refieren hoy las figuras más destacadas de la Federación anglosajona, proclamando —y ya eso es mucho— la grandeza de Bolívar y la visión patriótica de nuestros más ilustres próceres. No puede ser más oportuna, por consiguiente, la forma en que los altos funcionarios arriba mencionados se han referido a la realidad del continente americano en el momento actual. Así podrá orientarse a los que no ven o no quieren entender; y así podrá combatirse al peligroso sector quintacolumnizado de la opinión pública que opera en nuestros pueblos.

Porque ya se ha visto que hay voces, desde luego, propuestas a sembrar la confusión y el desconcierto en nuestro territorio. Son las mismas voces de los que siempre han defendido, desde México hasta Buenos Aires, los sistemas autocráticos, afines de su afán de lucro y de dominio. Son las mismas voces reaccionarias que en toda ocasión —aunque hoy clamen contra Washington y Londres, para favorecer a los totalitarios— han ido de la mano con el imperialismo, en sus diversas modalidades. Son también las mismas voces que no titubean en basar su propaganda, una y otra vez, en el viejo y desacreditado fantasma del peligro ruso.

Semejante campaña, por fortuna, dirigida por Goebbels, desarrollada por los falangistas de la nueva Hispanidad, cuyo meridiano está en Berlín, y torpemente apoyada por los nazicriollos que esperan convertirse en arios, tendrá que fracasar irremediablemente en nuestro medio. Porque oponerse a realizaciones por las cuales hemos clamado en América desde hace largos años, y oponerse a ellas cuando

las estamos obteniendo, no es otra cosa que fortalecer a las potencias agresoras. Y no es otra cosa —como antes quedó explicado— que restarnos fuerza moral para un futuro más o menos difícil, en el reajuste inevitable que tendrá que venir después de la guerra.

CUESTIONARIO

1. *Explicar la génesis de la Doctrina de Monroe, haciendo una relación comparativa de los designios de la Santa Alianza, en 1823, y de las ambiciones del Eje Roma-Berlín-Tokio.*
2. *Hacer un resumen del temor de nuestros países hacia los Estados Unidos, señalando algunas de las razones que dieron origen a esa situación.*
3. *¿A qué conclusiones quería Bolívar que se llegase en el Congreso de Panamá, según los términos de su convocatoria?*
4. *¿Qué deseaba Hispano América en relación con la Doctrina de Monroe?*
5. *¿Se interpreta lealmente esa Doctrina, de acuerdo con la política del buen vecino?*
6. *Reseñar el punto de vista actual de Norte América en lo que se refiere a los próceres de la independencia hispanoamericana.*

CONCLUSION

BUENO será que demos ya por terminado el presente trabajo, para no correr el riesgo de que se siga prolongando indefinidamente. Pero antes de cerrar este curso de orientación en Historia Contemporánea, mientras la guerra continúa y el cable nos informa de cadáveres, de ruinas, de bombardeos, de odio, de represalias, de venganza; de todo lo criminal y lo terrible de una catástrofe sin paralelo que al que no mata ni hiere le perturba la mente y el espíritu para el resto de su vida; mientras hecatombe de tal modo decisiva sacude y destroza al mundo entero, lleguemos los hispanoamericanos a una conclusión concreta, que se podría dividir en tres puntos esenciales, a saber:

Primero.—¿Existe en realidad el peligro imperialista anglosajón en nuestra América? Claro que existe —y no seremos los hispanoamericanos conscientes quienes caigamos en la pueril torpeza de cerrar los ojos ante la evidencia—; claro que existe, sin la política del buen vecino, sinceramente aplicada; sin los ocho puntos del Acuerdo del Atlántico, lealmente puestos en vigencia cuando esté dominado el totalitarismo; sin la justa y adecuada interpretación de la Doctrina de Monroe a que se ha podido llegar, por fin, en el continente americano.

Bien sabemos, tocante a lo económico, hasta dónde es incontestable e inescrupuloso el poderío del capital monopolista norteamericano. Por eso, para que comprendan los quintacolumnistas cómo resulta difícil engañarnos, se ha hecho en estas mismas páginas una extensa relación del proceso imperialista de los Estados Unidos. Pero no podremos defendernos de las grandes sociedades anónimas de Wall Street apoyando a Hitler, ni aplaudiendo a Mussolini, ni dándole la razón al Mikado, ni adhiriéndonos a los sistemas totalitarios de agresión, de salvajismo y de barbarie.

Nuestra defensa está, precisamente, en la tesis del buen vecino; en las actuales prédicas anglosajonas de democracia y de respeto a las naciones débiles; en la acumulación de reservas morales, desde el punto de vista político, y materiales desde el punto de vista económico, que nos sirvan de coraza en el caso de que vuelva Washington a la época agresiva del "big stick".

Respecto de la Gran Bretaña bien sabemos, asimismo, que sus llamadas inversiones corren parejas con las de Estados Unidos en las naciones hispanoamericanas. No ignoramos que Inglaterra ha sido el poder naval y financiero más grande que se conoce en la Historia.

Sus colonias y sus dominios están situados en las cinco partes del globo; y aparte de sus dependencias en la propia Europa, en Africa, en Oceanía y en el Asia, cuenta acá en América con un total de 10,300,000 kilómetros cuadrados y con más de 13,000,000 de habitantes, tomando en consideración al Canadá, Labrador, Terranova, las Islas Bermudas, Honduras Británica, Jamaica, las Islas Bahamas, Trinidad, Barlovento, las pequeñas Antillas, las Islas Malvinas, la Guayana inglesa y las demás posesiones de Su Majestad Británica en el hemisferio occidental:

Se dijo en unas de las lecciones anteriores que el enorme imperio colonial inglés, en resumen, tiene la fantástica extensión territorial de 35,000,000 de kilómetros cuadrados y una población aproximada de 510,000,000 de habitantes.

Es la nación que recibe mayor cantidad de rentas por sus compañías de seguros, por sus organizaciones bancarias, por explotación de minas, petróleo, obras hidroeléctricas, ferrocarriles, colocación de empréstitos, etc. Pero tiene la ventaja de un espíritu liberal y democrático —siquiera en lo político— opuesto radicalmente a la doctrina teutona de dominación mundial.

Y así se observa que algunas de sus colonias o posesiones, que algunos de sus dominios tales como el Canadá, Australia, Nueva Zelandia y Sud Africa han podido convertirse en países casi autónomos, ligados a la comunidad británica únicamente por el vínculo de la Corona inglesa.

Las decisiones del Parlamento de Londres no les afectan, pues esos dominios, en plena vida democrática, adoptan sus deliberaciones con absoluta libertad. En el caso de la guerra actual se han unido espontáneamente a la metrópoli, en su lucha a muerte contra el régimen de Hitler y contra el Imperio japonés. Es indudable que con su actitud —y así sostiene el Ghandi que también ocurrirá en la India— han fortalecido más todavía su posición de independencia los dominios mencionados.

No es otro el caso de nuestros países, porque acogerse en estos momentos al nazifascismo y echar por la borda la tesis democrática, sería lo mismo que renunciar a nuestros más sagrados derechos de

Respecto de la Gran Bretaña bien sabemos, asimismo, que sus llamadas inversiones corren parejas con las de Estados Unidos en las naciones hispanoamericanas. No ignoramos que Inglaterra ha sido el poder naval y financiero más grande que se conoce en la Historia.

Sus colonias y sus dominios están situados en las cinco partes del globo; y aparte de sus dependencias en la propia Europa, en Africa, en Oceanía y en el Asia, cuenta acá en América con un total de 10,300,000 kilómetros cuadrados y con más de 13,000,000 de habitantes, tomando en consideración al Canadá, Labrador, Terranova, las Islas Bermudas, Honduras Británica, Jamaica, las Islas Bahamas, Trinidad, Barlovento, las pequeñas Antillas, las Islas Malvinas, la Guayana inglesa y las demás posesiones de Su Majestad Británica en el hemisferio occidental:

Se dijo en unas de las lecciones anteriores que el enorme imperio colonial inglés, en resumen, tiene la fantástica extensión territorial de 35,000,000 de kilómetros cuadrados y una población aproximada de 510,000,000 de habitantes.

Es la nación que recibe mayor cantidad de rentas por sus compañías de seguros, por sus organizaciones bancarias, por explotación de minas, petróleo, obras hidroeléctricas, ferrocarriles, colocación de empréstitos, etc. Pero tiene la ventaja de un espíritu liberal y democrático —siquiera en lo político— opuesto radicalmente a la doctrina teutona de dominación mundial.

Y así se observa que algunas de sus colonias o posesiones, que algunos de sus dominios tales como el Canadá, Australia, Nueva Zelandia y Sud Africa han podido convertirse en países casi autónomos, ligados a la comunidad británica únicamente por el vínculo de la Corona inglesa.

Las decisiones del Parlamento de Londres no les afectan, pues esos dominios, en plena vida democrática, adoptan sus deliberaciones con absoluta libertad. En el caso de la guerra actual se han unido espontáneamente a la metrópoli, en su lucha a muerte contra el régimen de Hitler y contra el Imperio japonés. Es indudable que con su actitud —y así sostiene el Ghandi que también ocurrirá en la India— han fortalecido más todavía su posición de independencia los dominios mencionados.

No es otro el caso de nuestros países, porque acogerse en estos momentos al nazifascismo y echar por la borda la tesis democrática, sería lo mismo que renunciar a nuestros más sagrados derechos de

liberación política y económica; sería darles fuerza y apoyo a las potencias agresoras de pueblos indefensos; sería prestar nuestro respaldo a Mussolini, a Tokio y a los germanos, cuya teoría racista, por espíritu de conservación —y en acatamiento a nuestros más altos valores, criollos o mestizos, ni más ni menos— estamos obligados a combatir y a desvirtuar de un extremo al otro de nuestra América.

* * *

Segundo.—¿Y el peligro ruso? La Unión Soviética, como Estado, no ha inferido ningún agravio a las repúblicas hispanoamericanas. No hay inversiones ni concesionarios rusos en nuestros países. Como potencia imperialista nada hemos de temer, por consiguiente, en lo que atañe al Soviet.

¡Y sería inexplicable que Hispano América resultase con temores infantiles a lo que ni el señor Presidente Roosevelt, ni la Reina Guillermina de Holanda, ni el Primer Ministro de la Gran Bretaña, ni los nobles de Noruega, ni los familiares del Czar, ni siquiera el Gran Patriarca de la Iglesia Ortodoxa rusa han considerado que debe en este momento combatirse, porque no se trata de oponer la fuerza a ninguna doctrina ni a ninguna ideología, sino de darle fin a la barbarie, que no es otra cosa la continuada guerra de los totalitarios contra el mundo de la civilización y del Derecho!

Resultaría inexplicable ese temor, cuando hemos leído en los periódicos que al celebrarse el vigésimo cuarto aniversario de la revolución rusa, el Presidente Roosevelt ha autorizado un empréstito de mil millones de dólares a la Unión Soviética, de conformidad con la Ley de Préstamos y Arrendamientos en favor de las democracias, quedando anulada, 24 horas después, la ley norteamericana de neutralidad.

Y cuando leemos que en esa misma fecha declaró el propio Presidente Roosevelt en Washington, a las delegaciones de la Conferencia Internacional del Trabajo, y Churchill y Eden en la capital inglesa, cuán grande tenía que ser su admiración por el pueblo y el Gobierno de la Unión Soviética.

Y cuando, simultáneamente, ha vuelto a declarar Stalin que el ejército invencible de su patria seguirá luchando, hasta el final, por la libertad y por la independencia de todos los países dominados por la bota militar de los tudescos.

liberación política y económica; sería darles fuerza y apoyo a las potencias agresoras de pueblos indefensos; sería prestar nuestro respaldo a Mussolini, a Tokio y a los germanos, cuya teoría racista, por espíritu de conservación —y en acatamiento a nuestros más altos valores, criollos o mestizos, ni más ni menos— estamos obligados a combatir y a desvirtuar de un extremo al otro de nuestra América.

* * *

Segundo.—¿Y el peligro ruso? La Unión Soviética, como Estado, no ha inferido ningún agravio a las repúblicas hispanoamericanas. No hay inversiones ni concesionarios rusos en nuestros países. Como potencia imperialista nada hemos de temer, por consiguiente, en lo que atañe al Soviet.

¡Y sería inexplicable que Hispano América resultase con temores infantiles a lo que ni el señor Presidente Roosevelt, ni la Reina Guillermina de Holanda, ni el Primer Ministro de la Gran Bretaña, ni los nobles de Noruega, ni los familiares del Czar, ni siquiera el Gran Patriarca de la Iglesia Ortodoxa rusa han considerado que debe en este momento combatirse, porque no se trata de oponer la fuerza a ninguna doctrina ni a ninguna ideología, sino de darle fin a la barbarie, que no es otra cosa la continuada guerra de los totalitarios contra el mundo de la civilización y del Derecho!

Resultaría inexplicable ese temor, cuando hemos leído en los periódicos que al celebrarse el vigésimo cuarto aniversario de la revolución rusa, el Presidente Roosevelt ha autorizado un empréstito de mil millones de dólares a la Unión Soviética, de conformidad con la Ley de Préstamos y Arrendamientos en favor de las democracias, quedando anulada, 24 horas después, la ley norteamericana de neutralidad.

Y cuando leemos que en esa misma fecha declaró el propio Presidente Roosevelt en Washington, a las delegaciones de la Conferencia Internacional del Trabajo, y Churchill y Eden en la capital inglesa, cuán grande tenía que ser su admiración por el pueblo y el Gobierno de la Unión Soviética.

Y cuando, simultáneamente, ha vuelto a declarar Stalin que el ejército invencible de su patria seguirá luchando, hasta el final, por la libertad y por la independencia de todos los países dominados por la bota militar de los tudescos.

En esos mismos mensajes se especifica que hasta el 6 de noviembre de 1941 la guerra les había costado a los alemanes 4,500,000 bajas, solamente en territorio ruso, con un saldo de 350,000 soldados del Soviet caídos para siempre en las trincheras, y 1,358,000 heridos, desaparecidos o prisioneros.

El castigo a los invasores germanos aumentó considerablemente en las últimas semanas de diciembre, durante las cuales fueron cayendo una tras otra, o se fueron retirando precipitadamente de los sitios que habían podido conquistar, las divisiones mecanizadas del Reich. Y el desastre fué todavía mayor para los invasores de Rusia, a partir de enero de 1942.

Esa será la fuerza que nos ayude a mantener en Hispano América nuestra libertad y a luchar por nuestra democracia: la sangre derramada por cientos de millares de ciudadanos soviéticos, de españoles leales, de griegos, polacos, daneses, noruegos, yugoeslavos, ingleses, por todos los que han muerto y siguen muriendo en defensa de realizaciones que ya no es posible arrebatárle al hombre de nuestro siglo.

¡Y la sangre que también han derramado los propios alemanes, llevados criminalmente al sacrificio, pero cuyos descendientes tendrán igual derecho a vivir una vida más acorde con los principios de la dignidad humana!

• • •

Tercero.—¿Y el peligro comunista? Es a eso, indudablemente, a lo que más le temen las clases privilegiadas y los enemigos de la transformación social. En Hispano América, sin embargo, no hay razón para tenerle miedo al comunismo.

Temámosle a las causas que engendran el comunismo: a la explotación, a la miseria, al hecho de que haya setenta millones de analfabetos en un continente habitado por ciento quince millones de seres humanos.

Temámosle a la servidumbre de millares y millares de campesinos en la indigencia, sin un pedazo de tierra en países agrarios.

Temámosle a la desnutrición de los hijos de los obreros; al paludismo sin quinina en las zonas tropicales; a la falta de amor al prójimo

entre gentes rezadoras, que llevan el nombre de Dios en los labios, pero no en el corazón.

Temámosle a la holganza de muy devotos caballeros y de "damas bien" con hábito de carmelita, que sólo viven para el ludibrio y para el lucro: desprecian a la "chusma", diciéndose cristianos fervorosos; se bañan ojiblanco en agua bendita; encienden velas al santo de su devoción; heredan a sus hijos con lo ajeno; se refocilan cuanto pueden mientras ganan indulgencias; y con una absolución, a la hora de la muerte, esperan ganar la gloria eterna.

Temámosle a la falta de ética de escritores y artistas al servicio de la iniquidad.

Temámosle al quintacolumnismo de nuestras "doscientas familias".

Temámosle a la oligarquía de unos cuantos privilegiados, y al vendepatrismo de políticos voraces, que le tienen pavor a lo "rojo", pero que siempre han sido los responsables de la injusticia social y los eternos lacayos del capital monopolista extranjero.

Acabemos con esos vicios, hagamos un esfuerzo supremo por el mejoramiento de nuestras grandes mayorías desposeídas, sepamos cumplir con nuestro deber en esta hora trágica de la humanidad, y podrá entonces mirar hacia adelante, con fe y con optimismo, el grupo de las naciones hispanoamericanas del hemisferio occidental.

F I N

*Acabóse de imprimir este libro
el día 20 de enero de 1942,
en los talleres de Gráfica
Panamericana, calle del Pá-
nuco, 63, México, D. F.
Su edición estuvo al
cuidado del autor.*

PRECIO, INCLUIDO EL PORTE:

En México, 6 pesos

En el exterior, Dols. 1,50

EDITORIAL RUMBOS

APARTADO POSTAL 10251, SUCURSAL 28

MEXICO, D. F.